
HARLEQUIN
Deseo™
DULZURA DE MUJER
KATHIE DENOSKY



DULZURA DE MUJER

KATHIE DENOSKY



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Dulzura de mujer, n.º 1178 - diciembre 2014
Título original: Cassie's Cowboy Daddy
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2002

I.S.B.N.: 978-84-687-4877-1
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo Uno

Cassie Williams exploraba el piso más alto de los dos que tenía la casa victoriana y su entusiasmo aumentaba con cada descubrimiento nuevo. La casa del rancho Lazy Ace era perfecta y hacía realidad lo que siempre había soñado para ella y sus hijas.

Los dormitorios eran amplios, con revestimientos de madera de cerezo maravillosamente trabajada y asientos de obra junto a las ventanas. Pero lo mejor de todo era que le pertenecía a medias.

Todo necesitaba que le quitaran bien el polvo, desde las molduras del techo hasta el suelo de tarima; y en el piso de abajo el desorden era monumental, pero se podía excusar. Su socio tenía por lo menos ochenta años y estaba claro que ya no era capaz de realizar las tareas del hogar más elementales. Ella adecentaría la casa y enseguida sería un hogar muy agradable para todos. Luego, una vez que todo estuviera resplandeciente, empezaría a redecorarlo.

Estaba dándole vueltas a las cortinas que pondría y los colores, cuando entró en el cuarto de baño del vestíbulo y tropezó con algo que estaba en medio del suelo. Miró y vio unas botas, unos vaqueros y unos calzoncillos. Un poco más adelante se encontró con una pierna larga y desnuda que colgaba de una anticuada bañera con patas; estaba ocupada por un cuerpo impresionantemente grande y, sin duda alguna, masculino.

Siguió la pierna con la mirada hasta entrar en el agua.

Agua transparente.

Se tapó la boca con la mano para reprimir un grito y desvió la mirada hacia el torso; una zona mucho más segura.

¿Más segura?

No había visto en su vida tantos músculos perfectamente definidos en un mismo cuerpo. El vientre, cubierto por una pelusilla negra, daba la impresión de ser duro como una roca y los hombros parecían abarcar todo el ancho de la bañera.

La mirada llegó al rostro y un escalofrío le recorrió toda la

espina dorsal. Era un hombre peligrosamente atractivo, incluso cuando estaba dormido.

Tenía la frente cubierta por un flequillo de pelo negro y espeso que le daba un aire de niño travieso, pero la sombra que oscurecía las delgadas mejillas y el bigote que le enmarcaba la boca eran propios de un hombre hecho y derecho. Las arrugas que tenía en las esquinas de los ojos indicaban que pasaba la mayor parte del tiempo trabajando al aire libre. Añadían una expresión de rudeza al atractivo general que Cassie consideró sencillamente fascinante.

Pero cuando se aproximó para mirar más de cerca, el corazón se le paró para volver a latir como un tambor descontrolado. Unos ojos azules la miraban fijamente detrás de unas pestañas negras y tupidas.

–Mira hasta que te hartes, cariño –propuso el hombre. La seductora sonrisa hizo que a Cassie se le parara el pulso–. A mí no me importa, pero me parece que no nos han presentado debidamente.

–Oh, yo… quiero decir, usted es…

Cassie volvió a taparse la boca con la mano para no estropear más las cosas y retrocedió para salir de la habitación.

–No hace falta que te vayas, cariño.

Metió la pierna en la bañera y se sentó. Le centellearon los ojos, más azules que el pecado, y tuvo la osadía de guiñarle uno de ellos.

–Has llegado justo a tiempo para ayudarme a lavarme la espalda.

Ella dio otro paso hacia atrás y pisó una bota. Ante su espanto, perdió el equilibrio y cayó sentada sobre el montón de ropa.

–¿Te has hecho daño? –preguntó el hombre.

La sonrisa burlona había dado paso a la preocupación. Puso las manos en los bordes de la bañera, como si fuera a levantarse.

Cassie hizo todo lo posible por levantarse ella primero. Con las prisas por poner la mayor distancia posible entre ella y el hombre que salía de la bañera, tropezó con la otra bota. Esa vez consiguió mantenerse de pie a duras penas.

–Por favor, no se levante, estoy bien. De verdad.

Él se rio y sacudió la cabeza.

–Pero bueno, ¿qué caballero sería si no me levantara ante una dama? Permita que salga de aquí y…

Logan lo había visto más claro que el agua, pero no pudo evitar que la hermosa joven lo mirara con los ojos como platos y gritara como si la estuvieran asesinando antes de darse la vuelta y salir corriendo hacia las escaleras.

Se había dado cuenta de la presencia de ella desde el preciso momento en que entró en el cuarto de baño, pero como cualquier jugador de póquer experimentado, esperó a evaluar la situación antes de hacer su jugada.

–Maldita sea –dijo al intentar salir de la bañera.

Tenía los músculos de la espalda rígidos y se le había dormido la pierna por tenerla colgando del borde de la bañera. Cada vez que intentaba levantarse, volvía a caerse sentado. Hizo un esfuerzo por que la pierna lo sujetara y salió por fin entre juramentos.

Logan se ató una toalla a la cintura y salió en la dirección que había tomado la mujer. Se rio mientras bajaba las escaleras. No había sido su intención asustarla, pero se apostaba una comida a que esa señorita se lo pensaría dos veces antes de volver a entrar en una casa sin avisar.

Naturalmente, eso no quería decir que le hubiera parecido ofensiva su presencia. Al contrario. Tendría que estar loco si pusiera objeciones a que una mujer como esa lo acompañara mientras se bañaba. Tampoco le habría importado que se bañara con él.

Aunque era algo más baja que las mujeres que le gustaban, estaba seguro de que tenía las formas adecuadas en los sitios precisos. Además, ese pelo entre dorazo y rojizo hacía que le dolieran las manos de deseos de tocarlo, de quitarle esa cosa rosa y esponjosa que lo sujetaba en una cola de caballo y de ver cómo caía sedoso sobre los hombros.

–¿Cómo te llamas, cariño? –le preguntó al encontrarla en la cocina.

Ella se dio la vuelta con las mejillas sonrosadas y un brillo de furia en los ojos verdes.

–No importa quién sea yo. ¿Quién es usted?

Logan se puso las manos en la cintura para sujetar la toalla. Sonrió, sacudió la cabeza y dio un paso adelante.

–Yo pregunté antes.

Ella levantó una mano como para detenerlo. Él estuvo a punto de dejar escapar una carcajada. Estaba claro que ella tenía cierto

arrojo. Le gustaba esa mujer.

–No se mueva –ordenó ella–. No se atreva a acercarse más.

Ella intentó retroceder, pero los armarios se lo impidieron. Puso una mano a la espalda sin quitarle la vista de encima y Logan oyó que revolvía en uno de los cajones. ¿Qué demonios creía que iba a encontrar allí?

–No dé otro paso –ordenó ella mientras sacaba la mano de detrás.

Él frunció el ceño ante la actitud defensiva y ante la espumadera que tenía en la mano. Él estaba en su casa y, si bien era la intrusa más atractiva que había visto en su vida, seguía siendo una intrusa. Además de un poco inestable, pensó al mirar el cacharro que tenía debajo de la nariz.

–Mire, señora, no sé qué problemas puede tener ni de dónde ha salido; pero, por esta parte del mundo, irrumpir en un cuarto de baño mientras se está bañando un hombre solo se puede interpretar de dos formas: como una invasión de la intimidad o como una provocación evidente.

Él alargó la mano para quitarle el arma, pero ella la manejó como si fuera un matamoscas y lo golpeó en el pecho.

Logan la agarró de los brazos antes de que alcanzara alguna zona más sensible que el pecho. La miró fijamente y la atrajo contra sí.

El utensilio cayó al suelo de tarima, pero ninguno de los dos le hizo el menor caso.

–No debería haber hecho eso –dijo ella con la voz temblorosa y los expresivos ojos abiertos de par en par–. Debería haber dado un paso atrás para que yo escapara.

–Pero no lo he hecho –susurró Logan junto al oído de ella.

Él oyó que ella tragaba saliva antes de quedarse petrificada. Luego, con fuerzas renovadas, volvió a agitarse como una lombriz sobre el asfalto caliente.

–Suélteme.

–No lo haré hasta que te tranquilices, cariño.

Logan le miró los labios. Eran unos labios perfectos para que un hombre los besara.

Que Dios lo ayudara, ella parecía cómoda abrazada contra él. Era pequeña, delicada y suave. Realmente suave. Respiró hondo y el

dulce aroma de ella hizo que él sintiera como si la piel se le hubiera quedado demasiado estrecha para el cuerpo. ¿Dónde había olido ese aroma exótico antes?

No tuvo mucho tiempo para meditar el asunto porque todo pareció precipitarse repentinamente. Los movimientos de ella hicieron que se le soltara el nudo de la toalla y la gravedad hizo el resto. Hank Waverly, su capataz, y una mujer rubia y alta eligieron ese momento para irrumpir por la puerta trasera.

Logan apenas pudo mantener agarrada a la mujer y sujetar la toalla antes de que hiriera la sensibilidad de alguien.

–Será mejor que no te muevas, cariño.

–Deje de llamarme así –replicó ella–. Por favor, suélteme.

–¿Por qué demonios…?

La rubia que iba con Hank se paró en seco y se quedó mirando como si nunca hubiera visto un hombre a punto de perder la toalla.

La mujer intentaba soltarse de Logan.

–Saque a este exhibicionista de la finca, Hank.

–Maldita sea, señora. Si no se está quieta, va a producirse una exhibición que todos recordaremos durante una buena temporada –gruñó Logan.

–Va.. vamos –dijo ella mientras ponía los ojos en blanco–. Yo no diría que sus atributos sean tan memorables.

Ella seguía intentando soltarse con todas sus fuerzas y hacía que a él le dolieran todos los músculos al intentar sujetar a la mujer y a la toalla. Durante un minuto, mientras la miraba a los ojos encendidos y la sentía contra sí, se le había olvidado su dolorida espalda. Había estado muy cerca de besarla, pensó él con incredulidad.

Ella se aprovechó de la situación apurada de él y se soltó. Él agarró la tela color cereza justo a tiempo para evitar que mostrara sus partes pudendas.

–¿Sabe Logan Murdock que se baña en su bañera cuando él no está? –preguntó ella.

Hank se rio como una hiena.

–¡Muy bueno!

Logan no pudo contener una sonrisa. Se había equivocado, esa mujer no era un poco inestable. Estaba como una cabra. Arqueó una ceja mientras volvía a colocarse la toalla antes de que mostrara más

de lo que él estaba dispuesto a enseñar.

–Usted y Murdock se conocen bien, ¿verdad?

–Bastante bien –contestó ella.

–No me diga.

Él tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para no reírse ante la seriedad y seguridad de ella.

–De ahora en adelante puede bañarse en el barracón con los demás hombres –señaló hacia el exterior–. Ahora, recoja su ropa y salga de mi casa.

–¡Su casa! –a Logan dejó de hacerle gracia y miró a Hank mientras este se retorcía y se palmeaba las rodillas–. ¿De dónde ha sacado una idea tan disparatada?

–De mi abogado.

Logan entrecerró los ojos y sintió un escalofrío en la espalda.

–¿Quién es usted, señora?

–A usted eso no le importa, pero soy Cassie Williams, la socia de Logan Murdock. Soy propietaria de la mitad de Lazy Ace.

–¿Es la viuda de Wellington? –Logan sacudió la cabeza. No se tragaba ni una palabra–. Será mejor que me vengas con otra historia, cariño.

–Bienvenido a casa, Logan –dijo Hank, que apenas podía hablar.

Un aullido atravesó el tenso silencio. Lo siguió un segundo grito.

Logan notó un nudo en la boca del estómago.

–¿Qué es esto? –preguntó con miedo de saberlo.

A Cassie se le cayó el mundo encima. ¿Logan? ¿Hank había llamado Logan a ese hombre?

Lo miró y notó que perdía el color de la cara. El pelo de ese hombre no tenía ni una cana y las únicas arrugas que había en su rostro eran esas diminutas que tenía junto a los profundos ojos azules.

Logan Murdock no era el caballero frágil y anciano que se había imaginado, sino un hombre impresionantemente atractivo poco mayor que ella. Le clavó la mirada en el pecho ancho y desnudo. Evidentemente, el físico tampoco era el de un abuelete.

Nada de pellejo colgando, era todo músculos de increíble firmeza.

Sintió que le ardían las mejillas al recordar haber estado contra tanta fuerza y solidez.

–¿Logan? ¿Murdock?

–En carne y hueso –dijo Hank mientras le daba otro ataque de risa.

Ginny Sadler, la mejor amiga de Cassie, se asomó por detrás de Hank para mirar al hombre que afirmaba ser Logan Murdock.

–¡Caray! Yo creía que habías dicho que era tan viejo como tu tío Silas.

–Es imposible que usted sea el señor Murdock –insistió Cassie con la esperanza de que fuera algún tipo de broma–. Él no está en el rancho y yo sé que es más viejo.

–Bueno, es imposible que usted sea la viuda de Wellington –dijo él mientras la miraba con detenimiento desde la cabeza hasta la punta de las zapatillas usadas–. No parece tener edad como para estar casada, con que mucho menos viuda –frunció el ceño ante los gritos de insatisfacción de las niñas–. ¿Son suyas?

–Sí –Cassie se dirigió a Ginny–. ¿Te importa echar una ojeada a las gemelas?

Él miró atónito a la cintura de ella.

–Si ha tenido gemelas, yo soy el rey de Siam.

–Pues me parece que está un poco lejos de casa, alteza.

Ella sonrió al ver que se ponía colorado hasta el cuero cabelludo. Se alegró de que el «rey» estuviera tan desconcertado como lo estaba ella.

Hank se rio con tal fuerza, que tuvo que apoyarse en los armarios.

–Es mejor que cuando untábamos de grasa la silla de montar de Gabe y él se caía cada vez que intentaba montarse.

Logan miró a su capataz, dio un profundo suspiro y se rio también.

–Tengo que reconocer que esta vez te has superado, Hank. Por un momento me has engañado.

Hank miró a Cassie y el evidente fastidio de esta hizo que le desapareciera cualquier rastro de diversión. Logan notó que el nudo de la garganta le apretaba cada vez más.

–Mmm… Logan, ella es Cassie Wellington, tu nueva socia.

A Logan se le desvaneció la sonrisa, pero se negó a perder la esperanza.

–Os habéis divertido, pero la broma ha terminado –señaló a la

mujer que se hacía llamar viuda de Wellington–. Cuando estén preparados, llévalos otra vez a Bear Creek. Pueden reírse a costa de otros.

Ella sacudió la cabeza.

–No es ninguna broma y no voy a ningún lado.

–Mi socia se llama Cassandra.

En el momento de decirlo comprendió que eso era una tontería, pero empezaba a estar desesperado.

–Todo el mundo me llama Cassie, pero mi nombre completo es Cassandra Hastings, señora de Wellington.

Logan se sintió como si cayera en picado y empezó a notar cierto vértigo. La viuda de Wellington no era en absoluto lo que él se había imaginado cuando se enteró de que Silas Hastings había muerto y había nombrado una heredera.

Por el amor de Dios, debía ser una viuda de verdad. Una especie de abuela cariñosa con gran corazón y un poco gorda.

Pero la camiseta rosa de esa mujer entraba en los vaqueros ceñidos y resaltaba una cintura que él podía abarcar con las manos. No se habría creído que había tenido un hijo, y mucho menos gemelos.

Se le habían agarrotado los dedos de sujetar la toalla. Calculaba que tendría veintitantos años y que era demasiado hermosa para su estabilidad emocional. Los ojos eran verdes como la hierba en primavera y el cutis de alabastro parecía pedirle que lo acariciara.

La mano le ardía en deseos de hacerlo y se la restregó por la toalla para alejar esa sensación.

Había dos tipos de mujeres: las de espíritu libre y las apegadas. Las de espíritu libre vivían al día y no exigían de un hombre más de lo que este estaba preparado o dispuesto a dar. Era el tipo de mujer que prefería Logan.

Las apegadas eran completamente distintas. Querían estabilidad y promesas a largo plazo. Querían un hogar que no estuviera lejos de la civilización y de todas las comodidades que eso implicaba. Desgraciadamente, su nueva socia tenía la palabra «apegada» grabada en todo su cuerpo.

Notó que la frente se le cubría de sudor. La viuda de Wellington representaba algo más de metro y medio de tentaciones que el prefería no tener cerca para que pusieran a prueba su dominio de sí

mismo, o para recordarle lo que él se negaba a recordar de Lazy Ace.

Había aprendido por las malas que esa tierra era demasiado dura como para tener una buena relación sexual. Era demasiado remota. Después de haber hecho el ridículo hacía diez años, había conseguido evitar a las del tipo de Cassie Wellington y los compromisos que acarreaba con ella. Quería seguir así como fuera. Tenía que seguir así.

–No creo una palabra de lo que dice, señora. Se marchará inmediatamente.

Ella se apoyó los dos puños en las deliciosas caderas. El gesto hizo que él volviera a fijarse en la estrechez de la cintura y en la plenitud de los pechos. Estuvo a punto de rugir.

–No me voy a ir a ninguna parte –dijo ella con obstinación–. Mis hijas y yo nos quedaremos hasta que nos dé la gana. El testamento de mi tío dejaba claro que me pertenece la mitad del rancho y la mitad de la casa. Son tan míos como suyos.

–¡Maldita sea!

Logan se olvidó del dolor de la espalda, se dio media vuelta y tuvo que volver a agarrar la toalla mientras se dirigía a su despacho. Cuando llegó al vestíbulo, se paró bruscamente y se giró para mirar a Hank.

–Me gustaría verte en el despacho si puedes separar los pies del suelo. Me debes algunas respuestas y espero que sean muy buenas.

Cassie no apartó la mirada hacia Logan hasta que la desvió con irritación en dirección a Hank.

–Cuando llamé la semana pasada para preguntar sobre nuestro traslado aquí, me dijo que el señor Murdock había estado solo durante tantos años que nuestra presencia le vendría muy bien, que éramos lo que necesitaba para empezar una vida nueva. Eso y la foto hicieron que pensara que era un anciano. ¿Por qué no me dijo que era más joven que el tío Silas?

Hank dejó de sonreír y se balanceó de un pie al otro.

–Yo… siento mucho si la he confundido, señora. No era mi intención. Yo creía que usted sabría que era mucho más joven que su tío.

Cassie sacudió la cabeza y fue al armario donde había dejado el bolso cuando entró en la casa. Buscó dentro del bolso de cuero y

sacó una fotografía de dos hombres debajo del cartel que había a la entrada del rancho. Se la dio a Hank.

–Lea lo que pone detrás.

–Logan Murdock y Silas Hastings. Copropietarios. Otoño de 1954 –Hank asintió con la cabeza–. Esto explica el error. Logan se llama como su abuelo. Es el hombre que está en la foto con su tío. Los dos tenían unos treinta años cuando la sacaron.

Cassie intentó que no la dominara el pánico. Logan Murdock no era el caballero anciano que ella se había imaginado. Resultaba ser un tipo de unos treinta años, rudo y atractivo.

Ginny volvió de vigilar a las gemelas. Tenía los ojos como platos.

–¿Qué demonios vas a hacer, Cassie? Las niñas y tú no podéis quedaros aquí.

Cassie, desconcertada, miró la habitación. La casa era perfecta para criar a sus hijas, y mucho más bonita que el apartamento que había dejado en San Louis. Era lo que había soñado siempre para las gemelas.

Se irguió. Había luchado contra un hombre para sobrevivir. No temía luchar contra otro para tener un futuro.

–Vamos, Ginny –dijo mientras iba hacia la puerta–. Tenemos que descargar el coche.

Su amiga aceleró el paso para alcanzarla.

–No querrás decir…

–Sí –dijo Cassie con decisión.

–A él no va a gustarle –la avisó Ginny.

–Es su problema –Cassie salió al porche y vio un águila que sobrevolaba el valle–. No voy a permitir que un vaquero arrogante prive a mis hijas de lo que les corresponde. Vamos a quedarnos y Logan Murdock tendrá que aprender a vivir con ello.

Capítulo Dos

–¡Por todos los diablos, Hank! –Logan miró airadamente al hombre que cerraba la puerta–. ¿Cómo ha podido pasar algo así?

Hank avanzó con calma y se sentó en la butaca de cuero que había delante de la mesa de Logan.

–Poco menos de media hora después de que te fueras al monte el viernes pasado, ella llamó para decir que venía a instalarse con sus hijas.

Logan, que no podía quedarse quieto, se levantó para mirar por el ventanal. Se llenó de orgullo al observar su tierra. La hierba seca se esparcía como una alfombra bañada por el sol de principios de otoño, y los álamos se agitaban batidos por el viento. Un águila volaba en círculos en el cielo sin nubes. Esa tierra le pertenecía.

–Ni siquiera intentaste desanimarla, ¿verdad?

–No –dijo Hank con cierto tono impertinente.

Logan notó que el pulso se le aceleraba y lo miró por encima del hombro.

–¿Por qué?

Hank se miró la punta de las botas y luego lo miró a él mientras se encogía de hombros.

–Ella parecía feliz y yo no podía decirle que no viniera.

–Ella está feliz. ¡Fantástico! –Logan se puso las manos en las caderas y se volvió para mirar a su amigo–. Feliz de poner sus manos en mi rancho.

–Es tan suyo como tuyo.

Logan hizo una mueca de dolor al notar que los músculos exhaustos se tensaban más.

–No he visto a ningún Hastings por aquí cuando la temperatura baja de cero y hay que hacer agujeros en el hielo para que beba el ganado –señaló a la ventana–. O hace dos años, cuando el incendio bajó de la montaña hasta el valle. Ninguno de ellos estaba aquí arrimando el hombro para salvar la casa y los establos.

–Lo sé –admitió Hank–, pero legalmente ella es copropietaria de

Lazy Ace.

–Me importan un rábano los legalismos –Logan lo dijo con los dientes apretados.

Se pasó la mano por la dolorida nuca.

Hank no podía saber el plan de Logan ni que, si Logan triunfaba con su oferta para hacerse con todo el rancho, él, Hank, recibiría una participación en la sociedad. Logan se la debía después de tantos años de lealtad y trabajo en Lazy Ace. Pero si Logan no conseguía que Cassie Wellington le vendiera su parte, todos los planes cuidadosamente trazados irían a parar a la papelera.

–Tengo que encontrar la forma de que ella me venda su parte y se marche.

–A mí me gusta que haya niños y señoras alrededor –dijo alegremente Hank–. Animan mucho este sitio.

Logan se apretó la toalla alrededor de la cintura mientras miraba a su amigo de siempre.

–¿Sabes lo que te digo? Que solo tu cabeza es más blanda que tu corazón.

–No puedo evitarlo –dijo Hank con una sonrisa que desesperó a Logan–. Cuando se trata de mujeres y niños…

–Tu sentido común desaparece.

Logan volvió a su butaca y se dejó caer en ella. Apoyó los codos en la mesa y escondió la cara entre las manos.

–¿En qué demonios estaría pensando el viejo Silas cuando le dejó a una mujer una parte del rancho? Él sabía lo remoto que es este sitio y lo peligroso que puede resultar a veces.

–Quizá el abuelete quisiera que las dos familias se unieran.

Logan levantó la cabeza como impulsada por un resorte.

–Antes de que eso ocurra, Murray Parkinson echará alas y se pondrá a volar. Ya sabes lo que pienso de estar sometido a una mujer.

–¿Sobre todo cuando es tan hermosa como Cassie?

Logan apretó los dientes.

–No es para tanto.

–Ya…

–No lo es –insistió Logan.

–Si tú lo dices… –dijo Hank con el aire de ser el gato que se ha comido el canario.

Se oyó una voz femenina antes de que Logan pudiera decidir si seguía defendiéndose o sencillamente estrangulaba a Hank.

–Caballeros, la cena está preparada.

Logan y Hank, sin dar crédito, se miraron el uno al otro y luego a la puerta.

–¿Estás seguro de que no quieres que se quede? –preguntó Hank mientras se levantaba de un salto–. No hemos probado un bocado aceptable desde hace más de treinta semanas.

–Será mejor que no te oiga Tucker –dijo Logan–. Podría largarse.

–No me importaría que lo hiciera –Hanker pasó junto a Logan y salió al vestíbulo–. El viejo Tuck era un buen cocinero, pero desde que se nos ha puesto presumido y no quiere comprarse unas gafas, nos da una bazofia que no se la comería ni un perro muerto de hambre.

Logan asintió con la cabeza y se dirigió hacia las escaleras.

–El otro día lo pillé intentando hacer un pastel con la receta del almacén de piensos. Me costó Dios y ayuda convencerlo de que esa no era la receta.

Hank salió hacia la cocina como un hombre poseído por el demonio y Logan bajó las escaleras de dos en dos. Entró en la cocina un instante más tarde, después de haberse cambiado la toalla por una vaqueros y haberse puesto una camisa de algodón.

Se paró en seco y no pudo evitar mirar con ojos de asombro aquella escena tan poco habitual. Parecía como si el mundo femenino lo hubiera invadido todo. Unos manteles de colores daban una nota de color a la sombría habitación y la viuda de Wellington y su amiga iban de una lado a otro con las niñas en las caderas. Las voces femeninas llenaban el silencio y a Logan lo molestó considerablemente darse cuenta de que el cambio le resultaba agradable.

Sacudió la cabeza al ver que Hank colocaba dos sillas altas. Parecía estar irritantemente contento.

Hank levantó la mirada y sonrió.

–Estas señoras han sido muy amables por prepararnos una cena después de haber pasado dos días en la carretera, ¿verdad, Logan?

Todos los ojos lo miraron fijamente. Incluso los de las niñas, que tenían los cabellos como el cobre.

La viuda dejó una bandeja con emparedados sobre la mesa

recién pulida.

–Señor Murdock, ella es mi amiga Ginny Sadler. Pasará unos días con nosotros –la mirada lo desafiaba a que pusiera alguna objeción. Luego señaló a las dos niñas idénticas–. Son mis hijas, Kelsie y Chelsea.

La rubia llamada Ginny sonrió tímidamente y se colocó junto a Hank.

Logan asintió con la cabeza, pero la mirada feroz seguía clavada en la viuda y en la escena doméstica que tenía delante. Ella parecía estar en su casa y ya empezaba a apegarse. Él no se habría imaginado jamás que la mesa podía ser tan bonita.

Él tomó un trozo de tela almidonada de su sitio en la mesa y lo lanzó por encima de la superficie brillante.

–¿De dónde demonios ha salido eso?

–Lo traje conmigo –contestó ella mientras volvía a ponerlo en su sitio–. No irá a decirme que no ha visto nunca una servilleta de lino.

–No en mi mesa –gruñó Logan.

Se sentó y volvió a apartar la servilleta.

–Está en un rancho en mitad de Wyoming, señora, no en un restaurante de moda.

–Lo sé perfectamente –dijo ella con tranquilidad.

Él la observó mientras ella sentaba a los bebés en las sillas.

Luego, ella, con un movimiento muy delicado, volvió a poner la servilleta en su sitio y dejó un juego de cubiertos encima, como sin con ello diera por zanjada cualquier discusión posible.

Logan sabía que estaba siendo irracional, pero a cada segundo que pasaba sentía que su dichosa existencia de soltero se alejaba más y más. No estaba acostumbrado a convivir con mujeres, y menos aún cuando tenían hijas. La viuda de Wellington parecía ser una de las peores de su especie.

Solo con verla sabía que exigiría cosas, y todo cambiaría. Mientras ella y su prole estuvieran en Lazy Ace, ella querría que él cuidara el lenguaje, cuando un improperio puede ayudar mucho a poner las cosas en su sitio. Con toda seguridad, tampoco podría volver a ver la televisión en calzoncillos. En realidad no era una costumbre muy habitual, pero saber que no podía hacerlo le dolía mucho.

Por lo menos su dormitorio tenía un cuarto de baño y no tendría

que soportar miradas asesinas cada vez que se dejaba la tapa del retrete levantada.

Frunció el ceño y dio un mordisco a emparedado mientras las mujeres se reían de algo que había dicho Hank. Él, al revés que Hank, no estaba dispuesto a permitir que una mujer lo llevara de la correa como a un perrito. Ya lo había visto en algunos de sus vecinos. Mientras sus mujeres se probaban vestidos, ellos sujetaban remilgados bolsitos con sus manazas y comentaban las ventajas de la inseminación artificial de las vacas. Ni siquiera daba la sensación de que la experiencia les pareciera humillante a los muy calzonazos.

–¿Logan? –Hank agitó la mano delante de la cara de Logan–. He preguntado si has visto señales del puma que Ray dijo ver mientras tú estabas en los montes.

Logan, arrancado de sus deprimentes conjeturas, sacudió la cabeza y tragó lo que le pareció serrín entre dos rebanadas de pan.

–Le seguí el rastro hacia el noroeste, pero no llegué a verlo. Cuando llegué a la cascada que hay al final de Shadow Valley, el rastro desapareció.

–¿Tienen muchos problemas con los animales salvajes? –preguntó Cassie.

Él vio cómo ella tomaba una cucharada de una horrible masa verdosa que había en un tarro y la metía en la boca de una de las gemelas. La cena de las niñas no parecía mucho más apetitosa que la suya. Bravo por la cocina de la viuda.

–¿Los tienen?

–¿Eh?

–He preguntado que si tienen muchos problemas con los animales salvajes.

Él observó la expresión de curiosidad de ella. Quizá, si mencionara un animal o dos, ella decidiera que era demasiado peligroso para las niñas y huyera como un coyote con el rabo entre las piernas.

–A veces –dijo lentamente Logan.

–Ah, hablando de animales salvajes, Sansón nos visitó mientras tú estabas fuera –dijo Hank como si hubiera captado la intención.

–¿Qué o quién es Sansón? –preguntó Ginny.

–Uno de los osos negros más grandes que se pueden ver –contestó Hank mientras se recostaba en la silla.

A Logan le encantaba el giro que había dado la conversación. Conocía a Hank y el espanto que le producía el oso que Logan había criado después de encontrarlo abandonado en una osera; de modo que, cuando terminara de contar la historia, Sansón habría crecido por lo menos un metro.

–Cuando se levanta sobre las patas traseras, es tan grande como un oso pardo –dijo Hank.

Logan tomó un poco de emparedado para contener la risa. Hank no podría haberlo hecho mejor al exagerar el tamaño del animal.

–¿Cree que volverá pronto? –preguntó Cassie mientras seguía dando de comer esa masa inmunda a sus hijas.

–No me sorprendería –cuando Ginny acercó su silla a la de Hank, a este se le iluminó el rostro de satisfacción–. Se sabe que el viejo Sansón merodea unos días antes de volver a las montañas.

Logan se sentía encantado. La viuda y su séquito abandonarían a primera hora de la mañana el rancho y su vida para volver a San Louis.

Logan no resistió la tentación de atizar un poco el fuego que Hank había prendido, aunque intentó conservar el tono equilibrado.

–Los animales salvajes solo son uno de los peligros que hay que soportar en esta parte del país. Hay veces en las que la meteorología puede ser más peligrosa que los animales.

–No se esfuerce, señor Murdock –dijo Cassie mientras dejaba el tarro en la mesa. El golpe de la cuchara contra el cristal retumbó en la habitación repentinamente silenciosa–. No va a asustarme para que deje lo que me corresponde. Le guste o no, las gemelas y yo vamos a quedarnos.

El manto de silencio que cayó sobre la cocina resultó abrumador, y ella y Logan se miraron ferozmente a través de la mesa. A ella le recordó a la tranquilidad que precede a la tormenta.

–Hank, ¿por qué no me ayudas con las gemelas? –preguntó Ginny para acabar con ese silencio–. Me parece que estos dos tienen que hablar.

–Pero la cosa empieza a ponerse interesante –se quejó Hank. Ginny se inclinó para decirle algo al oído y él se levantó tan precipitadamente, que casi tiró la silla–. Tienes razón. No nos necesitan. Es una noche muy agradable, podemos sacar a las niñas a dar un paseo.

Hank tomó a Kelsie y Ginny a Chelsea.

–Enseñaremos a las niñas el potrillo de Velvet Lady.

Esperó a que Ginny limpiara las caras de las gemelas y la ayudó a ponerles un jersey amarillo. Hank acompañó a Ginny hasta la puerta.

–Vosotros tomaos todo el tiempo que necesitéis.

En otras circunstancias, a Cassie le habría parecido muy cómico el interés que tenía Hank por estar con Ginny; pero, dado que su marcha la dejaba sola con Logan, Cassie no dijo nada gracioso.

Ese hombre era la virilidad personificada y, desde que entró en la habitación, todos sus sentidos se habían posado en él como si los dirigiera una especie de radar femenino. El aroma a jabón de hombre que flotaba en el ambiente, los músculos en tensión de los antebrazos y la voz ligeramente ronca de barítono hicieron que se acordara de las curtidas manos al encontrarse entre sus brazos. El recuerdo de su cuerpo desnudo en la bañera le produjo un escalofrío que no tenía nada que ver con la temperatura.

–Ginny tiene razón –dijo Cassie con un tono arisco por la tensión que se adueñaba de su cuerpo–. Tenemos que comentar las condiciones de nuestra asociación.

El chirrido de la silla de Logan sobre el suelo resultó ensordecedor.

–No podría estar más de acuerdo. Hay algunas cosas que tenemos que aclarar, señora Wellington, y ahora es un momento tan bueno como cualquier otro.

–Dado que mis hijas y yo vamos a vivir aquí, ¿no le parece una buena idea que nos llamemos por el nombre de pila? –preguntó ella mientras levantaba la cabeza para mirarlo.

Él la miró un instante antes de asentir con la cabeza, apartarse y dirigirse hacia el vestíbulo.

–De acuerdo, Cassie. Vamos a mi despacho.

Normalmente, a ella la espantaban las confrontaciones, pero deseaba esa. Logan Murdock necesitaba que le dijera cuatro cosas y cuanto antes mejor. Había conocido a demasiados hombres egoístas y egocéntricos como para permitir que ese se aprovechara de ella.

Solo deseaba que su voz de barítono no resultara tan seductora y no haber salido por delante de él. La voz era tan insinuante, que ella sintió un temblor al oír su nombre; además, sentía su mirada en

el trasero tan claramente como si él lo estuviera tocando.

Era, sin duda, el hombre más desesperante y obstinado que ella había conocido, pero hacía que le temblaran las rodillas y que los pulmones se negaran a tomar aire.

Logan la rozó al abrir la puerta y ella sintió una descarga eléctrica en todo el cuerpo. Intentó recuperar el aliento y entró en la habitación. Para su decepción, era muy parecida a todas las demás: revestimiento de madera, grandes muebles de nogal y cuero y cortinas neutras y anodinas. Al parecer, Logan Murdock solo conocía una posibilidad en la decoración.

–¿Merece tu aprobación? –preguntó él desde algún sitio detrás de ella.

Cassie se volvió hacia la voz y dejó escapar un grito de susto en vez de dar la réplica punzante que había previsto. En la esquina, detrás de Logan, surgía amenazadoramente un oso enorme con la boca abierta y las garras extendidas. Después de la conversación sobre Sansón, ella tardó un rato en comprender que la fiera estaba destinada a permanecer para siempre en esa actitud amenazante.

Ella se encogió de hombros y se dio la vuelta. Se encontró cara a cara con la serpiente más grande que había visto fuera de un zoológico. Estaba sobre el manto de la chimenea y en un extremo de la espiral de manchas grises y marrones tenía un cascabel de diez centímetros; en el otro, se elevaba la cabeza que garantizaba una mordedura mortal con sus gigantescos colmillos.

¿Qué clase de hombre era ese que guardaba en su casa esos repugnantes trabajos de taxidermia?, se preguntó ella mientras divisaba un lince en una estantería junto a la chimenea.

–No hará falta que cierres la puerta –dijo Cassie con una voz ligeramente temblorosa–. Nadie en su sano juicio querría entrar aquí.

Logan hizo un verdadero esfuerzo por no reírse de la cara de horror de Cassie. Estaba pálida como la cera y parecía que iba a salir corriendo. Ella no podía saber que esa habitación lo había aterrado a él cuando era niño. Ni que los animales disecados eran mucho más viejos que él.

–Amenazaron la seguridad de Lazy Ace –dijo él mientras se dejaba caer en la butaca que había detrás de la mesa–. Cuando atacaron al ganado, mi familia no tuvo más remedio que darles su

merecido.

–Me ves como una amenaza –Cassie se volvió para mirarlo con fiereza–. ¿Es tu manera de decirme que yo seré el próximo trofeo que poseerás?

Logan comprobó que Cassie se le sonrojaban las mejillas al darse cuenta de que los dos habían captado el posible doble sentido de las palabras. Él tragó saliva y su cuerpo reaccionó de una forma que él preferiría no comentar ante la provocativa situación que le pasó por la cabeza. Las cosas no iban por el camino previsto. Él debería estar negociando con ella su marcha de Lazy Ace, no intentando disimular la excitación que le había provocado su comentario.

–Yo… no… he dicho que seas una amenaza.

–No ha hecho falta –ella se sentó en la butaca que había delante de la mesa y cruzó amenazadoramente los brazos debajo de los pechos–. En cuanto te diste cuenta de quién era yo, dejaste a un lado tu encanto y diste paso a la hostilidad.

–No se puede decir que tu fueras Miss Amabilidad precisamente –él se reclinó en la butaca de respaldo alto y suspiró profundamente–. Mira, lanzarnos pullas no va a llevarnos a ninguna parte. ¿Empezamos de cero?

–Me parece una buena idea. Creo que así nuestra vida aquí será mucho más soportable.

Cada vez que ella mencionaba la posibilidad de quedarse en el rancho, a él se le erizaba el cabello y sentía una punzada en el estómago.

Logan sacó pecho. Sabía perfectamente que a él no iba a gustarle lo que Cassie iba a decir, pero siempre había pensado que había que afrontar las situaciones como vinieran.

–¿Por qué no me dices por qué quieres vivir aquí? –propuso él.

–De acuerdo –ella respiró hondo y lo miró a los ojos–. El tío Silas dejó dinero a mis primos, pero su última voluntad fue que las gemelas y yo tuviéramos una vida nueva. Al dejarme su participación en la sociedad Lazy Ace, Cattle me dio la oportunidad de quedarme en casa para criar a mis hijas –la sonrisa de alivio de Cassie hizo que a Logan se le apretara más el nudo que tenía en la garganta–. Recuerdo que el tío Silas decía siempre que la vida tranquila del campo de Wyoming era la forma ideal de criar a los hijos. Tenía razón. Aquí se está mucho mejor, las niñas no

respirarán el humo de una ciudad superpoblada y yo podré estar con ellas para disfrutar de cada momento de sus vidas, en vez de que me los cuente una niñera.

Cuando Cassie terminó de contarle las ganas que tenía de ser una madre de dedicación plena y lo importante que era para ella que las niñas se criaran en un ambiente sano y seguro, Logan se sentía como si como si una apisonadora le hubiera pasado por encima. Si insistía en que ella se marchara, se sentiría como un verdadero canalla.

–¿No preferirías vivir en la ciudad? –preguntó él con ciertas esperanzas.

Él sabía perfectamente los peligros que la zona tenía para las mujeres y los niños, pero si intentaba exponérselas a ella en ese momento, ella pensaría que era una treta para que se fuera de Lazy Ace.

Ella negó con la cabeza.

–Lo he analizado desde todos los puntos de vista y he llegado siempre a la misma conclusión. Es lo mejor que el tío Silas podía haber hecho por nosotras. Quiero que las niñas crezcan aquí, donde pueden correr y jugar –lo miró penetrantemente–. También quiero supervisar mi parte del negocio.

Logan se levantó y fue de un lado a otro por detrás de la mesa.

–Podría informarte de todas las transacciones en un informe trimestral, cuando te mande el cheque con tu parte de los beneficios. Como hacía con el tío Silas.

–No tengo nada contra usted, señor Murdock, pero es mi herencia y creo que me conviene estar aquí para vigilarla.

–Las familias Murdock y Hastings han hecho negocios juntas desde hace cientos de años…

–Lo sé –dijo ella asintiendo con la cabeza–. He oído esa historia desde que tengo uso de razón. Primero me la contaron mi padre y mi abuelo y, cuando ellos murieron, el tío Silas tomó el relevo. Tu bisabuelo, Jake Murdock, y el mío, Ned Hastings, dejaron San Louis con nada más que una escopeta y la escritura de propiedad de una tierra que habían ganado al póquer.

–Así es –confirmó Logan–. Fue tu bisabuelo quien perdió el interés y volvió a Missouri treinta y cinco años después –dijo él intencionadamente–. Él y el resto de tu familia han sido

completamente felices como socios ausentes del rancho. Los Murdock se quedaron e hicieron de Lazy Ace lo que es hoy.

–Lo sé muy bien –dijo ella–, pero cuando el tío Silas me legó su parte de rancho, yo decidí ser una socia activa. No era justo que tú y tu familia sufrierais tantas penalidades mientras mi familia se quedaba de brazos cruzados. Además, quiero saber por mí misma cómo gestionas nuestra fuente de ingresos.

Logan se detuvo y la miró airadamente.

–Soy un hombre de palabra. Si a tu tío le bastó eso, a ti debería bastarte también.

–No soy mi tío, señor Murdock. Póngase en mi lugar. ¿Confiaría en alguien que no conoce cuando se juega tanto? –él permaneció en silencio y ella sonrió mientras se levantaba–. Yo no soy distinta. Hablamos del futuro de mis hijas y no voy a dejar nada al azar.

–¿Y tu familia? –preguntó Logan a la desesperada–. ¿No vas a añorarla?

Ella sacudió la cabeza.

–No tengo ningún motivo para volver a San Louis. Mis padres están muertos y no tengo hermanos –abrió la puerta–. Deberías ir asimilando que mis hijas y yo vamos a considerar a Lazy Ace como nuestro hogar.

Él observó cómo ella cerraba suavemente la puerta.

–No, si yo puedo hacer algo al respecto, señora.

Capítulo Tres

Cassie estaba al pie de las escaleras con un plumero en una mano y la cera para la madera en la otra. ¿Por dónde podía empezar?

El día anterior, después de encontrarse con Logan en la bañera, no había vuelto a acordarse de la limpieza de la casa. Sintió un escalofrío. No creía que ninguna mujer pensara en quitar el polvo o dar brillo a la madera después de ver a Logan Murdock en cueros.

Había dicho una mentira como la copa de un pino cuando dijo que el cuerpo de Logan no era para tanto. Solo el recuerdo de aquella piel masculina y del contacto de los músculos duros como rocas contra su cuerpo la había tenido en vela casi toda la noche. Lo cual era una de las cosas más estúpidas que le había pasado jamás. No tenía el más mínimo interés en Logan ni en su abrumadora musculatura.

Echó una ojeada a la sala mientras sacudía la cabeza para sacar aquellos recuerdos de su traicionero pensamiento. Ese hombre podía tener un cuerpo impresionante, pero era un palurdo. Simple e irrelevante. Además, la monumental tarea que se le presentaba por delante era casi suficiente como para replantearse la decisión de vivir en Lazy Ace.

Seguramente por eso no estaba casado. Cualquier mujer en sus cabales saldría corriendo al ver el estado de la casa.

Había una silla de montar en el respaldo de una butaca, y un conjunto de vaqueros, camisas y calzoncillos de algodón blanco adornaban el respaldo de otra. Las mesas supletorias que había junto a las butacas y la mesa delante del sofá de cuero estaban completamente cubiertas de tazas, vasos, periódicos y revistas.

Cassie, aturdida, desvió la mirada hacia la chimenea de piedra que había en la esquina. La cabeza de alce que había encima tenía una gorra de los Colorado Rockies, unas gafas de sol gigantescas y una corbata estampada con unos dibujos animados.

–Debes estar de broma –dijo Ginny a su lado–. Parece un campo

de batalla.

Cassie asintió con la cabeza y se acercó a la chimenea. Pasó el plumero y empezó a estornudar de la nube que se levantó.

–Cuando llamé la semana pasada, Hank me dijo que la casa necesitaba un toque femenino –Cassie agarró un par de calcetines y los apartó todo lo que pudo de sí–. Lo que no me dijo era que necesitaría una excavadora. Voy a tardar semanas en adecentar este sitio.

–Es curioso que lo menciones –dijo Ginny con una sonrisa–. Esta mañana, Hank y yo comentábamos que te va a costar mucho poner orden.

–A mí me lo vas a decir –dijo sombríamente Cassie. Volvió a estornudar–. Este sitio tiene polvo para parar un tren.

Ginny asintió con la cabeza.

–Vas a necesitar ayuda. Si no te importa soportarme una semana o dos más, puedo llamar a la oficina y pedir esos días.

–Oh, Ginny, no me gustaría que pasaras tus vacaciones ayudándome a limpiar –Cassie le quitó la gorra, las gafas y la corbata al alce–, pero no voy a rechazarte si realmente quieres quedarte.

–Perfecto –la sonrisa de Ginny era demasiado radiante si se tenía en cuenta el trabajo que les quedaba por delante–. Buscaré a Hank para pedirle que nos aparte estos muebles.

Ginny no podía disimular ni el color de las mejillas ni el brillo en los ojos; no tenían nada que ver con la idea de limpiar, sino con la de ir a buscar a Hank.

Cassie sintió verdadera lástima por su amiga. Era una romántica empedernida que todavía pensaba en encontrar a su caballero andante con el que vivir feliz toda la vida.

Pero gracias a Stan, su ex marido, eso era algo que Cassie había desechado hacía mucho tiempo. Sintió una punzada de decepción en el estómago al recordar al hombre al que había jurado amar hasta la muerte. Cuando se casaron, Cassie había dado por sentado que Stan sentaría la cabeza y trabajaría para construir un futuro junto a ella. Desgraciadamente no había sido así.

Llevaban solo unos meses casados cuando Cassie se dio cuenta de que no era la inmadurez, sino el egoísmo de Stan, lo que lo impedía aceptar las responsabilidades del matrimonio. No habrían

seguido juntos aunque él no hubiera muerto.

Contuvo unas lágrimas y sacudió la cabeza. Los finales felices solo pasaban en los cuentos de hadas.

Logan soltó una ristra de juramentos y lanzó una bala de heno por el costado del pajar. La siguieron otras cuatro. Al ver que todas ellas se rompían al chocar contra el suelo, apretó los dientes y apenas pudo reprimir los deseos de ponerse a gritar. Solo consiguió aumentar la sensación de impotencia que le abrasaba la garganta.

–Logan, estás insoportable –Hank se puso en jarras y señaló con la cabeza las balas deshechas–. Necesitaré la carretilla para llevar todo esto al establo de Nicoma.

–Eso te tendrá ocupado y así no harás el ridículo con la rubia –replicó Logan.

–Hay alguien en este granero que está haciendo el ridículo y no soy yo –se rio Hank–. Por lo menos, yo tengo la sensatez de reconocer que todo ha mejorado una barbaridad en este sitio desde ayer.

Logan agarró una escalera y empezó a bajar.

–¿Cuánto durará?

Sabía que estaba siendo irracional, pero ser racional era mucho pedir después de haber pasado la noche dándole vueltas al recuerdo del cuerpo de Cassie contra el suyo.

Saltó los últimos dos peldaños.

–¿Cuánto crees que tardarán esas dos en aburrirse?

–Quizá no lo hagan. No todas las mujeres son como Andrea –Hank sacudió la cabeza–. Nunca os imaginé juntos. Dudo que ella pueda vivir en algún sitio que no tenga un centro comercial y un restaurante de cuatro tenedores.

Logan gruñó y pasó por alto el comentario sobre el error que una vez cometió. No estaba dispuesto a perder el tiempo pensando en el pasado. Lo que lo preocupaba era Cassie Wellington y el presente. Lo preocupaba mucho.

–En cuanto la viuda y su amiga se hagan una idea de lo remoto que es este sitio, les faltara tiempo para salir corriendo –dijo Logan mientras se dirigía al fondo del granero.

Agarró la carretilla y la llevó donde estaban las balas de heno

rotas.

–Piensa en cómo reaccionarán cuando llegue el invierno y pasemos días bloqueados por la nieve.

–Entonces será cuando las cosas empiecen a ponerse interesantes –dijo Hank con una sonrisa de oreja a oreja.

A Logan se le secó la boca de pensar en él y Cassie atrapados varios días en la casa y con todos esos dormitorios para elegir.

Irritado por haber pensado en eso durante un solo segundo, habló en su interés y en el de Hank.

–Deja de pensar con las hormonas y empieza a pensar con la cabeza. No creo que ninguna de las dos aguante la primera helada sin volverse loca.

–Entonces, ¿qué es lo que te preocupa? –preguntó Hank. Agarró una horca y empezó a meter heno en la carretilla–. Si lo que dices es verdad, Cassie y las niñas estarán camino de San Louis a finales de mes.

Logan sacudió la cabeza y llevó la carretilla hasta el final del granero.

–No es fácil –se detuvo a la entrada y se volvió para mirar a Hank–. Siempre pensé que a Silas le faltaba algún tornillo, pero nunca pensé que además tuviera un lado perverso. Sabía que mi madre murió porque no pudimos llevarla al hospital a tiempo; pero él, antes de morir, convenció a Cassie de que este era el sitio ideal para criar a sus hijas.

–Bueno, yo pretendo criar a mis hijos aquí.

–Hank…

Logan vio que la cara de Hank se iluminaba con una sonrisa al ver que Ginny se acercaba por el pasillo central del granero.

–Aquí viene la madre de esos futuros hijos –dijo Hank en voz baja.

–Acabas de conocerla –dijo Logan.

–Da igual. Sé lo que quiero –le dio la horca a Logan y fue hacia Ginny.

Logan vio que Hank y Ginny se encontraban a mitad del pasillo y que él la besaba como si fuera un soldado que volvía de la guerra. Logan tuvo la imagen de Cassie en sus brazos mientras Hank la besaba, y sintió algo muy raro en las entrañas.

Cuando Hank dejó que Ginny tomara aire, ella consiguió hablar.

–Cassie… y… yo… hemos estado limpiando… la sala. ¿Podrías… ayudarnos a mover… los muebles?

–Naturalmente –Hank la miró a los ojos–. Me encantaría ayudarte a hacer cualquier cosa, cariño –la besó en la frente–. Solo tienes que pedírmelo.

Ginny se rio y pasó el brazo por la cintura de Hank. Logan notó una punzada en el estómago. Siguió a la pareja de enamorados para ver qué habían hecho las mujeres en la casa y se negó a reconocer que esa sensación no fuera sino hambre. Se acercaba la hora de comer y no había desayunado.

Logan no sentía envidia por la libertad con que Hank daba su corazón a una mujer. Ni hablar.

Cassie observó a los hombres levantar el sofá como si no pesara nada y dejarlo en un rincón de la habitación. Los dos se habían remangado las camisas y ella se encontró fascinada por los músculos de los antebrazos de Logan.

Ginny entró desde la cocina con los ojos marrones resplandecientes.

–Estoy enamorada –susurró.

–Yo necesito algo más que músculos y fuerza bruta.

Ginny la miró.

–Ya, ya. Claro.

–De verdad.

–Lo que tú digas, Cassie.

Los lejanos llantos de sus hijas la salvaron de tener que seguir defendiendo una postura que no se creía nadie.

Cassie agarró del brazo a Ginny.

–Vamos. Luego seguirás disfrutando del poderío de Hank. Ahora necesito que me ayudes a dar de comer a las niñas.

–No sé qué tiene Hank, pero si él pudiera embotellarlo y venderlo, yo compraría una caja entera –dijo Ginny mientras Cassie la arrastraba fuera de la habitación.

–No creo que haga falta –murmuró Cassie–. Si no me equivoco, vas a tener todas las muestras gratis que quieras.

–Y yo voy a quedarme con todas las que pueda –Ginny sonrió–. Recuerda que yo vi a Hank primero.

Cassie se rio mientras subía las escaleras.

–Puedes quedártelo entero.

«A mí me gusta Logan».

Tropezó ante ese pensamiento involuntario. Sacudió la cabeza. Logan Murdock le interesaba tanto como cambiar las ruedas del coche.

Diez minutos después, Cassie había sentado en sus sillas a Chelsea y Kelsie. Acababa de sacar del microondas los tarros con la comida de las niñas cuando vio a Logan que la observaba desde el quicio de la puerta.

–No tenías que haberte molestado –dijo él señalando con la cabeza una cazuela enorme con carne guisada.

Cassie se encogió de hombros y puso la comida de las niñas en dos platos.

–Tenemos que comer y me gusta cocinar –se dio la vuelta, agarró un paño, abrió la puerta del horno y sacó una fuente con pan recién hecho–. Espero que te guste.

–Sí… claro.

Logan tuvo que hacer un esfuerzo para expulsar el aire de los pulmones.

Claro que le gustaba. Los pantalones caqui no eran ceñidos, pero ella estaba doblada hacia delante y se le ajustaban al pequeño y redondeado trasero, lo cual hizo que cierta parte del cuerpo de Logan reaccionara al instante. En cuanto a traseros, la viuda de Wellington tenía el mejor que había visto en mucho tiempo; quizá en toda su vida.

Las gemelas dieron unos grititos y Cassie se volvió sonriente hacia ellas. A él se le paró el pulso. ¡Hoyuelos! Cassie tenía unos hoyuelos en las mejillas de alabastro. ¿Por qué no los había visto el día anterior?

¡Maldición! Tenía debilidad por las mujeres con hoyuelos desde que se sentaba al lado de Rosie Collins en primaria. No era un buen presagio. Nada bueno.

Las sonrisas desdentadas que las gemelas devolvieron a su madre revelaron que ellas tenían también hoyuelos. Como niñas eran una verdadera preciosidad.

Logan notó que había aparecido una grieta en el muro que tan cuidadosamente se había construido alrededor del corazón. Las

niñas habían hecho que casi deseara tener hijos propios. Pero eso era absurdo. Tener hijos no era una posibilidad que pudiera plantearse, ni lo sería nunca.

Se sentó en la cabecera de la mesa y notó que le sudaba la frente. Decidió que era tonto de remate. De acuerdo, Cassie tenía una figura que tentaría a un eunuco y dos hijas preciosas, ¿y qué? Intentaba quedarse con su rancho. Sería mejor que no lo olvidara.

–¿Qué tienen planeado hacer esta tarde estas dos encantadoras damas? –preguntó Hank mientras entraba acompañado por Ginny.

–Yo tengo que devolver el remolque que he alquilado antes de que me cobren un día más –contestó Cassie.

Logan vio cómo les ponía los baberos a las niñas y se sentaba frente a ellas.

–Yo voy a Bear Creek por provisiones. Puedo llevar el remolque –se ofreció Hank mientras separaba la silla de Ginny y se sentaba junto a ella–. Por cierto, Cassie, ¿crees que podrías prescindir de Ginny unas horas esta tarde? Me gustaría enseñarle el pueblo.

–Debería ayudar a Cassie –dijo Ginny–. Necesitará que vigile a las niñas mientras ella termina la sala.

Hasta Logan, que estaba absorto por Cassie y sus hoyuelos arrebatadores, se dio cuenta del poco entusiasmo que puso en las palabras.

Él observó que Cassie metía una cucharada de sustancia anaranjada en la boca de una de las gemelas mientras daba el biberón a la otra. No lo extrañaba que las niñas golpearan la mesa; él lo haría también si tuviera que comer esa cosa tan poco apetecible.

–No seas tonta –dijo Cassie–. Las niñas se echarán una siesta después de comer. Eso me dará tiempo de sobra para ocuparme del resto de telarañas y de las toneladas de polvo. Si tienes tiempo cuando vuelvas, daremos brillo al suelo y enceraremos la madera. Si no, lo haremos mañana.

–Genial –dijo Ginny, encantada. Sonrió a Hank–. No estaremos fuera mucho tiempo.

Logan escuchó en silencio la conversación. No le hacía ninguna gracia el quedarse solo con Cassie. Aunque Hank y Ginny se limitaran a devolver el remolque y a comprar cuatro cosas, tardarían por lo menos dos o tres horas. Además, él sabía lo que le

gustaba a Hank visitar a la gente del almacén de piensos, lo cual podía alargar su ausencia.

Pensó que podía sugerir a Cassie que los acompañara con las niñas.

–¿Tú no necesitas nada del pueblo? Quizá quieras ir con ellos.

Cassie negó con la cabeza.

–Tengo todo lo que necesito para una temporada.

–Será mejor que lo pienses bien –la previno Logan mientras probaba el trozo de carne guisada más insípido que había tomado en su vida.

Alguien tendría que enseñar a la viuda a usar la sal y la pimienta. Dio un sorbo de té frío para pasar aquel potingue.

–Esto no es San Louis –añadió Logan–. No hay un almacén a la vuelta de la esquina.

–Sé perfectamente que el almacén más cercano está a cien kilómetros de aquí –dijo tranquilamente ella.

Él señaló a las niñas.

–¿Y si necesitas algo para ellas? La tienda más cercana es el Rancher's Emporium y está a más de sesenta kilómetros.

Ella dejó de dar de comer a las niñas y lo miró fijamente.

–Sé la distancia que hay hasta Bear Creek, y mis hijas se llaman Chelsea y Kelsie.

Logan no pudo evitar una sonrisa.

–Es como si recitaras poesía.

–Segundo asalto –dijo Hank mientras se levantaba–. Ginny, creo que es el momento de poner pies en polvorosa y dejar a estos dos para ver si alcanzan algún tipo de tratado de paz.

Ginny pareció dudar.

–Cassie…

–Que te diviertas –dijo ella sin apartar la mirada de Logan.

–Volveré a tiempo para ayudarte con la cena –afirmó Ginny antes de salir corriendo detrás de Hank.

Cuando se cerró la puerta, Cassie se levantó y fue por una toallita para lavar la cara de sus hijas.

–De modo que no te gustan los nombres de las gemelas.

–No puedo decir ni que sí ni que no –Logan tragó el último trozo de guiso–. Me parece bastante rara la rima. Eso es todo.

–Mucha gente tiene gemelos con nombres parecidos –Cassie

sonrió–. Tengo un primo que los llamó Sean y Shane, y otro les puso Stephen y Stephanie.

–Los gemelos se dan mucho en tu familia.

Ella asintió con la cabeza.

–Hay cuatro pares en esta generación de Hastings.

Cassie se dio cuenta de que él miraba todos los movimientos que hacía ella mientras les quitaba las correas de la silla a las niñas. Lo miró por encima del hombro y sonrió ante la cara de sorpresa de él.

–Tiene cinturones de seguridad –dijo él.

–Naturalmente –Cassie levantó a la niña de la trona–. Es obligatorio que todos los muebles infantiles tengan medidas de seguridad para que no se hagan daño.

–¿Cómo iban a hacerse daño? –preguntó con escepticismo él–. Son demasiado pequeñas como para hacer otra cosa que no sea ruido.

Cassie se rio.

–No tienes ni idea de niños, ¿verdad?

Él negó con la cabeza dándose cierto aire de orgullo.

–Los he visto siempre de lejos.

–¿Nunca has tenido uno en brazos?

–No.

La expresión altiva de él fue suficiente para que ella decidiera que había llegado el momento de acabar con el récord de Logan Murdock. Se mordió el labio inferior para contener la risa, rodeó la mesa y puso a Chelsea contra el ancho pecho de él. Él levantó automáticamente las manos para sujetar a la niña, como ella había previsto.

–Eh, ¿qué haces?

Ella sonrió de oreja a oreja al notar el terror en la voz de Logan y ver el pánico que alteraba sus hermosos rasgos.

–Necesito que alguien sujete a Chelsea mientras limpio a Kelsie –mintió ella–. Puesto que Ginny y Hank se han ido, tú eres el elegido para el papel de ayudante.

La realidad era que ella había logrado alcanzar un sistema muy eficaz para manejar a las dos niñas, pero Logan no lo sabía y ella no iba a decírselo.

–¿Qué tengo que hacer? –preguntó él mientras sujetaba a Chelsea con los brazos estirados.

–Nada. Solo sujetarla.

Cuando Logan miró a la niña de cabello cobrizo, ella alargó un puño y agitó las piernas como si estuviera montando en bicicleta. Él frunció el ceño. ¿Estaría haciendo mal algo?

La niña se retorció y él la llevó inmediatamente contra el pecho, la sentó en el antebrazo y le pasó una mano por la espalda. Un momento, ¿por qué sabía hacer eso? No estaba seguro. Pero debía ser lo que quería la niña porque,, hizo un ruido gutural y le sonrió. Él no pudo evitar devolverle la sonrisa.

Repentinamente, la niña dejó de sonreír y miró atentamente a Logan.

–Le pasa algo a… –se calló–. ¿Cuál de las dos es?

–Chelsea.

–De acuerdo. Le pasa algo a Chelsea –dijo él con la esperanza de que la niña no se pusiera a gritar con todas sus fuerzas.

–¿Por qué lo dices? –Cassie levantó a la otra niña, se la puso en la cadera y se volvió para mirarlo.

–Me mira de mala manera.

Cassie se rio al ver que la niña alargaba la mano para tocar el labio superior de Logan.

–Está fascinada con tu bigote. No había visto ninguno hasta ahora.

–Ah.

La sonrisa reapareció como había desaparecido y la niña dio unos grititos de placer.

–¿Te hace cosquillas? –preguntó Logan.

Se encontraba completamente estúpido hablando a una niña, pero el movimiento de su boca hacía que ella se riera y que le pusiera su diminuto puño en la cara. Él no pudo evitar el soltar una carcajada.

–Al parecer, Chelsea no es la única que se divierte –dijo Cassie con una sonrisa–. No se te da mal para no haber visto nunca un niño de cerca. Estoy segura de que algún día serás un gran padre.

Logan estaba hipnotizado por la dulzura de la voz de Cassie y por la reaparición de los hoyuelos. Tardó un momento en comprender lo que ella había dicho.

–No creo. No tengo intención de casarme y mucho menos de tener hijos.

La diminuta niña que tenía en brazos aprovechó ese instante para apoyar su cabeza en el hombro de Logan y frotar su carita contra el cuello de él.

–Es una lástima, porque serías un buen padre –insistió Cassie–. Los bebés perciben en quién pueden confiar y en quién no. Si ella no confiara plenamente en ti, estaría montando un jaleo en vez de acurrucarse contra ti –Cassie señaló la manaza de Logan que acariciaba la espalda de Chelsea–. Tú sabes instintivamente cómo conseguirlo.

Logan sintió un repentino deseo de salir corriendo como alma que lleva el diablo. Si la viuda de Wellington se creía que iba a engatusarlo por dejarle un bebé en brazos y alardear de hoyuelos, estaba muy equivocada.

Él no sabía absolutamente nada de bebés. No tenía madera de padre. Ni mucho menos. Además, estaba dispuesto a seguir así. Como debía ser.

Sintió un escalofrió que le subió por la espina dorsal y que hizo que se le erizaran los cabellos de la nuca. Hacía dos días, cuando volvía de las montañas, pasó por el rancho Flying J para comprobar si Nate Jackson había visto rastros del puma. Logan seguía sin poder dar crédito al caos que había visto allí. Rosemary, la mujer de Nate, había montado un escándalo porque él y Nate habían dejado huellas de barro en el suelo recién fregado. Las tres niñas pequeñas corrían de un cuarto a otro como si estuvieran poseídas por el demonio y el bebé aullaba como un condenado.

Hasta el día anterior, su vida había sido casi perfecta y como a él le gustaba: tranquila, pacífica y sin mujeres. Cuando la soledad era excesiva, cuando quería la compañía de una mujer, podía montarse en la furgoneta y recorrer los sesenta kilómetros que lo separaban de Bear Creek. Allí siempre encontraba alguna jovencita encantadora en uno de los bares del pueblo.

Lo fundamental era que fuese cuando él quisiera.

Lo mejor sería que se alejara todo lo posible de Cassie y sus retoños, y que todo se quedara así.

–Toma –le dijo bruscamente a Cassie mientras le devolvía a Chelsea–. Tengo trabajo.

Cassie se quedó mirando a Logan mientras él tomaba el sombrero del gancho que había detrás de la puerta y salía de la casa

dando un portazo.

Ella apenas pudo contener una carcajada. Una niña de ocho meses había intimidado a Logan Murdock, el poderoso vaquero, el curtido hombre de campo y uno de los más extraordinarios ejemplares masculinos de treinta y tantos años que Cassie había tenido el privilegio de admirar.

Ella se quedó sin aliento al recordar toda la virilidad que había apreciado cuando se lo encontró en la bañera. Fue rápidamente al comedor, donde dejó a las niñas sobre la manta de juegos. Se abanicó por el calor que sintió en las mejillas, encendió el intercomunicador y fue a recoger la cocina.

Si Logan salía corriendo solo por sujetar una niña, entonces tendría que darle una cada vez que pudiera. Era mucho más seguro verlo en retirada que tenerlo alrededor recordándole sus impresionantes atributos.

Capítulo Cuatro

Era después de medianoche cuando Logan dejó la yegua que había estado atendiendo y se fue a casa. Él sabía que Dolly podría haber parido sin que él estuviera allí. También podía haber encargado a alguno de los cuatro hombres que trabajaban en el rancho que se ocupara de supervisar el parto.

Pero Logan necesitaba estar un rato solo. Necesitaba tiempo para pensar las cosas y preparar su próximo paso. Por eso se había saltado la cena para estar con la yegua. Sin embargo, no había encontrado ninguna solución ni la forma de convencer a Cassie para que abandonara Lazy Ace.

Quería, necesitaba más bien, que Cassie y sus preciosas hijas dejaran el rancho antes de que perturbaran más su tranquilidad de espíritu. Había tardado bastantes años y le había costado mucho, pero ya había asimilado el hecho de que estaba destinado a vivir solo y no tenía ninguna necesidad de que Cassie removiera anhelos que había enterrado hacía mucho tiempo.

Hacía diez años había visto el rancho a través de los ojos de una mujer de ciudad, Andrea, su amor de facultad. Ella echó una ojeada al rancho, a la distancia que estaba del pueblo, y salió pitando de vuelta a Denver y a las comodidades de la gran ciudad.

Al principio se quedó desolado. Habían estado juntos toda la carrera y él pensaba que seguirían toda la vida. Pero el tiempo pasó y él comprendió que ella tenía razón. Las mujeres no estaban hechas para la soledad de la tierra que él amaba. O para el arduo trabajo, como su madre.

Logan se sentía abrumado por la pena y los remordimientos cada vez que se acordaba de las circunstancias que rodearon a la muerte de su madre. Enfermó y murió porque se lanzó a una poza helada para salvarle la vida. Él tenía once años y nunca olvidaría el cambio tan profundo que eso supuso en su vida. Fue la primera y última vez que vio llorar a su padre. También fue el principio del fin de la relación que tenían como padre e hijo.

Logan sacudió la cabeza para alejar aquellos recuerdos perturbadores. Daba igual lo mucho que él quisiera que las cosas fuesen distintas, Lazy Ace no era lugar para una mujer con dos hijas.

Entró en la casa, se quitó las botas y atravesó la cocina hasta llegar al vestíbulo. La oscuridad era completa. Dio un paso dentro de la sala y dejó escapar un aullido de terror cuando cada pie fue por su lado. Consiguió agarrarse a la barandilla de la escalera y evitó por los pelos darse un buen trompazo. Intentó ponerse de pie otra vez, pero era como caminar sobre una superficie helada. Se había olvidado de que Cassie tenía intención de encerar la tarima.

Logan consiguió mantenerse de pie. ¿A qué olía? Se le erizó el cabello cuando se dio cuenta de que olía a flores.

–¿Qué demonios ha hecho ahora? –gruñó.

Fue cautelosamente hasta el final de la mesa y encendió la luz. Logan sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago y lo hubieran dejado sin respiración. ¿Qué era eso? Él creía que ella solo se proponía limpiar la habitación, pero había llenado su sala con todo tipo de cosas femeninas. Las mesas supletorias tenían manteles de flores que llegaban hasta el suelo, y unas fundas a juego cubrían el sofá y las butacas. En el sofá, además, había una hilera de cojines de todos los colores que hacían imposible que un hombre se tumbara cómodamente en él.

Sin embargo, el mayor insulto a una habitación masculina normal eran los mullidos lazos que había por todos lados. Los había incluso para sujetar las remilgadas cortinas que colgaban en lugar de los visillos marrones.

Miró hacia la chimenea. ¿Qué demonios había hecho con Morty? En el lugar del alce había un cuadro con un cacharro de bronce lleno de rosas rojas, amarillas y blancas. Era suficiente como para hacer vomitar a un hombre.

Vio unas cestas llenas de encaje en varios puntos de la habitación y agarró la que había sobre la mesa supletoria. Miró lo que parecían flores secas mezcladas con hierbas, acercó la nariz y olió profundamente. Lo repitió tres veces antes de arrojar la cesta sobre la mesa con un gruñido de irritación. Olía como el perfume que la señora Watkins llevaba siempre que iba al Rancher's Emporium. La nube que dejaba a su paso podía asfixiar a un oso y

seguía oliéndose varias horas después de que ella se fuera de la tienda.

Si Logan necesitaba alguna demostración de lo que quería decir Cassie cuando hablaba de convertir a Lazy Ace en su hogar, ahí la tenía.

–El apego –dijo él con fastidio. Se deslizó a través de la habitación–. Ya ha empezado con el maldito apego.

–Ah, eres tú. ¿Por qué gritas?

Logan vio a Cassie al pie de la escalera con la delicada mano sobre la barandilla, tragó saliva y se olvidó de todo lo que tenía pensado decir. La cara con un leve resplandor de somnolencia y el pelo rojizo, que le caía sobre los hombros como si un amante le hubiera pasado una y mil veces las manos por él, eran más excitantes que cualquier otra cosa que Logan hubiera podido imaginarse. Era evidente que acababa de levantarse de la cama.

Se la imaginó con él en la cama, y notó que el cuerpo le bullía y que se abultaba contra la bragueta. ¿Qué le pasaba? Ella no llevaba nada lo más mínimamente provocativo. Al contrario. El camisón de algodón le asomaba por debajo de una bata que parecía hecha con una colcha vieja, y llevaba los pies cubiertos por unas bolas moradas.

Logan gruñó. Esa mujer era capaz de conseguir que tener buen aspecto pareciera ridículo.

–¿Te pasa algo? –preguntó ella con cara de preocupación.

–Mmm… sí –él se dio la vuelta para que ella no notara el bulto en los vaqueros. El brusco movimiento hizo que resbalara y estuviera a punto de caer sentado–. ¿Cuánto tiempo has tardado en encerar el suelo? –preguntó él cuando consiguió erguirse.

–No mucho. ¿Verdad que tiene un brillo precioso? –preguntó ella con orgullo.

Él gruñó.

–Es peligroso. Casi me caigo de… bruces, dos veces en diez minutos.

–No estás acostumbrado –Cassie se colocó detrás de él–. ¿Qué te parece el resto de la habitación? Traje las fundas, los manteles y los cojines, pero puedo encargar algo de otro color si lo prefieres.

Ella estaba tan cerca, que le producía escalofríos. La miró por encima del hombro y estuvo a punto de rugir al ver su expresión.

Ella estaba ansiosa de que él le dijera que le parecía una habitación preciosa, no que opinase que había puesto tantos volantes y lazos, como si hubiera explotado una fábrica de encaje.

–Está muy distinta a esta mañana. Se nota que has trabajado mucho en ella –contestó él con la esperanza de que Cassie lo aceptara y no preguntara nada más.

–Me ha encantado hacerlo –dijo ella mientras se acercaba al sofá para colocar bien uno de los cojines. La sonrisa de satisfacción hizo que él sintiera una punzada en el estómago–. Disfruto mucho convirtiendo esta casa en un hogar. ¿Te gusta el popurrí de aromas que he elegido?

–¿Popurrí?

–En las cestas –dijo ella–. Me parece que resulta muy hogareño y que huele bien.

A Logan le pareció que se le había abierto el suelo debajo de los pies. Ella lo había dicho: le gustaba el apego al hogar.

Sintió que se le revolvían las tripas y pensó en algo que decir.

–¿Qué has hecho con mi alce? –preguntó por fin.

Tal y como estaban las cosas, le pareció una pregunta juiciosa.

Ella arrugó la deliciosa nariz.

–Hank lo ha guardado en el desván con el cuadro de los perros jugando al póquer y el neón de la marca de cerveza.

Logan miró a un lado y vio una cosa acolchada en lugar del cuadro y una cesta con hiedra en vezdel neón. Era demasiado. El cuadro le gustaba tanto como el viejo Morty y el neón lo había acompañado desde los tiempos de la facultad.

Maldito y traidor Hank…

Cassie lo miró y la sonrisa que tenía en los labios estuvo a punto de tumbarlo.

–Eran un poco vulgares y no entonaban con la decoración.

En vez de sentirse furioso por el comentario, él había no se había enterado de nada de lo que había dicho Cassie. ¿Cómo iba a poder seguir la conversación si a ella le resplandecían de entusiasmo los maravillosos ojos verdes y lo bombardeaba con los hoyuelos?

Estaba tentado a tomarla entre sus brazos y besarla hasta que ambos perdieran el sentido. Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros para evitar hacer una cosa así y se encogió de

hombros.

–No, supongo que no iban con la decoración nueva.

–Me imagino que guardaré más cosas en el desván cuando empieza con las demás habitaciones –se detuvo un instante–. ¿Hay alguna habitación que preferirías que no tocara?

–No se me ocurre ninguna.

¿Cómo iba a ocurrírsele algo si ella estaba tan cerca que él podía oler la erótica colonia que usaba todos los días?

–De acuerdo –ella bostezó y se dirigió a las escaleras–. Por cierto, encontré una foto tuya con tu padre. ¿Quieres que la enmarque y la cuelgue en el vestíbulo con las demás fotos de la familia?

Logan sintió como un jarro de agua fría.

–No. Guárdala en el desván con las otras cosas.

Ella se quedó boquiabierta y se volvió para mirarlo.

–Pero…

–Ya has oído lo que he dicho –se dio cuenta de lo bruscas que habían sonado sus palabras y suspiró profundamente–. Mira, te diré que, desde que yo tenía once años hasta que mi padre murió, no nos llevamos muy bien.

Ella alargó la mano y la posó en el brazo de Logan.

–Lo siento, Logan.

Sintió que todo se le revolvía al oírla decir su nombre y al notar la mano de ella sobre el brazo. Él la abrazó antes de darse cuenta de lo que hacía. Posó la cara en el sedoso pelo de ella y comprobó que olía bien. La mezcla de una mujer dulce y delicada con esa colonia lo hizo intensificar el abrazo con anhelo verdadero.

Ella le empujó el pecho y se inclinó hacia atrás.

–¿Qué haces?

–Eso me gustaría saber a mí –respondió él con sinceridad.

No tenía ni idea de por qué la había tomado entre los brazos. Quizá llevara demasiado tiempo sin tocar a una mujer. Quizá tuviera algo que ver con la soledad y el aislamiento que siempre sentía al pensar en vivir solo. Fuera cual fuera el motivo, de lo único de lo que estaba seguro Logan era de lo bien que encajaban esas formas femeninas con su propio cuerpo y de que notaba que el corazón de ella latía al mismo ritmo que el suyo.

–Voy a besarte, Cassie.

–No deberías.

–Seguramente no –reconoció él–, pero voy a hacerlo en cualquier caso.

Cassie pensó que quizá se hubiera vuelto loca, pero no dijo ni una palabra para impedir que Logan apoyara los labios sobre los de ella. Los suaves pelos del bigote hicieron que sintiera un hormigueo de placer por todo el cuerpo y que el corazón dejara de latir un instante. Ella separó los labios sin pensárselo dos veces y notó una oleada ardiente al sentir que la lengua de él se introducía lentamente en su boca.

Lenta y minuciosamente la exploró, la paladeó y la condujo a una situación entre la premonición y el arrepentimiento. En veintiocho años, jamás la habían besado con una ternura tan demoledora ni con tal maestría. Sintió vértigo.

Él le abrió la bata de felpa y le tomó los pechos entre las manos. A ella le temblaban las rodillas al notar la dureza de él contra el vientre, el sabor de la pasión que le proporcionaba el beso y la excitación que le producía que él le tomara los pezones entre los dedos a través de la tela de algodón.

Hacía mucho tiempo que ella no era el objeto del deseo de un hombre. Le gustaba que volvieran a abrazarla y notar lo deseable que era.

–Tranquila, cariño –dijo él mientras la apretaba contra sí.

Las palabras dichas con delicadeza y el bigote que le rozaba levemente la piel hicieron que ella se sintiera como mantequilla derretida. Rodeó el cuello de Logan con los brazos y le pasó los dedos entre el pelo.

El penetrante quejido de una niña se abrió paso entre la nube de sensualidad que la rodeaba. Cassie intentó soltarse.

–Por favor, suéltame.

Él, sin decir una palabra, la soltó y dio un paso atrás. Se miraron durante unos segundos interminables, como si ninguno de los dos pudiera creer lo que había pasado.

–Una de las gemelas te necesita –dijo él para romper el silencio que los atenazaba.

Cassie, aturdida por lo que habían hecho, asintió con la cabeza y subió las escaleras a toda velocidad sin volver la mirada. Ella no podía ni quería pensar en lo que había hecho cuando Logan la había

tomado entre sus brazos.

Si lo hacía, tendría que reconocer cuánto le atraía ese hombre, cómo su sexualidad descarada hacía que le hirviera el cuerpo cuando estaba cerca de él. Eso resultaría desastroso para los planes que tenía de convertir a Lazy Ace en un hogar permanente para ella y sus hijas.

–¿Hank…?

Logan entró en el granero y buscó a su amigo con la mirada. Del piso superior se oyó una risita femenina seguida de una carcajada más grave. Debería haber sabido que Hank estaría con Ginny.

–Ahora bajo, Logan.

–Estaré en el establo de Nicoma –dijo Logan mientras iba hacia el fondo del granero.

Se sentó en la bala de heno que había fuera del establo de la yegua y se pasó la mano por la cabeza. Besar a Cassie había sido el mayor y más placentero error que había cometido en su vida.

Había pagado por ello. Seguía pagándolo.

No había dormido en toda la noche, hasta que al amanecer se vistió y salió de la casa antes de Cassie tuviera la oportunidad de preparar el desayuno. No estaba orgulloso, pero no quería volver a enfrentarse con la tentación que ella suponía. Por eso había desayunado en el barracón. Pero había estado tan insoportable que Jock, Tucker y Ray, sus empleados, habían amenazado con largarse y Gabe se había negado a sentarse junto a él.

Tanta desgracia y mal humor tenían un origen: Cassie Wellington.

¿Qué mosca lo había picado la noche anterior? ¿Por qué había perdido el control y se había dejado llevar por la tentación de besarla?

Lo único que había conseguido era pasar una noche en vela y sufrir por desear cosas que sabía perfectamente que no podría conseguir nunca.

Levantó la mirada; vio que Ginny salía por la puerta del otro lado en dirección a la casa y que Hank se quitaba el heno del cabello y se abrochaba la camisa. Logan apretó los dientes y lanzó un improperio en voz baja cuando le pasó por la cabeza la idea de

pasar el rato con Cassie en el granero.

–Tienes un aspecto espantoso –le dijo Hank mientras avanzaba pavoneándose por el pasillo–. ¿Qué has hecho? ¿Has pasado la noche en un rodeo?

Logan negó con la cabeza.

–Ojalá lo hubiese hecho, me encontraría mucho mejor –se encasquetó el sombrero y miró a su amigo–. Tengo que conseguir que se vaya de Lazy Ace.

–¿Quién?

–Ya sabes quién –Logan apoyó los codos en las piernas y miró al suelo–. Está haciendo que la casa se parezca a una de esas fotos que salen en las revistas de mujeres. Ni siquiera se puede andar. Anoche casi me caigo dos veces antes de llegar a mi cuarto.

Hank se sentó junto a él y se encogió de hombros.

–Pero huele muy bien.

Logan levantó la cabeza para encontrarse con la mirada pensativa de su amigo.

–Huele a mujer.

–Lo sé –dijo Hank con una sonrisa.

Logan frunció el ceño, pero Hank sonrió más abiertamente.

–No puedo contar contigo para que me ayudes a que Cassie y su prole se vayan, ¿verdad?

–No –Hank se rio–. Estoy decidido a intentar que Ginny se quede conmigo.

–Estás haciendo lo posible por darte un batacazo, viejo amigo.

Hank se puso serio.

–No lo creo, Logan, pero por lo menos tengo los arrestos de aceptar el reto. ¿Qué me dices de ti?

De no haber sido amigos desde la infancia, Logan le habría dado una paliza.

–¡Por Dios, Hank! Ya sabes lo que les pasa a las mujeres cuando se quedan aquí. O se vuelven locas como cabras o acaban muriéndose.

Hank sacudió la cabeza.

–Mira la anciana señora Watkins. Tiene ochenta y cuatro años y está como un roble –bajó la voz–. Lo que le pasó a tu madre fue algo extraordinario, Logan. No había forma de saber que tenía neumonía ni de que una ventisca impediría a tu padre llegar a

tiempo a la ciudad.

–Ella tenía treinta y tres años. Era demasiado joven para morir –Logan sintió una punzada en el corazón–. Si hubiéramos vivido más cerca de la ciudad, ella estaría viva.

–Eso no puede saberse –dijo Hank juiciosamente–. La gente de la ciudad también enferma y muere –tomó aire y miró a Logan–. Olvídalo. No hagas caso de lo que dijo tu padre, que ella murió por rescatarte de la poza. Tú no tuviste la culpa.

Logan sabía racionalmente que Hank tenía razón, pero se le retorcía el estómago de pensar que Cassie o alguna de sus maravillosas hijas se pusieran enfermas y él no pudiera conseguir ayuda médica.

–Tengo que conseguir que ella entienda el motivo.

–Sabes, me parece que la gente te abruma un poco en este momento –dijo Hank–. Te acostumbrarás –se rio–. Quién sabe, a lo mejor hasta te gusta tenerlas cerca.

–No, ni hablar –Logan sacudió la cabeza. Su tranquilidad de espíritu no se lo podía permitir–. Además, estoy completamente seguro de que no me gusta la decoración que está poniendo. Me gustaba Morty encima de la chimenea.

Hank sonrió.

–Me supuse que no te gustaría que Morty y los perros acabaran en el desván –se detuvo pensativamente–. ¿Sabes una cosa? Tienes una alternativa.

–¿Cuál?

A él no se le ocurrían alternativas, pero estaba deseando escuchar cualquier propuesta para conseguir que Cassie y las niñas acabaran fuera de su casa.

–Bueno, yo soy el capataz, pero he vivido siempre aquí.

–No tendría sentido que vivieras en la cabaña del capataz cuando tengo cinco dormitorios –a Logan se le iluminó el rostro–. La cabaña…

Hank sonrió.

–Ajá. Necesita algunas reparaciones, pero yo diría que puede estar arreglada dentro de unas semanas.

Cuanto más pensaba en ello Logan, más le gustaba la idea. La cabaña solo estaba a unos cuatrocientos metros. Cassie estaría lo suficientemente lejos para poder tener tranquilidad de espíritu, pero

lo suficientemente cerca como para poder ayudarlas en caso de urgencia. Ella podría pedirle ayuda si la necesitaba, pero no se la toparía todo el rato para volverlo loco con sus formas tentadoras.

Con un poco de suerte, ella podría recuperar el juicio antes de la primera nevada y volver a San Louis conforme con recibir los informes trimestrales y el cheque con los dividendos. Mejor aún, quizá decidiera que prefería aceptar la oferta de venderle su participación. De esa manera, él podría llevar a cabo el plan de darle a Hank una parte del negocio.

Además, mientras trabajara en la cabaña, tendría en algo en lo que pensar aparte de Cassie y en cómo le hervía la sangre y el cerebro se le hacía papilla con los besos de ella.

–Es perfecto –dijo Logan, que no se había sentido mejor desde que ella llegó. Se levantó y avanzó con decisión por el pasillo–. Vamos, Hank. Vamos a ver cuánto tiempo nos llevará arreglarla.

–Pero tenemos trabajo –dijo Hank mientras seguía a Logan.

–Les pagaré algo a los muchachos para que arrimen el hombro –dijo Logan mientras se subía a la camioneta–. Nosotros tenemos tarea. Quiero estar en Bear Creek antes del mediodía y comprar lo que necesitemos para ir empezando.

Logan midió cada paso que daba sobre el suelo recién encerado y llegó hasta las escaleras sin incidentes. Era casi medianoche y estaba molido, pero la idea de renovar la cabaña estaba ya en marcha y la satisfacción que sentía merecía la pena.

Él y Hank habían pasado buena parte de la mañana tomando medidas, descargando el material y limpiando la suciedad acumulada a lo largo de los años.

Al pasar por delante de la habitación de Cassie, se preguntó cómo habría pasado ella el día. Desde luego, había conseguido terminar de destrozar todo el piso de abajo con lazos y volantes. Excepto su despacho. Ya se había ocupado él de cerrar la puerta con llave. Seguramente, el oso, el lince y la serpiente de cascabel no acabarían en el desván con Morty. Logan se rio. Naturalmente, para sacarlos tendría que volver a entrar en el despacho y dudaba que lo hiciera después de la reacción que tuvo la primera noche.

Abrió la puerta del dormitorio, se quitó la camisa por los

hombros y la tiró sobre una silla. Se daría una ducha rápida, se pondría ropa limpia y se acostaría. Fue hacia la cómoda, pero la cómoda no estaba donde debía estar.

–¿Qué demonios…?

Se dio la vuelta para encender la lámpara que había junto a la cama, pero no había dado un paso cuando se machacó los dedos de los pies y se golpeó la barbilla contra algo muy pesado. Se puso a dar saltos y a maldecir como un marinero borracho. Cuando por fin consiguió sentarse en la cama para frotarse los maltrechos dedos y la barbilla, comprobó que estaba en el lado contrario de la habitación donde debía estar.

Agitó los brazos en la oscuridad, hasta que encontró la lámpara en la mesilla y la encendió. Soltó una ristra de barbaridades que habrían hecho palidecer a cualquier señora de Wyoming y a casi todas las de Montana.

–Esta vez sí que ha ido demasiado lejos.

Se levantó mientras hablaba con los dientes apretados. Primero Morty y los perros, y luego eso. No solo había cambiado de sitio los muebles, sino que había puesto una de esas cestas con el maldito popurrí. No podía verlo, pero lo olía perfectamente.

¿Qué sería lo siguiente? ¿Intentaría arreglar la fontanería del cuarto de baño?

Apoyó con cuidado el pie dolorido y salió cojeando al vestíbulo. Ya era hora de que alguien le dijera cuatro cosas a «Doña Metomentodo».

Capítulo Cinco

Cassie se despertó al oír unos golpes en su puerta y unos ruidos como los bufidos de un toro. Encendió la lámpara de la mesilla, se apartó las sábanas de una patada y se levantó. Si Logan Murdock despertaba a las gemelas, le cortaría el cuello.

Abrió la puerta de golpe.

–Baja la voz antes de que despiertes a las niñas –se quedó parada al ver el ceño fruncido de Logan–. ¿Pasa algo?

–Eso dímelo tú –sonrió forzadamente–. Esta vez has ido demasiado lejos –añadió con una voz que parecía el gruñido de un animal.

Ella dio un paso atrás.

–¿De qué hablas?

–Primero fueron Morty y los perros.

–¿M… Morty?

–Lo permití –él avanzó un paso.

Ella retrocedió medio paso.

–¿Qué… perros?

–Pero por aquí no paso.

–¿De qué estás hablando? –dijo Cassie mientras apartaba con el pie un oso de peluche.

¿Se habría resbalado Logan al bajar las escaleras y se habría dado un golpe en la cabeza? ¿Por qué creía que ella sabía algo de un tal Morty y unos perros?

–Sabes perfectamente de lo que hablo –dijo él mientras avanzaba.

–No, no lo sé –dijo ella mientras retrocedía otro paso.

Él siguió avanzando.

–Has invadido mi espacio íntimo. ¿Qué te ha hecho pensar que podías cambiar mi dormitorio?

–Me dijiste que podía hacerlo.

–Ni loco.

Él dio un paso, pero tropezó, cayó sobre ella y salieron volando.

Ella no tuvo tiempo de reaccionar antes de que los brazos de él la rodearan y cayesen sobre la cama en una postura bastante comprometida. Ella se quedó tumbada de espaldas con él encima. Se quedó unos segundos en silencio mientras intentaba serenarse.

Solo notaba que tenía a Logan encima, que la aplastaba contra el colchón y que los potentes músculos de él la tocaban desde las rodillas a los hombros. El traicionero cuerpo de Cassie se estremeció al notar el pecho desnudo de él contra la mejilla, al oír el alterado latido del corazón de Logan y al oler una mezcla de cuero y hombre.

–¿Te he hecho daño? –preguntó él mientras se incorporaba un poco y la miraba desde arriba.

–No.

Él miró a un lado de la cama.

–¿Qué hace un oso de peluche en el suelo?

Ella parpadeó. ¿Cómo pretendía que diera una respuesta racional si notaba el aliento de él en la mejilla y tenía los labios justo encima de los de ella?

–Se cayó de la balda… cuando golpeaste la puerta.

Logan miró a la mujer que estaba entre sus brazos. Era agradable sentir ese delicado cuerpo. Muy agradable. Él dejó escapar un gruñido cuando se encontró con los ojos verdes de Cassie. Además de incredulidad y aprensión, él pudo percibir la misma excitación y deseo que lo atenazaban a él.

Logan sabía sin lugar a dudas que había perdido el poco juicio que le quedaba. Pero la sangre le bajó de la cabeza a la zona que hay por debajo del cinturón y no pudo evitar besarla, como no podía evitar que el sol saliera todas las mañanas. Además, besar a Cassie era mucho más apasionante que hablar una y otra vez de alces disecados y de decoración.

Él bajó la boca, oyó que ella tomaba aire y notó que se le tensaba ligeramente el cuerpo debajo del suyo. Cuando se encontraron los labios, ella le rodeó el cuello con los brazos y se fundió con él. Ese pequeño gesto de aceptación hizo que le ardieran las entrañas y que la excitación fuera completa. Ella podría enfurecerlo hasta volverlo loco, pero la deseaba con una intensidad que le daba vértigo.

Él se deleitó con los labios de Cassie y apreció toda su dulzura,

lo que añadía apremio al deseo que ya lo dominaba.

Ella dejó escapara un leve gemido de placer y él entró entre los labios separados para conocerla más profundamente. Tenía un sabor a pasta de dientes y a mujer delicada y anhelante.

La lengua de ella se juntó con la de él y Logan sintió como si hubiera recibido un regalo muy exclusivo. Cassie no lo reconocería nunca, quizá ni siquiera se hubiera dado cuenta de ello, pero estaba diciéndole sin palabras que deseaba los besos de él, que quería paladear su pasión tanto como él quería paladear la suya.

Él le recorrió los costados con las manos hasta acabar en los pechos. La fina tela de la camiseta era la única separación entre los dos y él podía notar que los pezones se endurecían premonitoriamente. La sensación hizo que Logan sintiera un anhelo nuevo entre las ingles. Acarició las protuberancias con los pulgares y le recorrió el cuello con los labios hasta llegar a la base de la garganta.

–¿Te sientes bien, cariño?

–Mmm…

Él bajó la cabeza; le mordisqueó primero un pezón, y luego el otro. Ella le clavó las uñas en la espalda y jadeó ligeramente. Logan, impaciente por sentir el contacto con la piel sin la intromisión de la tela de algodón, le quitó la camiseta para admirar los pechos de ella.

–Maravillosos –dijo él antes de comérsela con un beso.

Ella arqueó la espalada y le pasó los dedos entre el pelo. Él cambió la posición para apoyar el abultamiento de la erección en el muslo de ella y transmitirle cuánto la deseaba.

Nunca en su vida se había sentido tan excitado ni había deseado a una mujer como deseaba a Cassie en ese momento. No sólo físicamente.

¡No podía ser! ¿Por qué tenía que pasarle eso en ese instante? No tenía sentido desear las cosas que Cassie lo hacía anhelar. Cosas que él sabía perfectamente que no tendría jamás.

Se echó a un lado y le bajó la camiseta a Cassie.

–Mira, yo…

¿Qué iba a decir? ¿Qué podía decir? Desde luego no iba a decirle que lo sentía, porque podría soportar cualquier tortura con tal de sentir la piel de ella y besar sus labios.

–Yo… mmm… hasta mañana –dijo mientras se levantaba.

No miró atrás mientras cruzaba la habitación. No podía hacerlo. Si lo hacía, no estaba seguro de poder marchase antes de hacer algo que los dos acabarían lamentando. No podía consentir que Cassie se lamentara de haber hecho el amor con él.

Cassie vio cómo Logan salía sin volver la mirada. Él cerró lentamente la puerta y, solo entonces, ella pudo recuperar la respiración.

¿Qué demonios le había pasado? Ella jamás había sido una mujer apasionada. Ella jamás se había planteado que hacer el amor fuera algo más que un placer moderado para una mujer. No había sentido una sensación tan intensa ni siquiera al principio de su matrimonio, cuando no veía la naturaleza egoísta de Stan. A Logan le había bastado con tocarla para que ella perdiera cualquier rastro de sentido común y se convirtiera en la personificación del deseo desenfrenado.

Le ardían las mejillas al recordar cómo le había atraído la cabeza para que le recorriera los pechos con la boca húmeda y ardiente. Se le endurecieron los pezones y notó un estremecimiento en las entrañas.

Se tapó y se hizo un ovillo para intentar aliviar el dolor por el deseo insatisfecho.

Se recordó que el futuro de las niñas dependía de que ella no hiciera ninguna estupidez. Cualquier asunto con Logan Murdock que no fuera estrictamente empresarial era una locura completa.

Pero el recuerdo de sus caricias y de sus labios sobre la piel la tuvieron despierta buena parte de la noche. Cuando consiguió dormirse, soñó con un vaquero alto y moreno que la besaba ardiente y desenfrenadamente y que la acariciaba como si fuera un hechicero.

Cassie le dio la última cucharada de cereales a Chelsea y se preguntó por enésima vez dónde estarían Hank y Ginny. Sin su presencia, el desayuno había sido un trámite silencioso e incómodo. Logan saludó educadamente cuando se sentó a la mesa, pero no la miró directamente y se sumió en un silencio sepulcral mientras comía. ¿Cuánto tiempo estarían sin hablarse? ¿Fingirían que lo de

las dos últimas noches había ocurrido?

Cassie, con los nervios de punta, dio un respingo cuando Kelsie golpeó la bandeja. La niña miraba a Logan con una intención clara y le extendía los brazos.

–No, cariño –dijo Cassie mientras limpiaba la boca de Kelsie–. El señor Murdock está comiendo.

Logan levantó la mirada y Cassie pudo notar que observaba todos los movimientos que hacía ella. Cuando fue al fregadero a secar la balleta con la que había limpiado el suelo, él dejó el tenedor.

–Espera –dijo él–. Yo me ocuparé de ella mientras tú te haces cargo de la otra.

Cassie tragó saliva por la sorpresa, levantó a Kelsie de la silla y se la pasó a Logan.

–Gracias. ¿Has visto a Hank? –preguntó mientras se volvía para limpiar la boca de Chelsea.

Se volvió con la niña en brazos y comprobó que la frente de Logan estaba surcada por una profunda arruga.

–No, no lo he visto.

Kelsie lloriqueó por la brusquedad del tono.

A él le cambió la expresión inmediatamente y le tomó la mano a la niña para que jugara con su bigote.

–Perdona, chiquitina, no quería asustarte.

Kelsie se rio y le acarició la cara con la otra manita. Cassie sintió una punzada en el corazón. Las niñas no sabrían nunca lo que era tener un padre. Ella intentó pasar el nudo que tenía en la garganta. Desgraciadamente, nada habría cambiado aunque Stan no hubiera muerto en ese accidente de coche. Las niñas tampoco habrían tenido padre. Él había dejado muy claro que, si ella daba a luz, se divorciaría y se olvidaría de ellas. Cassie sabía que lo decía completamente en serio.

Cassie estaba distraída por esos pensamientos y no se había dado cuenta de que Logan le estaba hablando.

–¿Cómo dices?

–Te he preguntado que si tú has visto a tu amiga Ginny.

Cassie negó con la cabeza y se dirigió al vestíbulo.

–Me imagino que no se ha levantado todavía. ¿Por qué lo preguntas?

–Si ves a Hank, dile que he ido a trabajar en el proyecto que empezamos ayer –la siguió hasta la sala donde ella puso la manta en el suelo–. ¿Podrás apañarte con las dos?

–Claro –dejó a Chelsea sobre la manta de colores y tomó a Kelsie de los brazos de Logan–. Después de jugar un rato se echarán una siesta.

–Tengo trabajo –dijo él–. Si necesitas algo… –se detuvo y la miró fijamente–. ¿Cómo te has hecho esa marca?

Ella se tocó un pequeño punto rojo que tenía a un lado del cuello.

–Yo… bueno… creo que es una irritación de…

Él soltó una maldición.

–Es por el bigote –se pasó la mano por la nuca y sacudió la cabeza–. Mira, yo…

Cassie se sonrojó y miró a otro lado.

–No te preocupes, desaparecerá dentro de unos días.

Logan le levantó la barbilla con el dedo para que lo mirara a los ojos.

–Lo siento, Cassie, no volverá a suceder. Te lo prometo.

La intensidad de los ojos azules hizo que a ella le diera un vuelco el corazón. ¿Por qué iba a preocuparla que él le hubiera prometido que no iba a volver a besarla? ¿Acaso no era eso lo que ella quería también?

Él apartó la mano y retrocedió un paso. Luego la miró durante unos segundos eternos. En el momento en que ella creía que iba a derretirse por la mirada, él se dio la vuelta y fue hacia la puerta.

–La comida estará preparada a mediodía.

–No me esperes –dijo él por encima del hombro–. Estaré en la cabaña del capataz hasta la cena; quizá hasta más tarde.

Ella suspiró al oír el motor de la camioneta.

–Bueno, supongo que eso deja las cosas claras –miró a sus hijas–. Tenemos la mañana para nosotras, queridas. A no ser que Ginny decida levantarse para darnos los buenos días.

Cuatro horas más tarde, Cassie miró el reloj y fue hacia las escaleras. Detestaba molestar a Ginny porque estaba de vacaciones, pero las niñas iban a despertarse de la siesta y ella agradecería un poco de ayuda con la comida. Le dolía un poco la cabeza y las pastillas no habían servido de mucho.

El teléfono sonó cuando se disponía a subir para despertar a Ginny.

–Lazy Ace, dígame.

–Hola, Cassie.

–¿Ginny? –Cassie miró escaleras arriba–. ¿Dónde estás?

–En Cheyenne –Ginny parecía estar sin aliento y… más feliz que nunca en su vida.

–¿Estás con Hank? –preguntó Cassie, aunque sabía la respuesta.

–Sí –Ginny dejó escapar una risita–. Cassie, Hank y yo nos casamos anoche.

A Cassie le pareció que la tragaba la tierra.

–¿Qué hicisteis?

Ginny se rio.

–Me has oído perfectamente.

–Por Dios, Ginny, lo conoces desde hace menos de una semana.

Su amiga se calló un momento.

–Ya sé que no lo conozco mucho, pero lo quiero de verdad, Cassie.

Cassie suspiró.

–Bueno, sabes que me alegro por ti. Ha sido la impresión.

–Lo siento, Cassie, ya sé que te he dicho siempre que tú serías la dama de honor de mi boda, pero he perdido la cabeza por Hank. Ahora no tengo mucho tiempo para hablar. Cuando Hank vuelva con el desayuno…

–Es la hora del almuerzo –dijo secamente Cassie.

–Ya, supongo que tienes razón –dijo Ginny entre risas–. En cualquier caso, cuando Hank vuelva, vamos a ir Denver a pasar una breve luna de miel. Me ha pedido que te diga que le avises a Logan de que volverá dentro de una semana –Cassie oyó unos golpes en una puerta a través del teléfono–. Espera un segundo, por favor. Mira, Cassie, tengo que irme. Nos veremos dentro de una semana.

La línea se cortó y Cassie se quedó mirando el teléfono durante más de un minuto antes de colgarlo. La boda había sido una sorpresa monumental, pero lo que la sorprendió más fue la oleada de añoranza que la había invadido.

A Hank le había encantado Ginny desde que la vio. ¿Cómo sería que la quisieran así a una? ¿Cómo sería casarse con alguien que te quisiera más que a sí mismo?

Su marido no lo había hecho. Dos días antes del accidente había firmado los papeles del divorcio.

¿Cómo sería estar casada con Logan? ¿Le gustaría a él ser un buen marido y padre? ¿Sería tan egoísta como Stan?

Algo le dijo que Logan no era así. Tenía la sensación de que, una vez que entregara su corazón a una mujer, la adoraría para el resto de su vida. La idea hizo que la añoranza fuera mayor.

Cassie sacudió la cabeza para apartar esos pensamientos. No tenía sentido preguntarse cómo sería un matrimonio con Logan. Ni siquiera lo tenía preguntarse cómo sería un matrimonio con cualquier otro hombre.

Deseó lo mejor para Ginny y Hank, pero su matrimonio con Stan le había enseñado algo que no olvidaría nunca: que la felicidad eterna solo existía en los cuentos de hadas.

Logan dejó el martillo y se secó el sudor de la frente con la camisa que se había quitado.

La tiró en la parte trasera de la camioneta y se quedó mirando a los árboles del fondo. Le gustaba sentir el sol de mediodía en la espalda y el calor que le aliviaba la tensión de los músculos. Esperaba que esa temperatura, tan cálida para la época del año en la que estaban, presagiara un invierno templado. Miró la cabaña. Fuera cual fuese el clima, quería que Cassie y las niñas se encontraran cómodas en ese sitio. Aunque no se quedaran mucho tiempo. Estaba seguro de que se volverían a San Louis con la primera helada. Pero, en cualquier caso, él quería que estuvieran seguras y confortables en la casita.

Logan frunció el ceño. Había estado pensando como si fuera su familia.

Era ridículo, pero el pensamiento hizo que se imaginara casado con Cassie. ¿Había sido feliz con su anterior marido? No había mencionado a ese hombre desde que llegó al rancho. ¿Cuánto tiempo llevaba muerto? No podía ser más de un año porque las gemelas no llegaban a esa edad. ¿Habría asimilado ella esa pérdida? Si la forma de besarlo era indicativa de algo, él diría que sí.

Solo pensar en la respuesta de ella a sus besos hizo que se excitara. ¿Por qué ya no le producía tanto placer pensar en la

marcha de ella y las niñas? ¿Acaso no era eso lo que quería? ¿Por qué había perdido el ansia que sintió cuando Hank mencionó la idea de reformar la cabaña?

Logan sacudió la cabeza y decidió que sería mejor dejar de pensar en Cassie y concentrase en lo que tenía entre manos.

Suspiró profundamente. Quería darle a Hank una participación en el rancho, pero no podría hacerlo si Cassie no le vendía su parte. En esos momentos, él tenía el cincuenta por ciento del rancho. Si le daba una parte a Hank, ella lo controlaría todo y haría tonterías como poner cortinas en el granero y popurrís en los establos.

Logan miró la hora. Hank no había aparecido. ¿Dónde se habría metido? Logan podía contar con los dedos de una mano los días que había faltado a trabajar desde que lo conocía. El primero fue el día que lo pisó Nicoma y no podía sacarse la bota. El segundo fue…

–De modo que esto es lo que hacías.

Logan estaba de espaldas al camino y no había oído a Cassie con el cochecito para gemelos que empujaba. Se volvió y se le cortó la respiración.

El sol hacía que el pelo adquiriera un tono dorado que lo hacía desear sentirlo entre los dedos, besarla y hacer el amor con ella. Se estremeció y notó sudor en la frente, aunque no por el calor.

El top azul dejaba ver suficiente piel como para que a él se le hiciera la boca agua y los vaqueros le quedaran demasiado ceñidos. Cuando ella se agachó para colocar bien a las niñas, los pantalones cortos se ajustaron milimétricamente al apetitoso trasero de Cassie. Logan pensó que iba a estallarle la cremallera del pantalón.

–¿Qué haces aquí? –preguntó con un tono arisco que lo sorprendió.

Ella dejó de sonreír y Logan se sintió como un majadero de campeonato.

–Te he traído comida –dijo ella mientras sacaba una bolsa de la parte trasera del cochecito.

–Perdona –dijo él–. Estoy cansado y más que enfadado con Hank.

Las manos se rozaron cuando ella le pasó la bolsa y Logan notó una descarga eléctrica que le llegó hasta lo más profundo de las entrañas. Tenía un problema grave y, si le quedaba algo de sensatez, se montaría en la camioneta y saldría pitando hasta el bar

de carretera de Bear Creek. Pero sabía que ninguna de las voluntariosas chicas que encontraría allí iba a sofocarle el fuego que tenía dentro. Solo había una que pudiera hacerlo y la tenía enfrente.

–Ya que hablas de Hank. Me llamó Ginny hace una hora –parecía como si tuviera algo más que decir.

Él sacó un bocadillo de la bolsa.

–¿Y bien?

–Ella y Hank no volverán hasta dentro de una semana.

Logan dejó de desenvolver el bocadillo y la miró.

–¿Por qué? ¿Dónde demonios están?

Cassie tomó aire y él tuvo la sensación de que no iba a gustarle lo que iba a oír.

–Se casaron anoche en Cheyenne.

Se quedó petrificado y a punto de morder el bocadillo.

–¿Hicieron qué?

–Se han fugado –dijo ella–. Están camino de Denver para pasar la luna de miel.

Logan miró a Cassie y empezó a comprender con exactitud lo que significaba eso. Iba a tener que pasar una semana con ella en la misma casa. Los dos solos.

Completamente solos.

El improperio que soltó hizo que ella abriera los ojos como platos.

–¿Te importaría tener cuidado con lo que dices? Preferiría que las primeras palabras de las gemelas no fueran esas.

–Lo siento.

Él se pasó la mano por la nuca para aliviar la tensión. Si hubiera podido, habría hecho picadillo a Hank con sus propias manos. ¿No podía haber pospuesto la luna de miel hasta que estuviera arreglada la cabaña? Todo habría sido mucho más fácil con Cassie y las niñas instaladas allí. Sobre todo para él.

La traicionera memoria le recordó lo ocurrido la noche anterior. La suavidad y calidez de Cassie debajo de él y el dulce sabor de ella. Los pechos que rebosaban en sus manos y los pezones duros a la primera caricia.

Le cayó una gota de sudor por la sien hasta el mentón. Ella también lo miraba y Logan notó que no estaba tan poco impresionada por él como quería dar a entender. Le acariciaba el

pecho desnudo con la mirada y le había temblado la mano cuando le pasó la bolsa de comida. A él lo entusiasmaba esa minuciosa inspección y estaba muy satisfecho porque ella fuera incapaz de disimular la atracción que sentía.

–¿De quién es esta casa? –preguntó Cassie.

Ella miraba detenidamente la entrada. Dada su afición a cambiar las cosas, seguro que pensaba que la puerta estaría mejor en otro sitio.

–Es la casa del capataz –respondió Logan con cierto remordimiento por no atreverse a contarle sus planes.

–¿Sabías que Hank y Ginny iban a casarse? –ella parecía herida por no saber nada de los planes de boda de su amiga.

Él negó con la cabeza.

–Me ha sorprendido tanto como a ti.

–Entonces, ¿por qué estás arreglándola?

–Lo propuso Hank –dijo Logan.

Cassie sonrió y Logan estuvo a punto de desmayarse al ver los hoyuelos.

–Me temo que ya sabemos el motivo. Quería un sitio para estar a solas con Ginny.

Logan frunció el ceño. Lo que había dicho Cassie tenía sentido. La próxima vez que viera a Hank lo despellejaría vivo.

Logan cerró los ojos y sacudió la cabeza. Tendría que quedarse sólo con Cassie en la casa. Su vida sería un infierno y tendría que dar gracias a Dios si le quedaba algo de equilibrio mental cuando ella decidiera marcharse.

Capítulo Seis

Esa noche, Cassie sentía que la cabeza iba a estallarle de dolor y tenía el estómago revuelto. Le dolían todos los músculos y articulaciones del cuerpo; tan pronto sentía frío como un calor abrasador. Se inclinó para retirar una fuente del horno y notó un mareo que la hizo tambalearse.

–¿Te pasa algo? –preguntó Logan mientras colgaba el sombrero en el gancho que había en la puerta. Se acercó a ella con gesto de preocupación–. Tienes las mejillas como si te hubieran dado una bofetada.

Ella intentó sacudir la cabeza, pero renunció ante el dolor que le producía hacerlo.

–Me duele un poco la cabeza, pero estoy bien. La cena está casi preparada.

Él alargó el brazo y le puso la mano en la frente.

–¡Dios mío! Estás ardiendo.

Agarró un paño, le quitó la fuente de las manos y la dejó en la mesa.

–Siéntate –le dijo Logan.

–No tengo tiempo para…

–¡Maldita sea, siéntate!

Logan fue al vestíbulo y volvió al cabo de un minuto con un termómetro.

–Abre la boca –le ordenó él.

–Tengo uno más moderno…

Le metió el palito de cristal en la boca antes de que ella pudiera terminar de explicarle cómo era el instrumento que usaba con las niñas.

–Cierra la boca unos minutos y sabremos cuánta fiebre tienes –se puso las manos en las caderas–. ¿Dónde están las gemelas?

Cassie se quitó el termómetro.

–En la…

–Déjalo en la boca.

–No puedo hablar…

–Señálamelo con el dedo.

Si él creía que iba a intimidarla por tener el ceño fruncido, estaba muy equivocado.

–Están en la sala.

Él le arrebató el termómetro y volvió a metérselo en la boca.

–¿Pueden quedarse un rato allí? Contesta con la cabeza.

Ella asintió con la cabeza y él desapareció otra vez en el vestíbulo. Si ella no se hubiera sentido morir, se habría preguntado porque él exageraba tanto. Pero en ese momento sólo podía concentrarse en el dolor que sentía en todo el cuerpo.

Él volvió sonriente.

–Están dormidas –le quitó el termómetro y lo miró–. ¡Caray! Tienes más de treinta y siete. Será mejor que te acuestes.

–No –ella intentó levantarse, pero tenía las piernas blandas como fideos–. Tengo que hacer muchas cosas.

–Como qué.

Ella suspiró de cansancio y consiguió levantarse con mucho esfuerzo.

–Tengo que terminar la cena, dar de comer y bañar a las niñas, acostarlas y lavar un montón de ropa.

Cassie se dirigió hacia la puerta y Logan la agarró de la cintura.

–No te preocupes por las gemelas. Yo me ocuparé de todo.

A ella le pareció que mostraba demasiada confianza para ser un hombre que no había cuidado nunca niños.

–No sabes lo que hay que hacer.

Él se rio.

–No puede ser tan difícil. Me lo puedo imaginar.

Cassie, cansada de discutir, asintió con la cabeza y le permitió que la ayudara a ir hasta su habitación. Si se hubiese encontrado mejor, la habría preocupado que él tuviera que ayudarla a cambiarse. Pero en ese momento se encontraba tan mal, que el pudor le importaba muy poco. Se dejó caer en la cama y tembló al notar el contacto de las frías sábanas sobre la piel ardiente.

Logan la tapó hasta la barbilla, le trajo un vaso de agua, unas aspirinas y un cencerro.

–No te preocupes por nada –dijo él mientras ella se tomaba las pastillas–. Si me necesitas, llámame con eso –señaló el cencerro.

–De acuerdo –dijo ella con una voz que la sorprendió por ser muy parecida a la de una anciana.

Logan parecía muy preocupado.

–¿Seguro que estarás bien?

Ella asintió con la cabeza, pero estaba demasiado cansada para hablar.

Él le apartó el pelo mojado de la cara y le puso un paño mojado en la frente.

–Me ocuparé de las niñas. Tú descansa y mejórate. Volveré más tarde a ver cómo estás.

Cassie volvió a asentir con la cabeza. Le parecía como si los párpados le pesaran toneladas. Debería advertirle de que Chelsea tenía la costumbre de escupir la comida por todos lados y de que a Kelsie le gustaba chapotear en el agua. También debería decirle cómo se ataban los pañales, pero sucumbió a la fiebre mientras él bajaba las escaleras.

Logan soltó una maldición mientras colgaba el teléfono. El médico solo iba los jueves a la clínica de Bear Creek. Si Cassie se hubiera puesto enferma un día antes, él podría haberla llevado a que la viera. La ayudante del médico le había dado algunas instrucciones para tratar la gripe y él esperaba que ella supiera de lo que hablaba. También lo había asustado de muerte cuando le dijo los síntomas de la neumonía y lo avisó de que estuviera atento a las posibles complicaciones.

Él cerró los ojos y tomó aire. No iba a pasarle nada a Cassie. Se negaba a pensar otra cosa. Mientras a él le quedara aliento, no iba a permitir que le pasara lo mismo que a su madre.

Volvió a subir las escaleras para comprobar cómo estaba Cassie y asegurarse de que descansaba tranquilamente. Tenía la frente un poco más fría y le pareció una buena señal.

Volvió a la cocina y fue directamente al teléfono para llamar al barracón. No era tan tonto como para pensar que podía hacerse cargo de dos niñas y una mujer enferma. Necesitaba ayuda.

–¿Puedes venir a la casa? –preguntó Logan en cuanto Gabe Morris contestó al teléfono.

A Logan le habría gustado preguntarle por qué había tardado

tanto en contestar al teléfono, pero no podía permitirse el irritar a Gabe en esas circunstancias. Era el único que podía tener alguna experiencia con niños.

–¿De qué humor estás? –preguntó Gabe, quien, al parecer, no había perdonado a Logan por haber estado tan insoportable.

Logan suspiró profundamente.

–Ya te pedí perdón ayer. Ahora ven aquí inmediatamente.

–De acuerdo, jefe –el hombre se calló un instante–. Pero, como estés de malas pulgas, me marcho.

–No hará falta. Te despediré si no estás aquí dentro de cinco minutos –Logan colgó el teléfono.

Cuando Gabe apareció, cinco minutos más tarde, Logan lo saludó con una sonrisa de oreja a oreja.

–Necesito tu ayuda, Gabe. La señora Wellington está enferma y necesito que te ocupes de las niñas mientras yo…

–Ni hablar, jefe –dijo rotundamente Gabe.

Parecía un animal acorralado y empezó a retroceder con las manos en alto.

–No sé nada de bebés que no sean terneros y no pienso cambiar ahora.

–Pero dijiste que tu hermana tuvo hijos –respondió tranquilamente Logan.

–Ya, y mi cuñado tiene un cine en Casper, pero yo no soy una estrella del celuloide –replicó Gabe–. Esta vez tendrá que hacerlo solo, jefe.

–Te pagaré una semana extra –le ofreció Logan, que veía con desesperación a Gabe ya en el porche.

Gabe negó con la cabeza.

–De acuerdo, que sean dos semanas.

–No –Gabe bajó las escaleras–. No hay dinero en Wyoming para que yo me ocupe de los bebés.

–Estás despedido –gritó Logan al desertor.

Gabe siguió su camino.

–No puedes despedirme. Dejo yo el trabajo.

–Ya lo dejaste ayer y anteayer.

–Ya, y tú me despediste la semana pasada y la anterior –dijo Gabe mientras aceleraba el paso–. Hasta mañana, jefe.

Logan vio cómo desaparecía por detrás del granero la única

esperanza que tenía. Un día de esos despediría a Gabe de verdad.

El sonido de una niña impaciente seguido del grito furioso de otra le heló la sangre y lo devolvió a la cruda realidad. Tenía la responsabilidad de cuidar a dos niñas y a una mujer muy enferma.

Volvió a acordarse de su madre. ¿Tendría Cassie algo más grave que una gripe? ¿Podría llevarla a un médico a tiempo?

Tenía la frente empapada de sudor. Estaban a principios de septiembre, no febrero, y las posibilidades de quedar atrapado en una ventisca eran muy escasas.

No le pasaría nada a Cassie. Iría andando hasta el infierno y volvería si era necesario, pero no le pasaría nada.

Apretó los dientes. Todo era culpa de Hank. Si no se hubiese fugado, Ginny estaría allí en ese momento. Cualquier tonto sabía que las mujeres hacían eso mejor que los hombres.

Los llantos subieron de volumen y oyó un cencerro en la distancia. Logan respiró hondo, sacó pecho y se dirigió a atender a las tres mujeres.

Veinte minutos después estaba muy satisfecho de cómo marchaban las cosas. Había garantizado a Cassie que tenía todo controlado y había conseguido atar a las gemelas en las sillas sin incidentes.

Casi todo era cuestión de sentido común. Todo saldría bien si no se olvidaba de eso.

Llenó una de las diminutas cucharas con comida y la acercó a la boca de una de las niñas, mientras con la otra mano hacía malabarismos con el biberón. Sonrió. No era tan difícil como había pensado.

Un segundo más tarde estaba mirando con el ceño fruncido la mancha naranja que tenía en la camisa y a la niña que la había provocado.

–¿Significa esto que no te gustan las zanahorias?

La rechoncha niña le lanzó una sonrisa desdentada y se puso a dar palmadas en el plato que le había puesto delante. El brebaje para niños voló por todos lados.

–Bueno, mald… maleducada –dijo él adaptando su lenguaje a los oídos infantiles.

En ese momento entendió por qué Cassie no dejaba nunca un plato al alcance de las niñas.

Cuando Logan dio por terminada la cena, los tres tenían más comida encima de su cuerpo que la que había conseguido que se comieran. Cassie se había ganado todo su respeto; ella hacía que dar de comer a las niñas pareciera fácil, pero no lo era, ni mucho menos.

Se limpió el espantoso engrudo de la cara y la camisa, y se dispuso a hacer lo mismo con las niñas. Pero resultó ser mucho más complicado de lo que había previsto. Era muy difícil limpiar a alguien que no paraba de moverse. Después de mucho intentarlo, decidió que se daba por vencido. Las desató de las sillas, se puso una niña debajo de cada brazo y subió las escaleras para ir al cuarto de baño. No podía ni pensar en ordenar la cocina hasta que hubiera acostado a las niñas.

Llenó la bañera con un palmo de agua templada, desnudó a las gemelas y se propuso intentar bañarlas. Como no olían a jabón normal y él no sabía cuál era el que usaba Cassie, decidió que bastaría con remojarlas en agua limpia.

Logan estaba contento de que todo transcurriera de forma normal, hasta que una de las gemelas empezó a dar patadas y palmadas dentro del agua. La otra se puso a hacer lo mismo y Logan gruñó. Él quedó tan mojado como ellas y había más agua en el suelo que en la bañera.

Tendría que fregar el baño, además de limpiar la cocina.

Las envolvió en una toalla enorme y las llevó al cuarto donde Cassie había instalado las cunas. Dejó a una en cada cuna. Tendría que ponerles los pañales, pero nunca se había imaginado que él tendría que hacerlo alguna vez y no se había fijado en cómo se hacía.

Una idea hizo que bajara las escaleras con una sonrisa en los labios. Volvió muy orgulloso con un rollo de cinta adhesiva.

–En caso de duda, soluciones drásticas –se dijo mientras agarraba dos pañales que estaban en el colgador que había en un rincón de la habitación–. ¿Dónde está esa cosa blanca que os pone primero vuestra madre?

Mientras buscaba el polvo de talco, las dos niñas se agarraron al borde de las cunas, se levantaron y se pusieron a gritar como si quisieran contestar a la pregunta.

Logan encontró el bote de plástico y se quedó de piedra al

olerlo.

–Vaya… –dijo con incredulidad.

El olor irresistible, el que hacía que quisiera acunar a Cassie entre sus brazos, no era colonia. Era polvo de talco para bebés. Cuando lo usaba, Cassie olía como algo muy exótico y caro.

Logan no tenía tiempo para entretenerse con el hallazgo. Tenía que empolvar los traseros de las niñas antes de que mancharan algo más.

Con mucho esfuerzo y después de tardar el doble que Cassie, consiguió ponerles los pañales y ajustarlos con cinta adhesiva. Luego les puso unas camisetas rosas y las miró mientras parpadeaban y bostezaban. Un minuto después, las dos dormían apaciblemente.

Él se sentía como si hubiera corrido un maratón. Pero las tareas no habían terminado, todavía le quedaba la limpieza.

Después de fregar el suelo y vaciar la bañera, fue a ver cómo estaba Cassie y bajó para enfrentarse con la cocina. La admiración por ella seguía aumentando por minutos.

La noche no había sido fácil, pero le había dado una idea de lo que era la paternidad. Sonrió. Una de las gemelas, todavía no podía distinguirlas, se había reído encantada cuando él la había dejado que le diera un poco de comida. La otra le había apoyado la cabecita en el hombro y le había abrazado el cuello cuando terminó de ponerle la camiseta rosa.

Ocuparse de las niñas había sido un trabajo arduo, pero le había compensado. Frunció el ceño. Estaba pensando en cosas que no tenía por qué pensar.

Sintió un vacío en el pecho mientras pasaba la esponja por las sillas de las niñas. Aunque supiera que era una locura, aquello no aliviaba su añoranza ni impedía que pensara en cómo sería formar parte de la pequeña familia de Cassie.

Cuando Logan entró en la habitación de Cassie un día y medio después, ella se irguió y se apoyó en las almohadas. Los dos días pasados habían transcurrido en una neblina, pero ella empezaba a pensar que acabaría por sobrevivir.

–¿Qué tal están las gemelas? –preguntó ella con ansiedad.

No se había atrevido a acercarse a ellas para no contagiarlas y las echaba mucho de menos.

Logan sonrió y se señaló la camisa.

–Perfectamente.

Ella sonrió al ver las manchas de agua y algo amarillo.

–Veo que les has dado de comer y que las has bañado.

Él asintió con la cabeza y dejó una bandeja con comida en la mesilla.

–Y están acostadas –se calló un instante y se miró la camisa–. Podías haberme avisado de que a una de ellas no le gustan las zanahorias ni los guisantes, y de que a la otra le gustan los deportes acuáticos.

Cassie se rio y alcanzó el plato con sopa de pollo que le había llevado de cena.

–No es que a Chelsea no le gusten las verduras, es que le gusta jugar mientras come. A Kelsie la entusiasma estar en el agua.

–Lo he comprobado –dijo él secamente–. Será nadadora olímpica.

–Es posible –Cassie sonrió y probó la sopa–. Mmm, está buena.

–Preferí abrir una lata en vez de que la hiciera Tucker –dijo Logan entre risas–. Como no deje de preocuparse por su aspecto con gafas, voy a tener los vaqueros más delgados del condado.

Ella se rio.

–O se despedirán porque los matas de hambre –dio un sorbo del zumo de naranja que tomaba siempre con la comida–. ¿Sabes?, he pensado que me gustaría hacer una comida de celebración cuando vuelvan Ginny y Hank.

Cassie sentía una punzada de envidia cada vez que se acordaba de que su amiga había encontrado el hombre de sus sueños. Pero la reprimía rápidamente. Deseaba lo mejor para Ginny y Hank.

–¿Crees que los demás hombres se unirían a nosotros?

–Estoy seguro de que a los muchachos les encantará la idea –Logan sonrió–. Será una noche que no tendrán que cenar la comida de Tucker.

Ella asintió con la cabeza al recordar la sopa de carne de Tucker.

–No puedo culparlos –dio otro sorbo de zumo y dejó el vaso vacío en la bandeja.

Bostezó y se reclinó en las almohadas.

–¿Te sientes mejor? –preguntó Logan mientras se sentaba en la cama junto a ella.

–Sí, pero me canso mucho.

Por algún motivo, le parecía extraordinariamente íntimo que él estuviera sentado en la cama y los dos charlaran de cosas cotidianas.

Él alargó el brazo y le pasó el dorso de la mano por la mejilla.

–Parece que no tienes fiebre. Es una buena señal.

Ella contuvo la respiración al notar la piel de Logan sobre la suya. Quizá no tuviera fiebre, pero la temperatura se había disparado con ese contacto.

Debía estar mejorando.

Cuando se miraron a los ojos durante unos segundos eternos, ella comprendió el aspecto que debía de tener. La nariz roja como un pimiento, los ojos inyectados en sangre y la piel pálida y enfermiza. Ningún parecido con el sueño de un hombre; pero, a juzgar por la mirada de él, no parecía que le importara mucho su aspecto macilento.

–¿Sabes algo de Hank y Ginny? –preguntó ella mientras se miraba las manos.

Si no llega a apartar la mirada, podría haberse ahogado en la profundidad azul de los ojos de Logan. Volvió a levantar la mirada y comprobó que él estaba tan desconcertado como ella.

Él se aclaró la garganta.

–Llegarán pasado mañana –se levantó y tomó la bandeja–. ¿Quieres algo más antes de que baje?

–No, estoy bien.

Él asintió con la cabeza y se dio la vuelta para marcharse.

–Gracias por ocuparte tan bien de las niñas… y de mí –añadió ella antes de que él saliera.

Logan se dio la vuelta y ella habría jurado que parecía melancólico y un poco triste.

–Créeme, Cassie, ha sido un verdadero placer.

Logan observaba a los hombres que estaban felicitando a Hank y Ginny por su matrimonio. Luego pasaron uno a uno por la cocina para agradecerle a Cassie que los hubiera invitado. Todos se habían

comportado excepcionalmente, incluso el cascarrabias de Gabe. Desde la puerta de la cocina, Logan podía ver a Cassie despedirse de los hombres y, un poco después, llenar el lavaplatos y reírse con Ginny. Cassie se había recuperado de la gripe y había vuelto a las actividades habituales, pero él quería seguir vigilándola un poco para que no trabajara demasiado tan pronto. Además, le gustaba mirarla.

–¿Disfrutas de la escena tanto como yo? –Hank había aparecido a su lado.

–Solo me cercioro de que Cassie no trabaja demasiado –dijo Logan automáticamente.

–Ya, ya –la expresión de Hank dejaba muy claro que no se había creído ni una palabra–. ¿Qué te parece si vamos al despacho mientras las mujeres recogen?

Logan arqueó las cejas.

–¿No quieres pasar la noche con tu mujer?

Hank sonrió.

–No tengo intención de estar lejos de ella durante mucho rato, pero tengo que hablar contigo de una cosa.

Logan asintió con la cabeza y fue hacia la sala.

–Voy a comprobar que Chelsea y Kelsie están bien.

–Has tomado mucho cariño a las niñas mientras Ginny y yo estábamos fuera, ¿no?

–Solo intento ayudar un poco a Cassie –dijo Logan.

Lo espantó el tono defensivo tanto como la mueca de Hank.

Afortunadamente, Hank tuvo el buen criterio de no hacer más comentarios mientras iban al despacho. A Logan le habría disgustado mucho tener que dar una paliza a su amigo cuando acababa de volver de luna de miel.

Logan se dejó caer en la butaca y apoyó las botas en el borde de la mesa.

–Cuéntame.

Hank se puso muy serio, como Logan no lo había visto en su vida.

–¿Le has comentado algo a Cassie sobre vivir en la cabaña del capataz?

–No.

–Perfecto –Hank se miró la punta de las botas un buen rato antes

de volver a levantar la cabeza–. No me malinterpretes. Te agradezco mucho que nos ofrecieras vivir aquí, pero hemos estado hablando y pensamos que lo mejor sería que nos trasladáramos a la cabaña en cuanto estuviera terminada.

–Cuando Ginny llamó para decirnos que os habíais casado, me imaginé que ya lo tenías pensado cuando me propusiste arreglarla –dijo Logan con un gesto afirmativo de la cabeza.

Entendía que Hank quisiera estar solo con su mujer, pero lo que Logan no podía entender era la sensación de alivio que se había apoderado de él al tener que quedarse con Cassie y las niñas.

–Me alegro de que lo entiendas –Hank sonrió–. ¿Cuánto queda para terminar?

–Todavía hay que instalar los armarios de la cocina y el fregadero. Además, habrá que cambiar la fontanería y la instalación eléctrica –Logan se encogió de hombros–. Yo diría que puede estar dentro de un mes, quizá algo antes si todos los pedidos llegan a tiempo.

–Perfecto –la sonrisa de Hank podría haber iluminado una ciudad–. Ya hemos empezado a buscar un bebé.

Logan sintió que la envidia lo corroía al oír la noticia de Hank, pero hizo lo posible por disimularlo. Se encontró a sí mismo deseando que las cosas fueran al revés, que Cassie y él fueran los que estaban buscando el bebé. La idea lo aterró.

Nunca se había imaginado lo que sería ver a una mujer que aumentaba de tamaño con un hijo suyo, o ponerle la mano en el vientre y notar el movimiento de su hijo. Repentinamente vio a Cassie embarazada y el labio superior le empezó a sudar mientras notaba un escalofrío en toda la espalda.

Esbozó una sonrisa.

–Enhorabuena, espero que se parezca a Ginny.

–Yo lo espero también –Hank se levantó entre risas–. Voy a buscar a mi mujer para seguir la luna de miel.

Logan tomó una decisión impulsiva mientras Hank cruzaba la habitación.

–Hank, ¿crees que puedes ocuparte de todo durante un par de días?

–Claro, ¿por qué lo dices?

–Creo que voy a ir a las montañas a ver qué hace Sansón –dijo

Logan.

Hank asintió con la cabeza.

–Necesitas pensar un poco, ¿verdad?

Logan ni siquiera intentó mentir; Hank lo conocía demasiado bien.

–Sí, creo que sí.

–¿Cuándo te marchas?

–Me gustaría irme lo antes posible –Logan se levantó y siguió a Hank hacia el vestíbulo–. Saldré mañana al amanecer.

–Espero que encuentres las respuestas que buscas –le dijo Hank mientras le daba una palmada en la espalda.

–Yo también, Hank.

Capítulo Siete

Logan oyó que se cerraba la puerta trasera y miró por encima del caballo que estaba ensillando con la certeza de que vería a Hank. Sin embargo, vio que Cassie cruzaba el patio y se acercaba a él. Estaba fantástica a la tenue luz del amanecer. Realmente fantástica.

Aunque tampoco recordaba una sola vez que no lo estuviera. Lo estaba incluso cuando cayó enferma. La había visto en las peores circunstancias y la había deseado siempre. Había deseado cuidarla. Eso lo preocupaba y era el motivo por el que se iba a las montañas.

Logan se estremeció al verla acercarse y contuvo una maldición. Tenía un problema grave si se excitaba solo con verla ir hacia él. Tuvo que agradecer al Todopoderoso que por lo menos estuviera tapado por Dakota, lo cual evitaba que ella pudiera ver la manifestación externa de esa excitación.

–¿Dónde está mi caballo? –preguntó ella.

Él se quedó boquiabierto.

–¿Tu caballo?

–Sí, mi caballo –ella sonrió y los malditos hoyuelos hicieron que le abrasaran las entrañas–. Voy contigo.

Logan sintió como si se le derrumbara el mundo encima.

–No, no vienes.

La sonrisa de ella se desvaneció.

–Sí, sí voy.

Ella pasó la mano por el cuello de Dakota y Logan deseó que le pasara la mano a él por todo el cuerpo. Tuvo que hacer un esfuerzo para escuchar lo que decía.

–Quiero ver toda mi herencia. Además, ir solo puede ser peligroso y no sería justo que te acompañara Hank nada más casarse.

Logan podría haber apostado todos sus bienes a que las dos últimas frases habían salido de boca de Hank palabra por palabra. Si Logan lo hubiera tenido a mano en ese momento, le habría

arrancado las tripas y se las habría echado a los coyotes.

–No te preocupes por mí –dijo Logan mientras ajustaba las cinchas. Intentó decirlo con un tono tranquilizador–. He recorrido esas montañas desde que tengo doce años. Las conozco como la palma de la mano.

Ella asintió con la cabeza.

–Entonces serás el guía perfecto.

–Tienes que quedarte con Chelsea y Kelsie –dijo él mientras se giraba para cargar los bultos.

–Hank y Ginny se han ofrecido para cuidarlas –ella sonrió–. Han dicho que les servirá de práctica.

Logan dejó de cargar bultos y la miró directamente. Comprendió que hacerlo había sido un error imperdonable. Estaba tan guapa y apetecible, que necesitó todas sus fuerzas para negar con la cabeza.

–No voy a llevarte, Cassie.

–Sí vas a hacerlo.

–No.

El silencio de ella hizo que Logan tuviera la esperanza de que se hubiera dado por vencida. Entonces, ella rodeó a Dakota e hizo lo único que él no podía resistir. Lo tocó.

–Logan, por favor…

Fue un gesto sencillo y sin intención de provocar. Se había limitado a posar la mano sobre su antebrazo, que además, estaba cubierto por una manga larga.. Pero la calidez del contacto y la dulzura de la voz al decir su nombre consiguieron que él perdiera el sentido de la realidad.

Cerró los ojos y se maldijo cien veces, pero era lo suficientemente hombre como para saber que estaba luchando por una batalla perdida.

–¿Sabes montar a caballo?

Ella asintió con la cabeza, pero lo hizo con una mueca de indecisión.

–Más o menos.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Cuando era niña, mis padres tenían unos amigos con un rancho y yo monté algunas veces en un caballo. Pero creo que era una yegua de unos cien años.

–Los caballos no viven tanto.

–Sabes lo que quiero decir –lo miró con esos ojos que ponen las mujeres cuando creen que uno es medio tonto–. Era muy vieja y no tenía fuerza.

–Vamos, que te subiste a la silla y nada más.

–Efectivamente.

Él le miró los pies.

–No es una buena idea montar con zapatillas de deporte.

–¿Por qué?

–No tienen tacones para evitar que los pies se salgan de los estribos. Si te caes, el caballo podría arrastrarte o pisotearte. ¿Tienes unas botas?

–Sí –se le iluminaron los ojos de emoción–. ¿Quiere eso decir que me llevas?

–Ve a ponerte las botas –dijo él con resignación.

Decidió que merecía la pena el infierno que iba a pasar solo por haber visto la ilusión de esos ojos verdes.

Ella le dio un abrazo fugaz y a él le subió la presión sanguínea hasta casi reventar.

–Gracias, Logan.

Ella se dio la vuelta y él la llamó.

–Ponte una camisa de manga larga, si es posible de franela, y una chaqueta abrigada.

–Estaré preparada dentro de veinte minutos –dijo ella antes de desaparecer en la casa.

Él suspiró profundamente y fue al establo. Cuando llegara al sitio de acampar, ya se habría vuelto loco. ¿Cómo pretendía meditar si se llevaba consigo la fuente de sus tribulaciones? ¿Cómo demonios iba a conseguir no tocarla?

Se imaginó varias situaciones y la excitación fue tal, que pensó que no podría montar a caballo. Se pasó la mano por la cara como si con eso pudiera borrar las fantasías eróticas. No sirvió de nada. Tuvo la sensación de luchar contra lo inevitable.

En el establo abrió la puerta del caballo más viejo y dócil, y sacó a Valentine. La ensilló y la ató junto a los otros caballos. No le hacía ninguna gracia lo que iba a hacer, pero una semana antes había hecho una promesa a Cassie y no pensaba besarla. Se moriría antes de faltar a su palabra.

Cassie miró por enésima vez a Logan mientras cabalgaban juntos por el valle hacia las montañas que rodeaban Lazy Ace. Cuando se encontraron en el patio, ella estaba tan impresionada por el aspecto de él que no había sido capaz de preguntarle hasta dónde iban a ir, cuánto iban a tardar ni cuándo volverían.

No paraba de darle vueltas a una pregunta: ¿por qué se había afeitado el bigote?

Él apenas le había dirigido media docena de palabras en toda la mañana y, si el gesto hermético era una señal, no parecía muy dispuesto a hablar sobre la desaparición del bigote. Ni de cualquier otra cosa, en realidad.

Ella sabía que él no estaba contento teniéndola de acompañante, y era una pena. A ella, por algún motivo, no le bastaba con lo que había oído sobre la tierra que le había dejado su tío Silas. Quería verla. Además, Hank tenía razón: era peligroso que Logan fuera solo por esas montañas.

Cassie cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y respiró el aire puro. Era maravilloso notar el sol en la cara.

–El tío Silas estaba en lo cierto. Es el sitio más maravilloso del mundo.

–¿En serio? –Logan lo dijo como si no la creyera–. ¿Te gusta más que la ciudad?

–Desde luego. Me gustaría haber vivido aquí de niña –dijo ella con una felicidad que hacía años no sentía–. Traer a las niñas aquí ha sido la mejor decisión de mi vida. Ellas sabrán que existe esta belleza.

Cabalgaron en silencio unos minutos hasta que llegaron a la arboleda que había junto a la pradera de las tierras altas.

–¿Qué habría dicho tu marido sobre tu decisión de traer aquí a las niñas? ¿Habría aprobado que vivieran en este sitio dejado de la mano de Dios? –preguntó Logan.

A Cassie no le gustaba hablar de Stan. Pero pensó que Logan tenía derecho a saber algo de él, ya que ella y las niñas iban a quedarse a vivir allí.

–Stan murió en un accidente de coche antes de que nacieran las gemelas, pero no se habría ocupado de nada aunque hubiera vivido.

Logan llevó el caballo por debajo de una bóveda de ramas de

pinos.

–Comeremos aquí para que descansen los caballos –dijo él.

Desmontó y ayudó a Cassie a bajarse del caballo.

–¿Qué has querido decir con eso de que no se habría ocupado? –preguntó él.

Cassie se encogió de hombros y se sentó en una piedra junto a un pino.

–Stan no se ocupaba de nada o nadie que no fuera él mismo. Había pedido el divorcio dos días antes de morir.

Logan abrió una de las bolsas de cuero que había a los costados del caballo y dio un bocadillo a Cassie. Desenvolvió el suyo y la miró.

–Entonces, tu marido nunca supo nada de Chelsea y Kelsie…

Ella había perdido el apetito y envolvió otra vez el bocadillo.

–Yo no supe que esperaba gemelos hasta que él había muerto, pero sí supo que estaba embarazada –dijo ella sin poder disimular la amargura–. Por eso pidió el divorcio. Me dio a elegir: o yo interrumpía el embarazo o se divorciaba. Elegí a mi hijo.

Logan estaba apoyado en un árbol frente a ella. Parecía tranquilo, pero ella notó la tensión en sus rasgos.

–¿Qué hombre puede querer que su mujer se deshaga del hijo de ambos? –parecía irritado.

–Uno muy egoísta que solo pensaba en sí mismo.

–Evidentemente –Logan sacudió la cabeza–. Entonces has estado sola con tus hijas desde el principio.

Ella asintió con la cabeza.

–Nos ha ido muy bien. Nos tenemos las unas a las otras. No necesitamos a un hombre en nuestras vidas.

Logan no volvió a decir nada mientras terminaba de comer. No podía. Estaba demasiado furioso por lo que había dicho Cassie. Su marido tenía que haber sido un imbécil de primera categoría. Primero, por pretender que ella se deshiciera de sus hijas, y luego por querer dejarla sola con ellas.

¿No se había dado cuenta de lo que tenía? Stan Wellington había podido tener todo lo que Logan había deseado en la vida y no había conseguido: una mujer y una familia. Encima, había conseguido que Cassie se convenciera de que no necesitaba que nadie compartiera la vida con ella y la ayudara a criar a las niñas.

Logan decidió que quizá hubiera sido una bendición que ella y las gemelas hubieran acabado en Lazy Ace. La vida en un rancho remoto con él sería mucho más segura que la vida sola en una gran ciudad. Por lo menos, él las protegería y se ocuparía de ellas mientras estuvieran allí.

Él intentó sofocar la llama de esperanza que nacía en su pecho. Quizá no se fueran. Quizá Cassie y las niñas se quedaran y le permitieran sentirse como un miembro de la familia de vez en cuando.

«Seguro, y los elefantes vuelan».

Logan se estiró y fue donde había atado a los caballos.

–Será mejor que no vayamos si queremos acampar para la hora de la cena.

Cassie asintió con la cabeza y fue por Valentine.

–¿Por qué tengo las piernas como si fueran de gelatina?

Logan sonrió.

–No estás acostumbrada a montar a caballo.

Le rodeó la cintura con las manos y la ayudó a subir en la yegua. Tocarla le disparaba la líbido, pero cuando la levantó y se encontró con su maravilloso trasero delante de los ojos, tuvo que reprimir un gemido.

Él se volvió hacia su caballo y apretó los dientes de pura sensación de impotencia. Si no hubiera perdido el juicio, daría media vuelta y volverían al rancho. Si le había hervido la sangre por ayudarla a montar, ¿qué pasaría cuando la tuviera pegada en la diminuta tienda de campaña?

A media tarde, el camino se estrechó y tuvieron que cabalgar en fila india. Logan se daba la vuelta con frecuencia para ver cómo iba Cassie.

–¿Va todo bien?

Ella sonrió.

–Perfecto.

–Nos quedan unos kilómetros antes de acampar.

El camino se bifurcó. Logan acababa de tomar la senda de la derecha cuando a él se le erizaron los pelo; Dakota se encabritó al oír un rugido y un grito estremecedor de Cassie. Consiguió dominar al caballo, pero la cuerda que sujetaba los bultos se soltó. Vio cómo volaban algunos de los víveres mientras Smokey, el caballo que

portaba la tienda y el equipo de acampada, salía corriendo monte abajo como alma que lleva el diablo.

Cassie había dado tal alarido, que el pobre Sansón había huido como una locomotora entre los arbustos; quería poner toda la distancia posible entre él y la trastornada que había gritado como si la estuvieran dehollando viva. Logan se imaginó que el oso no pararía hasta llegar al otro lado de la montaña.

Afortunadamente, Valentine tenía una naturaleza lo suficientemente tranquila como para no haberse encabritado, pero tenía las orejas de punta y los ollares completamente abiertos. Logan no podía decir cuál de las dos tenía los ojos más abiertos, si la mujer o la yegua. Pero podía asegurar que, si Cassie no dejaba de moverse en la silla, la aterrada yegua iba a salir detrás del caballo de carga con ella encima.

Agarró las riendas de Valentine e intentó calmar a las dos.

–Tranquila, se ha ido.

–¿Estás seguro? –preguntó Cassie con ansiedad mientras se daba la vuelta para ver hacia dónde había salido corriendo Sansón. Logan tenía que tranquilizarla.

Atrajo a Valentine junto a su caballo y no dudó. Sujetó todas las riendas con una mano, pasó el otro brazo alrededor de la cintura de Cassie y se la puso en el regazo. Dakota se asustó por el peso extra, pero Logan consiguió dominar los caballos y su cólera. A duras penas.

Los víveres y el equipo de acampada estaban perdidos y ya no volvería a ver el oso.

Sin embargo, cuando Cassie le rodeó el cuello con los brazos y él notó el temblor de su esbelto cuerpo, la ira se le derritió como un cubo de hielo en una taza de té hirviendo. Ella estaba sentada sobre su regazo, de modo que su pequeño trasero caliente sobre las ingles y los pechos apretados contra él tuvieron el efecto que se podía prever. Contuvo un gemido. Estaba ardiendo y no podía disimularlo. Sin embargo, esa era una preocupación menor. Algunas cosas se habían caído del caballo de carga y había que ver con qué contaban.

Calculó rápidamente la distancia que habían recorrido. Estaban demasiado lejos como para volver antes de que anocheciera. Iban a tener que pasar la noche en la montaña con un equipo de acampada

muy básico.

Cassie observó que Logan rebuscaba por todos lados para recuperar algunos víveres. No parecía muy contento.

–¿Es todo lo que nos queda? –preguntó ella con cautela.

Él se levantó mientras asentía con la cabeza.

–Tenemos una cafetera, pero no hay café; tenemos algo de carne ahumada y unas barritas de chocolate. Hay también un saco de dormir, pero no tenemos tienda.

–¿Podremos volver a casa antes de que anochezca? –tenía el presentimiento de que sabía la respuesta, pero hizo la pregunta por si acaso.

–No.

Lo lacónico de la respuesta hizo que Cassie se sintiera peor todavía.

–De verdad, lo siento.

–Díselo a Sansón.

Ella se dirigió hacia donde estaba él, se plantó en jarras y lo miró fijamente.

–¿Cómo podía saber que ese oso estúpido era el que habías criado desde que nació? Para mí, todos los osos son iguales. Son peludos, tienen garras y muchos dientes. Además, para que lo sepa, señor Murdock, en mi ciudad, a todos ellos se los considera muy peligrosos.

–Sansón no lo es –dijo él tozudamente.

–Bueno, intentaré recordarlo la próxima vez que me encuentre con él.

Cassie fue a sentarse en un tronco caído, apoyó el codo en la rodilla y la mejilla en la palma de la mano.

–Dime qué tenemos que hacer para pasar la noche.

–Tú vas a estarte quieta mientras yo busco algo de leña para hacer un fuego –se dirigió hacia el bosque, pero se detuvo–. ¿Me harías un favor?

–¿Cuál?

–Intenta no volver a asustar de muerte al reino animal.

Ella sabía que era infantil y que no se lo permitiría a las gemelas cuando crecieran, pero no pudo evitarlo. Le sacó la lengua y le hizo

una mueca cuando se dio la vuelta.

Mientras esperaba a que Logan volviera, ella se entretuvo mirando lo que pasaba en el bosque de álamos y pinos; observó que un conejo mordisqueaba la hierba y oyó el chillido agudo de un águila que volaba en círculos a gran altura. El conejo se escabulló y ella comprendió que, aunque fuera el sitio más maravilloso que había visto, allí seguía rigiendo la ley de la lucha por la supervivencia.

Quizá eso fuera lo que la atraía de ese lugar. Le gustaba que sus hijas crecieran conscientes de eso. Si bien la belleza era indudable, la tierra exigía disciplina y respeto. Aprenderían a ser mujeres fuertes, capaces de apreciar la belleza del lugar tanto como de respetar su carácter implacable. Como lo hacía ella en ese momento.

Estaba ensimismada y se asustó cuando Logan apareció entre los árboles con los brazos llenos de leña. Pero él, caballerosamente, no hizo ningún comentario.

–¿Has visto algún rastro del caballo de carga?

La verdad era que se sentía culpable por haber asustado al pobre animal.

Logan negó con la cabeza.

–Smokey ha vendido por aquí tantas veces conmigo, que se conoce perfectamente los alrededores. Lo encontraremos paciendo tranquilamente en la pradera cuando volvamos mañana.

–¿No le pasará nada? –quería estar segura de que no iba a sufrir ningún daño.

–No creo.

Logan puso unas astillas y hojas secas alrededor de un montón de pequeños troncos.

–¿Para qué queremos un fuego si no tenemos nada que cocinar?

Él levantó la cabeza con una mezcla de desesperación y asombro.

–Por tres motivos. Primero, dado que Smokey se ha llevado las linternas, me he imaginado que no querrías estar a oscuras. Segundo, mantendrá alejados a los animales y así se evitarán que los mates del susto. Tercero, yo preferiría no quedarme congelado cuando la temperatura baje hasta cero grados esta noche. ¿Tienes más preguntas?

–No.

Logan sacó una caja de cerillas del bolsillo de la camisa y encendió un fuego. Se levantó y fue por la cafetera.

–Hay un arroyo a unos cien metros de aquí. Volveré dentro de un minuto con agua.

Cassie asintió con la cabeza y miró cómo desaparecía entre los árboles. Sin duda, era el vaquero con los hombros más anchos y el trasero más *sexy* de Wyoming. El trabajo físico le había tallado un cuerpo de fábula. Notó que las mejillas le ardían, y se estremecía al recordar ese cuerpo de piel cálida y músculos de acero sobre el suyo. Cuando la besó, el bigote le acarició los labios, el cuello y los pechos. La pasión llegó a tal grado, que ella perdió cualquier residuo de sensatez que le pudiera quedar.

¿Cómo sería un beso suyo una vez afeitado? Él había dicho que no volvería a besarla, ¿lo habría dicho en serio?

Por una parte, quería que volviera a tomarla entre sus brazos para volver hacerla sentir lo que había sentido en aquella ocasión, pero; por otra, prefería que no lo hiciera.

Las dos veces que la había abrazado y que la había besado con esos labios poderosos y esa lengua imparable, ella había perdido el dominio de sí misma y se había dejado llevar por un anhelo que no había sentido jamás. Era como si Logan hubiera despertado algo en ella que no sabía que poseía. Algo que la excitaba y aterraba a la vez.

¿Cómo sería hacer el amor con Logan? ¿Cómo sería ver todo su sensacional cuerpo y que estuviera en contacto con todo el suyo? ¿Cómo sería sentir toda su fuerza dentro de ella mientras la abrazaba?

Cassie notó un escalofrío. Se levantó para estirar las piernas y alejar esos pensamientos, pero la actividad le sirvió de poco. ¿Por qué no lo habría pensado dos veces antes de insistir en que la llevara con él?

Se encontraban en medio de la montaña y a bastantes kilómetros de cualquier ser humano. Iban a pasar la noche juntos, y a lo mejor…

Apretó los dientes y cerró los ojos. No quería ni pensar en ello.

Logan miró a Cassie a través de la fogata. No sabía qué demonios le pasaba. Cuando volvió con el agua, ella estaba recorriendo el perímetro del claro del bosque como un animal enjaulado; pero en cuanto lo vio, corrió a sentarse en el tronco caído y evitó mirarlo. Tampoco le dirigió la palabra.

Él había intentado varias veces empezar una conversación, pero no había conseguido sacar más de un par de palabras a Cassie; casi todas habían sido un «no».

Se rascó la cabeza: ella no tenía sed ni hambre ni frío. ¿Qué le pasaba?

Ella se puso la delicada mano sobre la boca para tapar un bostezo. Sería eso. Estaría cansada. Habían salido de casa cerca de las seis de la mañana, habían cabalgado todo el día y eran más de las diez de la noche.

–¿Quieres que te prepare el saco de dormir? –preguntó él mientras se levantaba.

Ella lo miró.

–¿Dónde vas a dormir tú?

Ya lo entendía. La preocupaba cómo iban a dormir. Ya eran dos. A él era un problema que lo atormentaba.

–Yo me quedaré levantado un par de horas más –dijo él mientras se estiraba y giraba los hombros–. Quiero mantener vivo el fuego durante algún tiempo.

–Ah –ella parecía pensativa–. Las chaquetas estaban en el caballo de carga. ¿No pasarás frío?

Él estuvo a punto de reírse, pero no lo hizo.

Se encogió de hombros e intentó parecer indiferente. No podía decirle que, después de haber pasado todo el día observándola y de verla iluminada por el fuego, después de haber pensado en la posibilidad de meterse en ese saco de dormir junto a ella, la sangre le hervía como si en vez de corazón tuviera una caldera de vapor. Tampoco podía decirle que tendría que acabar dentro de ese saco de dormir antes de que se le congelaran ciertas partes vitales del cuerpo.

–No pasa nada –dijo mientras desenrollaba el saco de material aislante. Comprobó que el suelo no tuviera piedras ni ramas y lo extendió–. Ahí lo tienes para cuando quieras.

Ella se levantó y se quedó mirándolo. Logan no sabía si ella

quería algo más de él.

–¿Bien?

–Date la vuelta, quiero quitarme los vaqueros.

Al oírlo, él sintió una llamarada en el vientre y estuvo a punto de reventar los pantalones. Ni siquiera se le había ocurrido que fueran a quitarse la ropa.

Cassie no pensaba en eso, ella solo quería estar cómoda. No sabía que no iba a pasar la noche sola ahí dentro. Él sí lo sabía.

Logan asintió con la cabeza y se fue precipitadamente hacia el otro lado del claro. Intentó no pensar en nada mientras se introducía en la oscuridad; bastante tenía con intentar recuperar el aliento, pero poseía una memoria demasiado buena.

Había visto ese cuerpo espléndido dos veces: la noche que cayeron juntos en la cama y cuando ella tuvo gripe. El recuerdo de los pechos perfectos y de los gemidos de placer le cortaban la respiración y le estremecían hasta las partes más íntimas de su cuerpo.

Se volvió cuando oyó que subía la cremallera del saco de dormir. Perfecto, ella estaba tumbada de costado y miraba hacia el otro lado.

En ese preciso instante, Logan tomó una decisión: no se metería en el saco a no ser que hiciera más frío que en la cueva de Sansón en enero.

Capítulo Ocho

Unas horas más tarde y con más frío del que había pasado en su vida, Logan se quitó el chaleco, las botas y los vaqueros. Temblando, bajó la cremallera del saco de dormir. Estuvo bien durante un rato, pero la temperatura bajó a cero grados y empezó a soplar un viento que llegaba directamente desde las cumbres nevadas. Movió un poco a Cassie, con cuidado de no despertarla, y se metió en el saco. Volvió a subir rápidamente la cremallera y se quedó tiritando. Notaba el calor de ella junto a su costado. No se volvería hacia Cassie para entrar en calor. No lo haría.

Le castañeaban los dientes y acabó dándose por vencido; se pegó a la espalda de ella. La calidez del pequeño cuerpo contra el suyo hizo que el frío fuera desapareciendo.

Intentó pasar por alto el olor a polvo de talco para niños y a mujer porque le resultaba una mezcla endiabladamente erótica que prefería no analizar. Cualquier psiquiatra lo interpretaría como ganas de procrear con Cassie. La idea hizo que se le encendiera una llama en el interior que pronto se extendió a las partes bajas.

Apartó la cabeza todo lo que pudo para huir de ese olor embriagador. Pensó que si seguía teniendo la misma suerte que hasta ese momento, seguramente caería una tormenta y se ahogaría. Estuvo a punto de soltar una carcajada. Prefería ahogarse a que se despertara Cassie y lo encontrara con aquella excitación.

Él cerró los ojos y apretó los dientes cuando ella, dormida, se movió y apretó el trasero contra sus ingles. No tenía que pensar en que lo único que lo separaba de la gloria eran dos finas capas de algodón: la de sus calzoncillos y la de las braguitas de Cassie.

Empezó a hacer una lista de las cosas que él y Hank tenían que hacer para terminar la cabaña. No sirvió de nada.

Intentó apartarse un poco, pero ella lo seguía. Los bajos iban a reventarle.

Tomó aire y repasó mentalmente los resultados medios de todos los jugadores de béisbol que había conocido. Tampoco funcionó. No

tenía sangre suficiente en el cerebro para pensar en otra cosa que no fuera el contacto del maravilloso trasero de Cassie contra esa parte de su cuerpo que anhelaba tenerla ahí todo el tiempo.

Ella suspiró y, dormida, susurró el nombre de él.

La erección fue completa. Miró al cielo e imploró la intervención divina.

Cassie se dio la vuelta y entrelazó las piernas con las de él. Él contuvo un gemido que lo asfixiaba desde que había entrado en el saco. Ella pasó el brazo por encima de logan y lo atrajo contra sí. La suavidad de los pechos indicaba que se había quitado el sujetador antes de meterse en el saco. Él no podía aguantar y la abrazó también.

Logan vio cómo se separaban poco a poco las pestañas de ella, hasta que tuvo los ojos como platos. Él sacudió la cabeza antes de que Cassie empezara la inevitable perorata.

–No digas nada. Date la vuelta y deja de moverte.

Él debía haber sabido que ella no le haría caso.

–Creía que habías dicho que te quedarías fuera –el tono era de acusación.

–Estaba helado –dijo él entre dientes–. Ahora, date la vuelta y duérmete.

–No puedo.

Tenían las caras tan cerca, que él podía ver las manchas marrones que salpicaban los ojos verdes de ella.

–¿Por qué no?

Ella lo miró fijamente.

–No puedo moverme.

–¿Por qué?

–Estás sujetándome.

Logan soltó los brazos al instante y esperó a que ella se moviera. No lo hizo. Se quedó mirándolo.

–Maldita sea, Cassie, estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano para ser un caballero. Date la vuelta o no respondo de lo que pase.

Ella se dio la vuelta y él dejó escapar un suspiro de alivio. Duró poco.

–¿Logan?

A él le resultaría todo más fácil si ella se durmiera. Oír su nombre en boca de Cassie complicaba mucho sus buenas

intenciones.

–Qué.

–¿Puedo preguntarte algo?

Él suspiró profundamente.

–¿Qué quieres saber, Cassie?

–¿Por qué te has afeitado el bigote?

–No tiene importancia.

¿Cómo podía decirle que, aunque no tenía intención de besarla, se lo había afeitado para no provocarle otra irritación?

–Las gemelas van a disgustarse.

Él sabía que no debía responder. La suavidad de esa voz le estaba disparando la líbido, pero no quería que ella o las gemelas se disgustaran por algo que hiciera él.

–¿Por qué dices eso? –preguntó él.

–Les gustaba tu bigote. Les hacía cosquillas.

La voz, el olor y la calidez del cuerpo estaban tirando por tierra todas sus buenas intenciones.

–¿Y tú? ¿Echarás de menos el bigote?

No podía creerse que hubiera preguntado lo que le rondaba por la cabeza.

Ella le rozó la erección con la cadera al darse la vuelta y a Logan se le paralizó el pulso. Cuando ella le pasó el dedo por el labio superior, él empezó a repasar todos los motivos que tenía para no hacer el amor con ella. No se acordó de ninguno.

–Sí –dijo ella pensativamente–. Creo que lo echaré de menos. Era suave y me acariciaba los labios.

Había hecho todo lo posible por ser un caballero, pero Cassie no colaboraba y estaba cansado de hacer esfuerzos. Tomó el dedo y besó la yema.

–¿No te acuerdas de la promesa que te hice hace una semana?

Ella parecía perpleja.

–¿Que no volverías a besarme?

Logan sonrió y sacudió la cabeza.

–No. Nunca dije que no volvería a besarte. Te prometí que no volvería a dejarte una marca.

Ella seguía mirándolo y Logan observó que los ojos de Cassie se oscurecían por el deseo.

–¿Te lo has afeitado porque pensabas besarme mientras

estábamos en las montañas? –preguntó ella.

–No exactamente. Me lo he afeitado porque no quería correr el riesgo de romper mi promesa si nos besábamos.

–Ah –se quedó pensativa durante un momento y sonrió–. ¿Me besarías para que sepa cómo es un beso sin bigote?

A él se le cortó la respiración y no la habría recuperado ni aunque la vida dependiera de ello. Sacudió la cabeza.

–Cariño, no me malinterpretes –dijo cuando pudo articular palabra–. Nada me gustaría más que besarte hasta que los dos perdiéramos el sentido, pero no sería una buena idea. No creo que pudiera quedarme en el beso.

–Seguramente tengas razón –ella sonrió–. Dudo que yo pudiera.

A Logan el corazón le golpeaba contra las costillas como si quisiera salirse del pecho. ¿Estaba diciéndole que quería hacer el amor con él?

–¿Cassie?

Pudo ver a la luz de la hoguera que ella cerraba los ojos y los abría otra vez. Lo miró con firmeza y seguridad.

–Sí.

Él se dejó llevar y la atrajo contra sí.

–Cariño, ¿estás segura de que quieres esto?

Ella asintió con la cabeza.

Él tomó aire e intentó decir lo que había que decir. A ella le gustaba apegarse a las cosas y él, por mucho que intentara cambiar, no podía ofrecerle ningún tipo de compromiso.

–Cassie, no puedo prometerte nada.

–Lo sé –dijo ella con suavidad–. No estoy pidiéndotelo.

Él la besó en la frente y la abrazó con más fuerza. Por mucho que a él pudiera dolerle físicamente, prefería pasar por cualquier infierno antes de que ella tuviera un segundo de arrepentimiento por haber hecho el amor con él.

–No quiero que te arrepientas.

–No lo haré.

La seguridad que él notó en la voz de ella lo convenció de que sabía lo que decía. Ella le desabrochó la camisa y la certeza fue completa.

Ella le quitó la camisa y le pasó las yemas de los dedos por el pecho

–Eres hermoso.

Él se rio.

–Me habían llamado muchas cosas, pero nunca hermoso.

Ella sonrió.

–Deberían. Tu cuerpo es perfecto.

–No tan perfecto como el tuyo –dijo él antes de besarla en los labios.

Cassie cerró los ojos al notar el contacto y se sintió dominada por un anhelo como no había sentido jamás. Cuando él introdujo la lengua para saborear la suya, a Cassie se le paró el pulso y todo el cuerpo se le estremeció.

Él siguió besándola y la apoyó sobre su pecho. Le pasó el brazo por la nuca y enredó los dedos entre su pelo mientras con la otra mano le acariciaba el costado hasta llegar a la cadera y al muslo desnudo. A ella se le aguzaron todos los sentidos y sintió un escalofrío de excitación al notar la mano curtida de Logan sobre su piel.

Logan le desbrochó el botón inferior de la camisa. Lentamente, con seguridad, fue soltando cada botón de su ojal hasta quitarle la prenda. Le tomó un pecho en la mano y la besó en el hueco que ella tenía en la base del cuello. Le pasó la lengua y la mordisqueó todo el camino hasta llegar al pecho y su excitada punta.

Él levantó la cabeza para mirarla y ella se quedó sin aliento al ver el deseo que se reflejaba en la profundidad de los ojos azul marino. Él bajó los labios hasta el pezón con una sonrisa tranquilizadora. El contacto de su piel con la boca de Logan y el notar esa humedad sobre el pezón hizo que a ella le pareciera que la sangre le corría como miel caliente. Cassie gimió de placer y él aumentó sus exigencias hasta hacerla sintir un vacío enorme dentro de sí.

Ella le sujetó la cabeza y se deleitó con las sensaciones ardientes que le abrasaban cada célula del cuerpo. Él bajó las manos hasta el vientre de Cassie y ella elevó las caderas para que pudiera quitarle las braguitas. La acarició con delicadeza, le separó las piernas y ella sintió que las entrañas se le revolvían de deseo. Él, con caricias firmes, provocadoras, sensuales y anhelantes, hizo que ella creyera que iba a quedar abrasada por la pasión. Nunca había sentido tanta excitación ni un fuego tan intenso. Nunca había deseado a un

hombre tanto como deseaba a Logan.

Cuando estaba convencida de que no sobreviviría a tanto deseo, él levantó la cabeza y sonrió. Le tomó la mano y la llevó hasta el abultamiento que luchaba por salir de los calzoncillos.

–Quiero que me toques, Cassie. Quiero que notes cuánto quiero hacerte mía.

La voz profunda, ronca por el deseo insatisfecho, la acariciaba y Cassie notaba la tensión cubierta por el algodón. No era suficiente. Ella quería sentir la piel, el terciopelo ardiente de él. Quería darle el mismo placer que él le estaba dando a ella.

Le bajó los calzoncillos y tomó entre las manos temblorosas la plenitud de él. No podía verla dentro del saco, pero cerró los ojos para grabar el tamaño en los dedos y la fuerza en la palma de la mano.

El gemido que dejó escapar él la animó, y lo acarició hasta que su enorme cuerpo tembló por el deseo apenas contenido.

–Abre los ojos, cariño –dijo Logan entre los dientes apretados–. Mírame.

Lo hizo y el corazón se le desbocó al encontrarse con la mirada de él. Ningún hombre la había mirado así. Logan le exhibía toda su alma, permitía que ella viera la pasión que lo dominaba, le mostraba cuánto la anhelaba.

La cautivó con los ojos, y las miradas se aferraron la una a la otra mientras ellos se exploraban con las manos. Cassie no podía soportar el vacío que le había producido Logan, pero podía ver en los ojos de él que sentía tanto deseo como ella.

–Logan, por favor. Hazme el amor ahora.

Ella vio que la preocupación sustituía a la pasión en el rostro de él. Cerró los ojos y detuvo el placentero tormento. Apoyó la frente en la de ella y tomó aire dos veces.

–Preferiría morirme antes de tener que decir esto, pero… no puedo. No tenía pensado que esto fuera a suceder y no he traído protección.

Ella sabía que, si se quedaban así, se moriría de deseo. Hizo un rápido cálculo mental y dio gracias a Dios por haber sido siempre tan regular como un reloj.

–Creo que no tenemos por qué preocuparnos. Es un momento seguro.

–¿Estás segura?

–Sí.

La abrazó.

–No sabes lo feliz que me hace oír eso.

Cassie le habría dicho que ella también se sentía feliz, pero no podía. El enorme cuerpo de él sobre el suyo le arrebataba cualquier pensamiento y solo le dejaba la capacidad de sentir.

Ella no había tenido que pedir nunca a un hombre que hiciera el amor con ella, ni se había imaginado que tuviera que hacerlo; pero en brazos de Logan estaba haciendo muchas cosas que no había hecho nunca.

–Logan, por favor, hazme el amor.

Sin decir una palabra, él la besó con tal cariño que a ella se le llenaron los ojos de lágrimas. Cassie volvió a maravillarse de la fuerza de la erección, de cuánto la necesitaba.

Él deslizó la mano entre los dos para acariciar el punto crucial de la pasión de ella e introdujo un dedo para llevarla hasta el frenesí.

–Logan… por favor.

–Tranquila, cariño –dijo él mientras le separaba las piernas con la rodilla.

Él se colocó encima y lentamente empezó a abrirse camino. Tenerlo encima con ese tamaño y esa fuerza mientras entraba dentro de ella era abrumador, y se acordó de cuánto tiempo había pasado desde que hizo el amor con un hombre por última vez.

Una vez acoplado, él se apoyó en los codos y la miró. La hoguera le iluminaba el sudor de la frente y el labio superior, y ella podía adivinar el esfuerzo que estaba haciendo por ir con cuidado. A ella le llegó al corazón ese detalle.

–Hacía mucho tiempo, ¿no? –le preguntó él con una sonrisa.

Ella nunca se había sentido tan querida ni tan deseada. Le habría gustado poder decirle lo especial que hacía que se sintiera, pero el nudo que tenía en la garganta la impedía hablar.

Él sonrió mientras le apartaba un mechón de la mejilla.

–Respira hondo y tranquilízate. Voy a cerciorarme de que solo te proporciono placer.

La besó en los labios y a ella le saltaron chispas tras los párpados cerrados. Él movió lentamente las caderas hacia atrás y adelante y

fue acelerando el ritmo a medida que ella se arqueaba ante sus embestidas. El deseo dio paso a una poderosa necesidad y Cassie se encontró a punto de alcanzar la plena satisfacción.

Se le paralizó el pulso cuando se dio cuenta de que Logan estaba llevándola a un punto que ella no había conocido, que obtenía de ella reacciones que solo él podía provocar. Juntos estaban creando un mundo propio, un lugar donde sus almas se harían una.

El pensamiento la asustó, pero renunció a analizarlo cuando el placer la dominaba y el cuerpo se le estremecía.

Repentinamente se vio inundada por una sucesión de sensaciones arrebatadoras; notó que el cuerpo de Logan se ponía en tensión y que entraba en ella una última vez para llenarla de su esencia.

Logan volvió a la realidad poco a poco y comprendió que debería de estar aplastando a Cassie. Se apartó a un lado ya la atrajo hacia sí.

–¿Estás bien?

–Sí.

Ella se acurrucó entre los brazos de él y Logan le besó la coronilla.

–Sé que hacía mucho tiempo. ¿Te he hecho daño?

Ella negó con la cabeza.

–Gracias –dijo ella en voz baja.

Él sintió un instante de miedo. ¿Le daba las gracias? ¿Por qué? ¿Por no hacerle daño? ¿La habría maltratado su marido? La idea le revolvió las tripas y Logan tuvo ganas de partirle la nariz.

La abrazó con más fuerza.

–¿Por qué, cariño?

Ella rio levemente y suavizó la tensión.

–Nunca había sentido algo como lo que acabamos de compartir.

Le rozaba el cuello al hablar. A él le habría parecido imposible, pero su cuerpo empezaba a reaccionar otra vez al notar la boca de ella sobre la piel.

–Gracias por eso –terminó ella.

–¿Quieres decir que nunca habías llegado al clímax? –dijo él con incredulidad.

–Bueno, sí lo había hecho –reconoció entre risas–. Pero nunca había sido así. Ha sido increíble. Nunca había imaginado que los preparativos podían ser tan largos e intensos.

Logan se hinchó de satisfacción y de una saludable dosis de vanidad masculina. Logan creía que él debía ser el agradecido. ¿Acaso no se daba cuenta ella de lo que significaba para un hombre que le dijeran que había sido el mejor?

Sintió una sensación de posesión que lo aterró. No quería que ella volviera a sentir eso con nadie más, solo con él.

Se le endureció el cuerpo con un deseo primitivo de mostrarle a ella que le pertenecía. Puso a Cassie encima de él para que notara la evidencia de su anhelo. Él pudo comprobar que los ojos verdes de ella primero expresaron sorpresa para dar paso inmediatamente a la pasión, lo cual lo llenó de satisfacción.

Logan se quedó despierto mucho tiempo después de que Cassie se quedara dormida por el agotamiento. Miraba los millones de estrellas e intentaba comprender lo que estaba sintiendo y lo radicalmente que había cambiado su forma de ver las cosas.

Él y Cassie habían hecho el amor dos veces y, en vez de satisfacer el ansia que tenía de ella desde que la vio, solo había servido para abrirle más el apetito. La deseaba otra vez, aunque pareciera increíble.

Algo en su interior le decía que la desearía siempre. La besó en la frente y la abrazó con fuerza mientras miraba la inmensidad del cielo de Wyoming. Dos semanas antes solo buscaba motivos para que Cassie se fuera de Lazy Ace; en ese momento, no se le ocurrían suficientes formas de garantizar que se quedara.

Quizá él estuviera equivocado. Quizá ella no se fuera.

Parecía que Cassie amaba sinceramente esa tierra tanto como él y Logan se dio cuenta de que quería compartirla con ella. La próxima excursión la harían a Shadow Valley para ver los alces y los ciervos. Si ella seguía en el rancho para primavera, la llevaría a las cumbres donde prodían ver las águilas alimentando a sus crías.

Los peligros de vivir en un sitio tan aislado seguían produciéndole cierto desasosiego, pero Hank tenía razón: la gente de la ciudad enfermaba y moría también. Solo tenía que ocuparse

un poco más para que Cassie y las gemelas estuvieran sanas y seguras.

Logan se mostró decidido. Él tendría éxito donde su padre había fracasado.

Bajaban la montaña en fila india y Cassie vio a Logan que se daba la vuelta para mirarla.

–¿Qué tal todo?

–Valentine y yo estamos de maravilla –dijo ella mientras palmeaba el cuello del animal con una sonrisa–. Disfrutamos de este extraordinario paisaje.

Cuando él volvió a darse la vuelta, Cassie se quedó mirando los hombros de Logan y decidió que el paisaje era más que extraordinario: era sencillamente devastador. Él era un hechicero que la hacía ver las estrellas con un solo beso.

Ella no había planeado la noche anterior, ni mucho menos, pero hacer el amor con Logan había sido una de las experiencias más increíbles de su vida.

Debió haberse supuesto que sería así, la tensión sexual entre ellos había sido evidente desde que se conocieron. Cassie sabía en lo más profundo de su corazón que estaban predestinados el uno al otro. Suspiró. Era algo que no le resultaba cómodo, pero si no se había enamorado de Logan todavía, le faltaba muy poco. La idea la aterraba más que cualquier depredador. No necesitaba a un hombre que le complicara la vida.

Quizá fuera mejor para todos que ella se replanteara la posibilidad de vivir en Lazy Ace. Quizá fuera lo único que podía hacer para evitar que le destrozaran el corazón.

Si se enamoraba de Logan, ¿le correspondería él? ¿Podría querer también a las gemelas?

Stan no había querido ser padre aunque las niñas fueran parte de él. Naturalmente, si él hubiera vivido, podría haber cambiado de idea cuando ellas hubieran nacido, pero era muy improbable.

¿Le pasaría lo mismo a Logan?

Cassie pensaba que no. Cuando ella estuvo enferma, él se ocupó de las niñas y pareció gustarle, pero era distinto ser padre para siempre. Además, a algunos hombres no les gustaban las familias

que ya estaban formadas.

¿Podría Logan aceptar a las hijas de otro hombre como propias? Le había dicho muy claramente que no pensaba tener hijos, de modo que mucho menos iba a querer los de los demás.

Capítulo Nueve

Logan se cruzó de brazos mientras observaba a Cassie moviéndose lentamente por la cocina. Tenía que estar molida.

Habían estado dos día cabalgando y la noche anterior la habían pasado haciendo el amor en vez de dormir. Cuando volvieron a la casa a última hora de la tarde, Hank y Ginny se fueron a Laramie para ver a la abuela de Hank. Logan se había ofrecido para ayudar a Cassie con las niñas, pero ella había dicho que quería estar con ellas y las había bañado y dado de cenar sola.

Él se había sentido un poco marginado, pero entendía que ella quisiera tener su pequeño espacio. Las cosas habían cambiado entre ellos y los dos sabían que era irreversible, independientemente de cómo terminaran.

Logan se acercó a ella, tomó la bandeja que tenía en las manos y la metió en el lavaplatos. Luego se volvió y la abrazó.

–Estás molida, ¿por qué no te acuestas, cariño?

–Tengo que terminar de llenar el lavaplatos y hay un montón de colada –bostezó.

Él negó con la cabeza.

–Yo terminaré de llenar el lavaplatos y me ocuparé de la ropa –tenerla entre los brazos era como estar en el paraíso y el infierno a la vez. La deseaba con toda su alma, pero ella tenía que descansar–. Sube y duerme un poco.

Ella le besó la barbilla y se soltó del abrazo.

–Gracias –dijo Cassie antes de salir hacia el vestíbulo.

Logan tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no seguirla y besarla hasta desfallecer.

Llenó el lavaplatos y puso la lavadora. Fue a la sala sin saber qué hacer.

Miró el sofá y la cómoda butaca. Se habría sentado a ver la televisión si no fuera porque le daba miedo arrugar las fundas. Ya no estaba furioso con los cambios en la decoración, pero tampoco quería estropear las cosas. Cassie se había esforzado mucho y estaba

muy orgullosa de lo que había conseguido.

Él sacudió la cabeza. ¿Desde cuándo había aceptado los cambios?

Se rio. Ella había irrumpido en su vida y la había trastornado; todo lo que se le ocurría a él era lo maravillosa que era. Ella había hecho un hogar de la casa, pero Logan no se había dado cuenta de lo que trabajaba Cassie para cuidar a las niñas y tener la casa limpia hasta que él se ocupó de las gemelas. Aunque ella lo hiciera parecer fácil, él no quería darle más trabajo.

Estaba de pie pensando qué hacer cuando oyó el llanto de una de las niñas. Subió las escaleras de dos en dos para que no molestara a Cassie.

Cuando el bebé lo vio, levantó los brazos para que la cogiera. A Logan se le derritió el corazón.

Logan apoyó a la niña contra el pecho.

–¿Qué te pasa, chiquitina? ¿Has tenido una pesadilla?

Ella le rodeó el cuello con los brazos y sollozó. Todas las corazas que había puesto a su corazón durante años cayeron hechas añicos. Estaba perdido.

Logan se cercioró de que el llanto de Kelsie no había molestado a Chelsea y bajó con la niña en brazos.

La niña seguía gimoteando mientras daban vueltas a la sala y se preguntó si debería despertar a Cassie. Había comprobado que el pañal estaba limpio.

De repente, sintió un nudo en la garganta. ¿Estaría enferma? ¿Tendría que ir a ver a un médico?

Cuando había decidido ya que lo mejor sería despertar a Cassie, la niña se calló, se metió el dedo en la boca y apoyó la cabeza en el hombro de Logan. Él la abrazó y canturreó algo en voz baja.

¿Cuándo había cambiado la opinión de que no hubiera niños alrededor? Él daría su brazo derecho por las niñas, por no decir nada de la madre.

¿Qué haría si Cassie y las niñas abandonaban Lazy Ace? ¿Podría volver a la vida normal como si no hubiera pasado nada?

Logan se sentó en la butaca y acarició la espalda de la niña sin dejar de repetirse la misma pregunta. ¿Podría vivir sin ellas?

Creía que no. Ellas habían aparecido, habían acabado con su apacible vida de soltero llenando un vacío que él no sabía que

existiera hasta ese momento.

Cassie bostezó, se estiró y bajó para preparar el desayuno. Todavía seguía algo cansada de la excursión, pero por lo menos no era el despojo de la noche anterior. Al llegar al vestíbulo miró hacia la sala y se paró en seco. Logan, profundamente dormido, estaba sentado en la butaca con los pies apoyados en el reposapiés y una gemela acurrucada en su enorme pecho. La escena era tan enternecedora, que los ojos se le llenaron de lágrimas.

Se quedó mirándolos. Ya tenía la certeza de que Logan no era como Stan. Logan era desprendido y se ocupaba de cualquiera que lo necesitara.

Intentaba que todo el mundo pensara que era un vaquero independiente y solitario, pero ella había conocido por sí misma lo que se preocupaba por los demás cuando ella tuvo gripe. ¿Qué hombre que no fuera su padre se haría cargo de una niña en vez de despertar a la madre?

Intentaba ocultarse tras un exterior rudo, pero tenía más amor para repartir que nadie que ella hubiera conocido.

Cassie se secó las mejillas y agarró a Kelsie para llevarla a la cama. Cassie no estaba segura de lo que había pasado, pero ya no podía negarlo ni un minuto más.

Se había enamorado completamente de Logan Murdock.

Logan se despertó con la sensación de que algo no iba bien. Abrió lentamente los ojos y estiró los brazos, luego se tocó el pecho. Se quedó aterrado.

–¡Maldita sea!

Se levantó de un salto y buscó a Kelsie por todos lados. ¿Dónde se había metido? Si le hubiera pasado algo, no se lo perdonaría en la vida.

Siguió buscando. Nada. Tiró los cojines al suelo. Se puso a gatas, miró debajo de la mesa y detrás de las butacas. Ni rastro del bebé.

Las manos le temblaban. Se había comprometido a protegerla. ¿Cómo había podido pasar algo así?

Lo último que recordaba era haber puesto a la niña sobre su

pecho para acariciarle la espalda. Ella había lloriqueado un poco, pero luego se calmó y… y…

–¿Qué demonios estás haciendo? –preguntó Cassie desde la escalera.

Logan se volvió para mirarla. ¿Cómo iba a decirle que había perdido a una de sus hijas?

–Cassie no te preocupes… la encontraremos –balbució él.

–¿A quién vamos a encontrar?

–A Kelsie –dijo él mientras miraba alrededor–. Anoche estaba inquieta y no quise despertarte. La bajé aquí conmigo –le explicó.

–Pasa a veces cuando están echando los dientes.

–Muy bien. En cualquier caso, di unas vueltas con ella por el cuarto –seguía mirando alrededor–. Luego me senté en la butaca con ella y nos quedamos dormidos. Al despertarme, ella había desaparecido.

–No te preocupes, seguro que está por algún lado –dijo ella con una sonrisa.

Ella se dio la vuelta para dirigirse a la cocina y Logan fue hasta ella, la agarró de los hombros y le dio la vuelta.

–Sabes perfectamente dónde está, ¿verdad?

Cassie se rio.

–Sí, está en la cuna.

–¿Cómo demonios ha llegado hasta allí? –preguntó él con cierta irritación fruto del alivio.

–Yo la he metido en ella –Cassie le rodeó la cintura con los brazos–. Vine a preparar el desayuno y os vi dormidos en la butaca –ella sonrió con un brillo de felicidad en los ojos–. ¿Sabes una cosa? Estás muy guapo sin sombrero.

–No lo estoy.

–Sí lo estás –le pasó un dedo por la frente y el sintió que ardía por dentro–. Deja de fruncir el ceño, pareces un viejo gruñón.

–Es porque estoy gruñendo –dijo él intentando contener una sonrisa.

Ella había mostrada los arrebatadores hoyuelos y toda la ira se le había derretido como un trozo de hielo en una tarde de julio. Le tomó la mano y se la besó.

–Esto no va a quedar así, cariño. Me he llevado un susto de muerte.

–Ella está perfectamente.

–Pero yo no lo sabía –dijo él mientras se metía un dedo de Cassie en la boca–. Me debes una.

–¿Por.. qué?

Él sintió una verdadera satisfacción al notar que ella estaba sin aliento.

–Has hecho que me preocupe sin motivo –se inclinó para apoyar su frente en la de ella–. Eso exige una compensación.

Los ojos de ella se oscurecieron al mirarlo.

–¿Qué tienes pensado?

–Algo que te enseñe una lección –se le tensó el cuerpo algo que le ocurría siempre que la tenía entre los brazos–. Algo que no olvides fácilmente.

–Parece interesante.

–Lo será –le puso las manos en el trasero y la atrajo contra sí–, pero es una lección que hay que repetir con cierta frecuencia para que la recuerdes bien.

–Me parece que tengo muy poca memoria –le mirada de ella hizo que él echara chispas–. ¿Me has enseñado antes esa lección?

Logan asintió con la cabeza y la besó hasta que se quedaron sin aire.

–Sí, pero esta vez será más larga y mejor.

–¿Mejor? –parecía sorprendida.

–Desde luego. Esta vez no estaremos limitados por el saco de dormir y podremos ver lo que hacemos –la tomó de la cintura y se dirigió escaleras arriba–. ¿Cuánto falta hasta que se despierten? –preguntó en voz baja al pasar por el cuarto de las niñas.

–Un par de horas –ella sonrió y la mirada de deseo hizo que él notara una oleada de calor en las ingles.

–Perfecto –abrió la puerta de su habitación y metió a Cassie dentro. Le tomó la cara entre las manos y sonrió–. La otra noche te deseaba demasiado, cariño, esta vez nos lo tomaremos con más calma.

Bajó la cabeza y le pasó la lengua por los labios. Cuando ella los separó, él introdujo la lengua y gozó con los gemidos de ella. Cassie se apretó contra él como si quisiera fundirse. Logan le pasó las manos por los costados, le rodeó los pechos y agarró la camiseta rosa.

–Levanta los brazos.

Ella obedeció, y él le sacó la camiseta por la cabeza y le desabrochó el sujetador con un rápido gesto. A él le temblaron levemente las manos cuando las posó en los perfectos pechos y le pellizcó suavemente los pezones. Ella cerró los ojos y se agarró a los brazos de él para mantenerse de pie.

–¿Te gusta, cariño? –preguntó Logan antes de bajar la boca para besar las endurecidas puntas.

Ella separó los párpados temblorosamente y él sintió como si un relámpago lo hubiera atravesado al ver la pasión que había en lo más profundo de la mirada esmeralda. Un beso, un contacto era suficiente para que ella lo deseara tanto como él la deseaba a ella. Esperaba con toda su alma ser capaz de mantener la promesa de hacerlo duradero.

Cuando ella le desabrochó la camisa y la echó hacia atrás, él, a regañadientes, apartó las manos de la delicada piel de Cassie para poder quitarse la prenda. Sin embargo, antes de que pudiera volver a la placentera actividad de amarla, ella le pasó las uñas por sus pezones y con un dedo siguió la línea de vello que desaparecía en los vaqueros. A él le hirvió la sangre.

–Mentí –dijo ella en voz baja.

Él, absorto por las sensaciones que se acumulaban unos centímetros más abajo, tardó unos segundos en comprender. La destreza de la caricia le impedía concentrarse.

–¿Qué quieres decir? –preguntó con los dientes apretados.

–El primer día que te vi dije que tus atributos no eran memorables –los arrebatadores hoyuelos hicieron acto de presencia–. Nunca había dicho una mentira mayor. El recuerdo de tu cuerpo me ha dejado varias noches sin dormir.

La confesión le disparó por las nubes la presión sanguínea. Respiró hondo para intentar recuperar el aliento y aplacar la sangre que le corría desbocada por las venas.

–Si sigues diciéndome esas cosas, yo voy a quedar también como un mentiroso –ella lo miró con ojos interrogadores y él se rio–. No voy a ser capaz de tomarme las cosas con calma.

–No estoy segura de querer que lo hagas –dijo Cassie mientras le soltaba el cinturón.

Sonriente, ella le desabrochó el botón de los vaqueros y le bajó

la cremallera sobre la erección palpitante. Le pasó el dedo desde el ombligo hasta la cinta de los calzoncillos y él hizo un esfuerzo por contenerse.

Logan le apartó las manos antes de que perdiera el último vestigio de cordura y le bajó la ropa que le quedaba puesta a ella. Cuando Cassie sacó los pies, Logan tomó aire. No había visto una mujer más perfecta en sus treinta y cuatro años.

–No es justo –dijo ella mientras le agarraba la cinta del calzoncillo.

–Estoy de acuerdo –impaciente por volver a sentirla contra su cuerpo, él se quitó los vaqueros y calzoncillos de una patada.

–Eres hermoso –dijo ella con una voz llena de admiración.

Él se rio.

–Las mujeres son hermosas, los hombres no.

Ella asintió con la cabeza.

–Tú lo eres.

Él negó con la cabeza.

–Tú si eres hermosa, perfecta.

La atrajo hacia sí y gimió al bullirle lo más profundo de su alma por el contacto de ella. Ansioso por transmitirle todo lo que sentía pero sin poder decirlo, la besó hasta que se estremeció de deseo.

Pasó las manos entre los dos y la acarició en lo más íntimo. Para satisfacción de él, ella jadeó y se derritió en su mano.

–Muy bien, cariño. Esta vez va a ser mejor porque ya sé lo que te excita, lo que te enloquece.

–Pero yo… tengo la misma ventaja –dijo ella sin apenas poder respirar.

Con su pequeña mano tomó la erección y Logan pensó que podía perder la cabeza. La promesa de hacer las cosas despacio iba a ser imposible de cumplir si esas diestras manos seguían comportándose así.

Ella lo acariciaba con tal delicadeza, que el pecho le temblaba de emoción. Le parecía imposible, pero el deseo que tenía de ella era mayor que antes. La deseaba con cada poro y quería mostrarle lo importante que era para él hacer el amor con ella.

La tomó en brazos y la llevó a la cama antes de que las piernas dejaran de sujetarlo. Apartó la colcha y la dejó sobre las sábanas azul marino. Luego se volvió y fue al cuarto de baño. Volvió y se

tumbó junto a ella mientras dejaba un envoltorio debajo de la almohada.

La abrazó y se deleitó con el contacto de la delicada piel femenina sobre su ardiente cuerpo. Le habría gustado decirle muchas cosas, pero nunca le habían salido las palabras románticas que las mujeres quieren oír. En vez de intentar expresar los sentimientos con palabras, Logan decidió amarla lenta y minuciosamente, de forma que cuando hubiera terminado, ella no tendría duda de lo que significaba para él, de hasta qué punto ella había pasado a formar parte de él.

La besó en la base del cuello y bajó hacia los pechos. Le mordisqueó los pezones y sintió crecer su excitación mientras ella jadeaba y le pasaba los dedos por el pelo.

–¿Te gusta?

–Mmm.

Él sonrió y descendió con la lengua por el abdomen.

–Espera, cariño, que todo puede mejorar.

–Logan… no… –parecía desesperada.

Él levantó la cabeza y se encontró con la mirada desconcertada de ella.

–¿Confías en mí, Cassie?

–Sí.

–Entonces, túmbate y déjame que te dé placer.

Ella dudó un segundo antes de dejarse caer sobre las almohadas. El pequeño cuerpo se estremeció y él comprendió que estaba descubriéndole nuevos territorios. Al parecer, su marido nunca se había tomado el tiempo de amar cada milímetro de la piel de ella. Había sido un completo imbécil.

La besó en lo más íntimo y Logan tuvo la recompensa de los gemidos de ella y de la visión de las dos manitas aferradas a las sábanas.

–Logan… por favor…

–¿Qué quieres, Cassie?

Cuando ella abrió los ojos para mirarlo, él no tuvo dudas de lo que quería, pero necesitaba que se lo dijera.

–Hazme el amor, Logan –dijo ella como en una súplica.

Él volvió a recorrer el camino hasta la parte superior del cuerpo de ella.

–Pero yo quería que esto durara más –bromeó él.

Ella abrió los ojos y, aguantándole la mirada, lo buscó con las manos. A él se le paró el pulso y acto seguido se le desbocó. Lo acarició y abarcó toda su plenitud con ambas manos. Logan cerró los ojos para contener la oleada de anhelo que lo abrumaba. Le tomó las manos con las suyas para detenerla antes de que perdiera todo control.

–Cariño, te has salido con la tuya.

Cuando buscó la protección, se quedó atónito. Levantó la almohada, pero el envoltorio no estaba allí.

–¿Buscas esto? –preguntó Cassie sujetándolo entre los dedos.

Aliviado, fue a arrebatárselo, pero ella sacudió la cabeza. Abrió el envoltorio y colocó la protección sobre la rampante protuberancia de él sin dejar de mirarlo a los ojos. La mirada de deseo intenso, el contacto de las manos sobre su piel y la evidencia de que ella se sentía cómoda con la intimidad que compartían hicieron que ardiera en ganas de hacerla suya.

–Cariño, no quisiera precipitarme, pero no aguanto mucho más.

Ella sonrió sin decir una palabra, rodeó las caderas de él con las piernas y descendió lentamente mientras él entraba en ella. Logan tuvo que apretar los dientes y emplear hasta la última de sus fuerzas para conservar la poca cordura que le quedaba.

Se clavaron las miradas y Logan le puso las manos en las caderas para ayudarla a llevar un ritmo estable. Él paladeó cada segundo en los que veía que la expresión de ella cambiaba a medida que el anhelo aumentaba. Ella tenía las mejillas sonrojadas de deseo y los ojos le brillaban de pasión; a él, el corazón se le salía del pecho. Cassie no solo le hacía el amor con el cuerpo, sino con el alma también.

Él notó que ella se ponía en tensión a medida que se acercaba al punto más alto; y a Logan el cuerpo iba a estallarle de ganas de desbordarse dentro de ella. Logan la acarició en lo más íntimo con la intención de que se uniera a él en el momento final. A ella se le tensó el cuerpo inmediatamente y él notó que los músculos más profundos palpitaban a su alrededor como una sucesión de olas que la llevaron a la satisfacción completa.

La tensión del cuerpo de Cassie y el innegable éxtasis en su cara hicieron que él estallara y, con una última embestida, Logan gimió

por el placer que lo vaciaba.

Cassie, completamente agotada, se derrumbó sobre el pecho de Logan. Él la rodeó con los brazos y la abrazó con fuerza. Ella era increíble y respondía muy bien. Él decidió que, si se moría en ese momento, el mundo se quedaría el cuerpo de un hombre feliz y satisfecho.

Logan tardó un momento en comprender que lo que sentía iba más allá del placer y el deseo. Quizá la emoción que sintió cuando la vio mirándolo en la bañera ya fuera amor.

¿Qué ocurriría si la amara y luego ella se fuera de Lazy Ace porque no soportaba el aislamiento? Peor aún, ¿qué ocurriría si ella o una de sus hijas se ponía enferma y él no era capaz de llevarla al médico a tiempo?

Cuando su madre murió, Cal Murdock, su padre, había transformado todo su dolor en odio y lo había dirigido hacia su hijo único.

Logan cerró los ojos al sentir que la soledad y la añoranza se debatían con años de dolor y remordimiento. Él no creía ser ese tipo de hombre, pero nunca había amado tanto a nadie como a Cassie y las niñas.

Eso lo aterraba.

Capítulo Diez

Cuando Hank se levantó de la mesa del desayuno y abrazó y besó a Ginny, Logan se preguntó si no habría que darles oxígeno. Él miró a Cassie. Le habría gustado hacer lo mismo con ella, pero en privado.

Le guiñó un ojo, se puso el sombrero y dio una palmada en el hombro de Hank.

–Vamos –Logan se rio cuando Hank levantó la cabeza–. Si no terminamos pronto la cabaña, vuestro primer hijo irá a la universidad para cuando os trasladéis.

–Eh, dame un descanso –dijo Hank con una sonrisa–. Terminaré la casa cuando haya terminado de hacer el bebé.

–Ya que lo dices… –Ginny estaba radiante–. Me he hecho la prueba esta mañana. Estoy embarazada.

–¡Voy a ser padre! –el grito de Hank pudo oírse en todo Bear Creek.

Logan sintió una punzada de envidia al ver a la pareja que se abrazaba. Miró a Cassie. Aunque pareciera ridículo, se encontró con ganas de ser él quien celebrara la paternidad.

Durante las tres semanas siguientes a la excursión a las montañas, Cassie y él habían compartido todas las noches que pudieron sin levantar las sospechas de que eran algo más que socios de Lazy Ace. Habían hablado de muchas cosas, pero no habían acordado explícitamente mantener el secreto sobre su… ¿su qué?

¿Su aventura?

No, esa no era la palabra adecuada. Era algo mucho más profundo que eso.

¿Relación?

No estaba seguro de que fuese la palabra indicada. Las relaciones implicaban compromiso y promesas, pero ninguno de ellos se había comprometido a nada ni se habían hecho promesas.

–Ginny, me alegro tanto… –dijo Cassie mientras se levantaba de la mesa para abrazar a su amiga.

Logan dio una palmada en el hombro a su amigo.

–Enhorabuena.

–Gracias –dijo Hank mientras agarraba a Ginny por la cintura.

Parecía el hombre más feliz que Logan hubiera visto en su vida.

Volvió a mirar a Cassie. La idea de hacer alguna promesa ya no le daba tanto miedo como un mes antes.

Ella iba de un lado a otro. Parecía sentirse como él: confusa y aturdida. Se preguntaba si estaría pensando lo mismo que él.

–¿Logan? ¿Vas a quedarte ahí todo el día o vamos a trabajar en la cabaña? –dijo Hank mientras sonreía a su mujer–. Tengo que terminar nuestro nido.

–Ah, claro –dijo Logan mientras se ponía el sombrero.

Miró un segundo más a Cassie antes de salir.

No podía creer lo que le rondaba la cabeza, pero la idea de comprometerse con Cassie y formar parte de su pequeña familia empezaba a parecerle una buena idea.

Cassie vio cómo se alejaban los hombres mientras el corazón le latía como una taladradora.

–Ginny, ¿te importaría vigilar un momento a las niñas cuando las dejemos jugando en la sala?

–En absoluto, Cassie –Ginny limpió las caras de las pequeñas–. Jugaré con ellas hasta que tengan sueño y luego haré una lista de las cosas que quiero comprar en Laramie la próxima vez que vayamos a ver a la abuela de Hank.

–Gracias –dijo Cassie, que se sentía como si la casa se le cayera encima. Tenía que ir a su habitación para ver su agenda.

–¿Te pasa algo, Cassie? Pareces un poco… ¿nerviosa?, ¿contrariada?

Cassie asintió con la cabeza mientras levantaba a Chelsea de la silla.

–Estoy un poco cansada, eso es todo.

Dejaron a las niñas en la manta para jugar y Cassie se retorció las manos mientras esperaba a que Ginny volviera con el cuaderno y el bolígrafo.

–No tardaré –dijo Cassie. Ante su sorpresa, la voz le pareció tranquila–. Tengo que comprobar un par de cosas.

–Tómatelo con calma –dijo Ginny con una sonrisa–. Las niñas y yo estaremos bien.

A Cassie le temblaban las piernas mientras subía las escaleras y apenas pudo llegar a su habitación antes de que los nervios se apoderaran de ella. Los ojos se le empañaron de lágrimas y las manos le temblaban sin control mientras buscaba su agenda personal entre la ropa íntima. Tenía que haberse equivocado de fechas.

Comprobó rápidamente las semanas que habían pasado desde el último período, se mordió el labio inferior y dejó escapar un gemido. ¿Cómo era posible que llevara un retraso de dos semanas?

Se dejó caer en la cama. ¿Cómo había podido pasar algo así? Siempre habían tenido mucho cuidado con la protección. Ni una sola vez…

La excursión a la montaña. No habían utilizado nada la noche en las montañas.

La realidad se le presentó con toda su crudeza y ella volvió a repasar frenéticamente la agenda. Sumó los días una y otra vez para estar segura y sacudió la cabeza. No podía estar pasándole eso. Era imposible.

Por mucho que se empeñara, Cassie sabía que estaba intentando engañarse. No solo era posible, sino que era probable.

Muchos bebés se habían gestado en las «noches seguras» del mes.

Cerró los ojos e intentó evitar el pánico que empezaba a dominarla. ¿Cómo se lo diría a Logan? ¿Cómo reaccionaría él?

Stan había dicho que quería hijos hasta que ella se enteró de que estaba embarazada, pero Logan había dicho en todo momento que él no tenía madera de padre.

Cassie, desesperada, intentó encontrar otro motivo por el que se le hubiera podido retrasar el período. Quizá no estuviera embarazada. Quizá la gripe o la actividad en el rancho hubieran alterado el ciclo. Además, la única señal inequívoca del embarazo no había aparecido todavía.

A los pocos días de concebir a las gemelas, ella ya sabía que estaba embarazada. Fue la primera vez en su vida que tuvo náuseas. Por el momento, ni siquiera había sentido un poco de asco. Había comido como un oso y se encontraba perfectamente.

Respiró hondo y volvió a guardar la agenda. No pensaría más en eso por el momento. Esperaría hasta el final de la semana antes de asustarse. Solo entonces se permitiría tener un ataque de pánico en toda regla.

Dos días después, Cassie bajaba el camino hacia la cabaña del capataz con una cesta de comida. Era el turno de Ginny para llevar el almuerzo a Hank y Logan, pero había tenido los primeros vómitos y pidió a Cassie que fuera ella.

A Cassie no le importaba el paseo. Le daba la oportunidad de disfrutar del sol y de la brisa algo más fresca que anunciaba el otoño.

Además, le daba tiempo para pensar.

Habían pasado dos días desde que se dio cuenta de que podía estar esperando un hijo de Logan y en ese tiempo había cambiado por lo menos cien veces de idea sobre lo que tenía que hacer. Temía que él pudiera ser como Stan y le pidiera hacer algo que ella no podía ni imaginarse; o que le ofreciera ayuda económica, pero nada más

En realidad, Cassie no creía que fuera a adoptar ninguna de esas actitudes. Pareció ponerse furioso cuando se enteró de las intenciones de Stan y ella había visto cómo se comportaba con sus hijas.

Eso planteaba otra pregunta. ¿Por qué había dicho que no quería hijos?

Cassie sacudió la cabeza. No lo sabía. La única conclusión lógica a la que había llegado en esos dos días había sido decirle sus sospechas a Logan y actuar a partir de ahí.

Mientras se preguntaba cómo le plantearía la situación, los sauces que flanqueaban el arroyo que iba paralelo al camino se balancearon. Cassie se paró y miró alrededor. Algo iba mal. No había brisa y ni motivo alguno para que las ramas se movieran, a no ser… que hubiera algo detrás de ellas. Tragó saliva.

Algo grande. Algo muy peludo. Algo con muchos dientes.

Empezó a caminar más deprisa. Fuera lo que fuese aquello, avanzaba a su misma velocidad. El corazón le palpitaba sin control y echó a correr. El animal hizo lo mismo.

–¡Logan! –estaba a medio camino y esperaba que él la oyera–. ¡Logan!

Repentinamente, los arbustos que había delante de ella se agitaron con violencia y se oyó un rugido. Una milésima de segundo después, un oso negro y enorme le tapó el paso.

Cassie no sabía si era Sansón u otro oso, pero le daba igual. No pudo evitar dar un grito con toda su alma; pero el animal, en vez de escapar como había hecho Sansón en las montañas, la miró con sus ojos pequeños y brillantes, olisqueó el aire, abrió la boca y dejó escapar un rugido atronador.

Ella solo vio una serie de dientes amarillentos y afilados. Volvió a gritar y cerró los ojos. Si iba a devorarla, ella no tenía ningunas ganas de ver cómo se le acercaban esos dientes.

Cuando ya creía que el corazón le reventaría de latir tan fuerte, oyó un alboroto y abrió los ojos. Logan y Hank se acercaban corriendo por detrás del oso. Logan consiguió captar la atención del animal y a ella se le paró el pulso. ¿Y si lo atacaba a él?

–Cassie, no hagas ni un ruido –dijo Logan sin apartar la mirada del oso–. Ve despacio y tranquila hacia Hank mientras yo intento calmar a Sansón.

Ella miró a su derecha. Hank estaba a unos metros y pálido como la cera.

Cassie hizo lo que le dijo Logan y fue hacia Hank. Él la colocó inmediatamente detrás de sí, interponiéndose entre ella y el posible peligro.

Entonces se dio cuenta de que todavía llevaba la cesta de la comida. La dejó caer y se asomó para ver si Logan estaba bien. Ante su asombro, el oso dejó de rugir, olfateó el aire y miró fijamente a Logan.

–Hank, empuja la cesta hacia aquí –dijo Logan.

Hank le tiró la cesta y fue a apoyarse en un tronco caído. Cassie vio que Logan agarraba la maldita cesta y la arrojaba todo lo lejos que pudo. Sansón se quedó un momento olfateando el aire y luego salió corriendo en dirección a la cesta.

Hank tomó aire.

–Dios mío. Creo que he envejecido por lo menos diez años. Creía que Ginny… quiero decir, ella debería…

–Ginny sintió náuseas… después de que vinieras –dijo Cassie con

la respiración entrecortada–. Me pidió que os trajera la comida.

Logan, aparentemente satisfecho de que Sansón no anduviera cerca, fue donde Cassie y la abrazó.

–¿Estás bien? –aunque pareciera raro, el tono parecía de enfado.

Ella asintió con la cabeza y se dejó abrazar sin importarle lo que pudiera pensar Hank.

–¿Aparece por aquí con mucha frecuencia? –preguntó ella.

–Con demasiada –contestó Hank con cierta irritación .

–Voy a llamar a Jim Bennett del Departamento de Vida Salvaje para ver si puede llevarse a Sansón a una zona más apartada –dijo Logan mientras la abrazaba con más fuerza–. Quizá mire a ver si hay algún zoológico que quiera un oso.

–Ya va siendo hora –dijo Hank–. Voy a casa a ver qué tal está Ginny. Hasta luego.

–Estás temblando –dijo Logan con tono amable–. Vamos a la cabaña a sentarnos.

Ella tenía las piernas como si fueran de goma y tuvo que apoyarse en Logan para recorrer el camino que quedaba.

–Creo que de ahora en adelante vendré a traeros la comida en coche.

Logan negó con la cabeza.

–De ahora en adelante traeremos la comida con nosotros o no comeremos –la levantó para sentarla en la parte trasera de la camioneta y él se sentó a su lado–. ¿Seguro que estás bien? –le pasó un brazo por el hombro.

–Sí –ella apoyó la cabeza en el hombro de Logan y cerró los ojos para tranquilizarse.

Cassie podía adivinar que él seguía enfadado porque tenía la mandíbula en tensión. ¿Estaría enfadado porque había vuelto a gritarle a su oso?

–Siento haber gritado, pero esta vez no lo he asustado –dijo ella–. Me parece que quería tu comida.

–Eso es lo que me preocupa –dijo él a la vez que la abrazaba con un brazo–. Está perdiendo el miedo a las personas.

Se quedaron un rato en silencio mientras ella tomaba fuerzas del hombre al que amaba. No sabía cómo decirle que estaba casi segura de que iba a ser padre ni cómo se lo tomaría él. Ni siquiera sabía por dónde empezar.

Quizá, si empezara hablando de las gemelas, podría preguntarle por qué había dicho que no quería ser padre y aquello le diese una pista de cómo plantearlo.

–¿Te has dado cuenta de que Kelsie está echando otro diente?

–¿Quieres decir que pronto tendré que volver a pasar la noche con ella en brazos? – el enfado había dado paso a la ternura al mencionar a su hija.

–Todavía no puedo comprender que no me despertaras.

–Estabas muy cansada –la besó en la frente–. Además, no me importó. Chelsea y Kelsie son un encanto.

–Se te dan muy bien los niños –ella tomó aliento–. ¿Por qué me dijiste que no querías niños?

Él se puso rígido, pero no dijo una palabra.

–¿Logan…?

–Mi padre no me dio un buen ejemplo de cómo debía ser un hombre con los niños –dijo con la voz tensa–. No quería que un niño se sintiera como yo me sentí.

Ella se apartó para mirarlo.

–¿Qué pasó entre tu padre y tú?

Logan cerró los ojos y sacudió la cabeza. No quería hablar del pasado ni del dolor que le producía recordarlo, pero comprendió que si ella y las gemelas iban a quedarse, también podían saber lo que pasó.

–Yo tenía once años cuando murió mi madre –se quedó con la mirada fija en el infinito.

Cassie se quedó boquiabierta.

–Lo siento, Logan. No sabía que fueras tan pequeño cuando ella murió. ¿Qué pasó?

–Los pastos del oeste no tenían mucha agua, de modo que en verano mi padre y yo hicimos una poza arroyo arriba –tomó aire–. En invierno yo estaba encargado de subir todos los días allí y hacer un agujero en el hielo para que el ganado pudiera beber.

–Eras muy joven para una tarea así –dijo ella con delicadeza.

–Estoy seguro de que mi madre pensó lo mismo –dijo él asintiendo con la cabeza–. Ella me acompañaba siempre, aunque tuviera que abandonar otras tareas.

–Debió ser una madre muy buena.

–Lo era –tuvo que aclararse la garganta para poder continuar–.

En cualquier caso, un día llegamos y la poza estaba congelada, como siempre. Yo estaba a punto de terminar de hacer un buen agujero cuando se me escapó el hacha y se quedó en medio del hielo. Mi madre dijo que la dejara, pero yo sabía que mi padre se pondría furioso por haber perdido un buen hacha, de modo que fui tras ella.

–¡Dios mío! Te caíste.

Él cerró los ojos del dolor que lo atravesaba.

–Resbalé y caí dentro del agujero que había hecho. Mi madre no lo dudó, se bajó del caballo y fue por mí.

Cassie tenía lágrimas en las mejillas.

–¿Se ahogó?

–No. Solo Dios sabe cómo pudo sacarme y llevarme a casa –él tragó el nudo que tenía en la garganta–. Enfermó, pero no nos dijo lo mal que se sentía. Cuando comprendimos la gravedad de su enfermedad, llegó una tormenta y mi padre tardó tres días en llevarla al hospital de Laramie, pero fue demasiado tarde. Murió esa noche.

–Estoy segura de que tu padre y tú hicisteis lo que pudisteis.

A Logan se le crispó el rostro.

–Para mi padre yo ya lo había hecho.

–¿Te culpó tu padre?

–Hasta el día de su muerte.

Ella sintió una punzada en el estómago.

–No fue culpa tuya, Logan.

¿Cómo podía culpar un padre a su hijo por algo que no pudo evitar?

Él asintió con la cabeza.

–Ahora comprendo que no lo fue –se dio un golpe en el pecho–, pero cuando era un niño, me sentía como si lo fuera. Si no llega a ser por Hank y su amistad, no habría tenido a nadie.

Ella sintió que el estómago se le revolvía. ¿Cómo era posible que un hombre le creara ese remordimiento a un niño?

Todo empezaba a cobrar sentido. No la extrañaba que Logan le insistiera en lo lejos que estaba la ciudad. Explicaba también su preocupación cuando ella se puso enferma. Podía entender perfectamente que Logan no quisiera que un niño recibiera el trato que había recibido él de su padre.

Ella sabía perfectamente que Logan no sería nunca como su padre; pero él no lo había comprendido todavía y ella no sabía qué podía decirle para convencerlo y confortarlo por tantos años de sufrimiento.

Cada vez notaba más revuelto el estómago y ya no sabía si era por la furia que sentía contra el padre de Logan o por el bebé que se alojaba en lo más profundo de ella. Pero sí sabía que, si no se marchaba en ese instante, acabaría pasando el bochorno de vomitar delante de él.

–Cassie, quería preguntarte algo que afecta a Hank y el rancho –dijo Logan–. ¿Pondrías alguna objeción a que le diéramos una participación en la sociedad de Lazy Ace? Ha sido un amigo…

Ella se levantó de un salto.

–No puedo seguir aquí… No puedo pensar en ello ahora… Tengo que marcharme.

Logan sintió como si le quisieran arrancar el corazón de cuajo al ver que la única mujer que había amado en su vida salía corriendo como si la persiguiera una manada de lobos hambrientos. Ella se marchaba.

¿Qué la había espantado? ¿Habría sentido espanto por la sórdida historia de su madre? Ella había dicho que él no tenía la culpa. ¿Lo habría dicho sinceramente o en el fondo pensaba que su padre tenía razón? Quizá hubiera comprendido que esas tierras eran peligrosas aunque fueran una maravilla. Quizá temiera que Sansón volviera a aparecer y amenazara a las niñas.

Logan tomó aliento entrecortadamente. Nada podía paliar el dolor de ver cómo le cortaban de raíz toda ilusión. Miró alrededor. Había empezado a creer que ella amaba esa tierra tanto como él.

¿Cómo podía haberse hecho la ilusión de creer que ella no encontraría insoportable el aislamiento? ¿Cómo podía haberse engañado al creer que él podría proteger siempre a Cassie y las niñas de cualquier peligro? Ni siquiera había podido garantizar la seguridad de Cassie en los cuatrocientos metros que había entre la casa y la cabaña.

Miró el edificio de troncos y sacudió la cabeza. Se volverían a San Louis y él se moriría al verlas marchar. Le pediría a Hank que le llevara algo de ropa y unos víveres. Luego, cuando ellas se hubieran marchado, Hank y Ginny se podrían quedar en la casa y él se

trasladaría allí.

Había empezado a reformar la cabaña para que fueran Cassie y las niñas, y así él pudiese vivir tranquilo. Logan comprendió que, aunque Hank no se hubiera casado con Ginny y se la hubiera pedido, el plan no habría funcionado. Cassie había transformado la casa en un hogar para todos y consiguió que a él le resultara imposible vivir sin ella.

Capítulo Once

Cassie levantó la mirada de la revista que había estado ojeando y miró por enésima vez el reloj. Eran casi las diez y Logan no había vuelto de la cabaña. Cuando Hank volvió para cenar, lo único que dijo fue que Logan no cenaría con ellos. Eso había ocurrido hacía cuatro horas. ¿Qué lo había entretenido tanto?

–Cassie… Hank y yo nos vamos a la cama –dijo Ginny desde el pie de las escaleras–. ¿Vas a quedarte mucho tiempo levantada?

–Un rato –dijo Cassie fingiendo indiferencia.

Tenía que hablar con Logan y no iba a acostarse hasta que lo hubiera hecho.

Hank se colocó detrás de Ginny y la rodeó con los brazos.

–Cassie, me parece que vas a estar levantada mucho rato si estás esperando a que venga Logan. Va a pasar la noche en la cabaña.

Cassie arrojó la revista al sofá y se levantó de un salto.

–¿Por qué?

–Dijo que así empezaría antes mañana.

La expresión de Hank indicaba que sabía mucho más de lo que estaba diciendo.

–¿Qué pasa, Hank? –preguntó ella, sin muchas esperanzas de que fuera a darle una explicación.

–No puedo hablar –dijo él con aire apesadumbrado–. Solo sé que Logan me ha dicho que estaría allí por si alguien lo necesitaba –sonrió lentamente–. ¿Sabes si alguien lo necesita, Cassie?

Hank no había sido una fuente de información, pero intentaba dirigirla por la dirección adecuada. Ella miró a Ginny para que le diera una pista.

Ella sonrió.

–Cassie, si sabes de alguien que tenga que ir a la cabaña, dile que Hank y yo estaremos aquí para ocuparnos de las gemelas si se despiertan.

–De paso, dile a ese alguien que le diga a Logan que pienso tomarme libre la mañana de mañana –añadió Hank.

Ginny asintió con la cabeza.

–Hank y yo tenemos que entrenarnos con los bebés. No sabrás dónde puede haber una pareja de bebés a los que podamos cuidar, ¿verdad?

A Cassie se le empañaron los ojos y corrió a abrazarlos.

–Sois los mejores, gracias.

–No irás andando después de lo que ha pasado esta mañana, ¿verdad? –preguntó con preocupación Ginny.

–No. Iré en coche.

Hank se metió la mano en el bolsillo y sacó un llavero.

–Tu coche está en el cobertizo. Llévate mi camioneta –se detuvo con una expresión seria–. Cuando llegues, no te sorprendas si Logan cree que vas a marcharte pronto.

–¿Cree que vamos a irnos? –preguntó con incredulidad Cassie–. ¿De dónde ha sacado esa idea?

–No lo sé –Hank se encogió de hombros–, pero haz que entre en razón.

–Lo haré –Cassie se puso la cazadora que estaba colgada en el perchero–. Es posible que Logan Murdock sea el hombre más tozudo e irritante que conozco, pero yo sé lo que quiero.

–¡Adelante! –dijo Ginny entre risas.

Cassie atravesó la cocina y salió por la puerta de atrás. El hombre al que amaba estaba a cuatrocientos metros convencido de que ella iba a abandonarlo. Tenía que dejar las cosas claras.

Al girar la llave, pensó que a lo mejor iba a hacer el ridículo, pero apartó esa idea de la cabeza. Stan se había sublevado ante la posibilidad de ser padre, pero él era egoísta e inmaduro. Logan no lo era y ella no iba a dejar de intentar convencerlo de que estaban hechos el uno para el otro por el temor a que la rechazara; a ella, a sus hijas y al bebé que estaba esperando.

Logan miraba las estrellas sentado en los escalones del porche de la cabaña. Ese día había sido un ejemplo de lo que había intentado decirle a Cassie todo el tiempo. Lazy Ace no era un sitio para una mujer y sus hijas. El clima y los animales salvajes eran un peligro excesivo y constante.

Era verdad que el peligro de Sansón había remitido al hablar esa

tarde con su amigo del Departamento de Vida Salvaje. El oso acabaría en una zona remota de las montañas de Montana. Allí apenas habría posibilidades de que se encontrara con seres humanos y sus posibilidades de sobrevivir serían mayores una vez que hubiera perdido el temor a las personas.

Pero Logan no sabía cómo podría sobrevivir sin Cassie. ¿Cómo sería el resto de su vida?

La única palabra que se le ocurría era «lúgubre».

Iría de rodillas hasta la casa y le rogaría que se quedara si creyera que con eso ella cambiaría de idea. Pero sabía que no lo haría. Además, conservaría el orgullo. Era casi lo único que le quedaba. Ella ya se había apoderado de su alma y su corazón.

El silencio de la noche se quebró por el sonido de una camioneta que se ponía en marcha a lo lejos. Hank tenía que arreglar el silenciador. Ese cacharro era un verdadero incordio.

Logan comprobó que el vehículo se acercaba y se preguntó por qué iba su amigo a la cabaña. Le daba igual. Todo le daba igual. Cassie iba a abandonar Lazy Ace y lo demás carecía de importancia.

Hasta entonces no se había dado cuenta de que un hombre pudiera sufrir tanto ni de que la vida podía ser tan despiadada. Era como si le hubieran arrancado las entrañas y le hubieran dejado un vacío inmenso en el interior.

No creía que pudiera perdonar a su padre por haberlo hecho pasar por ese infierno, pero empezaba a comprender lo que debió sentir cuando su mujer murió. Si Cal Murdock quería a su mujer como él quería a Cassie, perderla debió destrozarlo.

Logan intentó adoptar una expresión amable cuando la camioneta se paró delante del porche. Hank no se rendía fácilmente. Logan tenía que concederle eso.

Durante toda la tarde, Hank había intentado convencerlo para que fuera a la casa y aclarara las cosas con Cassie. Logan acabó amenazándolo con darle una paliza. Hank pasó el resto de la tarde murmurando sobre los cabezotas y los tercos como mulas. Seguramente, había vuelto para intentarlo por última vez.

Hank le había prometido no decir nada sobre el motivo por el que no iba a la casa. Estaba seguro de que le costaría un esfuerzo titánico, pero sabía que lo haría.

A Logan se le paró el corazón cuando se abrió la puerta del

conductor. Cassie se bajaba de la camioneta de Hank. ¿Qué demonios estaba haciendo allí?

¿Habría pasado algo?

–¿Qué haces aquí, Logan? –preguntó ella mientras se dirigía hacia él–. Llevo toda la tarde queriendo decirte una cosa.

El sonido de la voz y la silueta de la esbelta figura contra la luna casi consiguieron desmayarlo.

–Estoy trabajando.

Ella sacudió la cabeza y se sentó junto a él.

–Es difícil trabajar mientras se está sentado en los escalones del porche mirando al infinito –dijo ella con amabilidad–. ¿Qué te pasa, Logan?

Él no hizo caso de la pregunta.

–¿Qué haces aquí, Cassie?

Logan intentó parecer tranquilo, pero la tensión de tenerla tan cerca sin poder abrazarla le había dado un tono arisco a la voz que lo sorprendió. Se cruzó de brazos con fuerza para que no se le escaparan las manos hacia ella.

–Observo que has vuelto a tu temperamento de siempre –dijo ella secamente–. Deberías practicar el trato con los demás, Logan.

Él se encogió de hombros.

–Por aquí no hay mucha gente con la que tratar.

Se apoyó los antebrazos en las rodillas y se quedó mirando los puños cerrados. Luego, se levantó para combatir la inquietud.

–Vuelve a casa, Cassie. Mañana tengo que madrugar y voy a acostarme.

Ella se levantó de un salto y le dio un empujón que lo dejó sentado en el suelo.

–No vas a ningún lado, majadero. Tenemos que hablar de algunas cosas y vas a escuchar lo que tengo que decirte.

La furia del tono de voz lo dejó perplejo. ¿Por qué iba a estar enfadada? Era ella la que había decidido marcharse.

Logan cerró los ojos, respiró hondo y se levantó.

–Creo que ya dijiste muy claramente lo que tenías que decir.

–No lo hice –ante la sorpresa de Logan, ella volvió a empujarlo con más fuerza de la que él le habría supuesto a una mujer de su tamaño. Cassie agitó un dedo delante de la nariz de Logan–. Vas a escucharme aunque tenga que atarte, Logan Murdock.

Las luces del interior de la cabaña iluminaban los delicados rasgos de Cassie. Estaba furiosa y absolutamente fantástica.

Él suspiró. Podía dejarla decir lo que tuviera que decir y luego se quedaría el resto de su vida sumido en la tristeza con el recuerdo de lo hermosa que estaba cuando se dejaba llevar por la ira.

–¿Qué quieres decir, Cassie?

Ella se puso las manos en las caderas y lo miró desde las alturas.

–¿De dónde has sacado la idea de que me voy a San Louis?

Eso respondía a su pregunta sobre la lealtad de Hank.

La próxima vez que lo viera, iba a saber lo que era bueno.

–Me dijiste…

Ella lo miró con el ceño fruncido.

–Yo no he dicho tal cosa.

–Sí lo hiciste.

–No lo hice.

Él se pasó las manos por la cara.

–Mira, Cassie, así no vamos a ninguna parte y yo no voy a discutir contigo –levantó la cabeza y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para decir lo que ella había dicho a mediodía–. Me dijiste que tenías que marcharte.

Ella se quedó mirándolo como si fuera un poco tonto.

–¿Pensaste que quería decir que tenía que marcharme de Lazy Ace?

–¿Qué otra cosa querías que pensara? Acababa de contarte que mi madre había muerto porque este sitio está dejado de la mano de Dios.

A ella se le suavizó la expresión y se arrodilló delante de él tomándolo de las manos.

–Logan, eso fue un accidente desgraciado. Tu madre quizá hubiera vivido si hubiese estado más cerca de la ciudad, o quizá no. No lo sabrás nunca, pero te prometo que no fue culpa tuya. Tú también te habrías tirado a rescatarla si la situación hubiese sido la contraria, ¿no?

Él asintió con la cabeza.

Ella le besó las palmas de las manos.

–¿Te importaría tanto que me fuera del rancho?

–Sí –lo dijo antes de que pudiera evitarlo, pero una vez dicho no se arrepintió.

–¿Por qué, Logan? ¿Qué cambiaría si las niñas y yo nos fuéramos de Lazy Ace?

La mirada de ella lo tenía cautivo y ya no le importaba si le quedaba algo de orgullo. Lo único que quería era estar con Cassie y las gemelas, ser parte de esa familia.

La atrajo contra el pecho y ocultó la cara entre el pelo rojizo y dorado.

–Porque te quiero, Cassie. Sabe Dios que he intentado evitarlo, pero te quiero con cada fibra de mi cuerpo.

Ella se apartó para mirarlo un instante antes de taparse la cara con las manos y de gritar como un bebé.

¿Qué podía hacer? Se había tragado el orgullo y le había confesado que la quería, algo que no había dicho a ninguna mujer, y ella se ponía a gritar. ¿Tan espantoso era que la quisiera?

Logan se sintió completamente humillado.

Cassie consiguió desconcertarlo más todavía. Se quitó las manos de la cara y le rodeó el cuello con los brazos mientras gritaba más fuerte.

Él la sentó en su regazo y la abrazó. No tenía ni idea de lo que estaba pasando, pero ella se encontraba otra vez entre sus brazos y eso le parecía una buena señal.

Cuando Cassie consiguió recuperar el control de sus emociones desatadas, se rio y se frotó los ojos. Logan no sabía si sonreír o echar a correr para ponerse a cubierto.

–¿Te pasa algo? –preguntó él con cautela.

Ella negó con la cabeza.

–Lo siento. Es que… Quiero decir mis sentimientos… –se calló para pensar la forma de anunciarle lo que podía destrozar esa relación–. Hormonas –dijo al final.

–Ya –la expresión de él indicaba comprensión–. Me preguntaba cuándo pasaría eso –la abrazó con fuerza contra el pecho–. Entonces, ¿no te vas del rancho?

–Rotundamente, no. No me sacarían de aquí ni a rastras. Adoro este sitio.

Él se quedó en silencio unos minutos, hasta que ella notó que hinchaba el pecho al tomar aire.

–¿Por qué me dijiste que tenías que marcharte?

–No quería pasar el bochorno de vomitar delante de ti –dijo ella

sabiendo que la situación se tornaba irreversible.

–Perdona, cariño –dijo él mientras le acariciaba la espalda–. No sabía que Sansón te hubiera asustado tanto.

–No lo hizo –ella respiró hondo, se apartó un poco y se encontró con la mirada de perplejidad de Logan–. Bueno, claro que me asustó, pero la náusea era por otro motivo.

–¿Estás enferma? –preguntó Logan muy preocupado.

–En realidad, no.

Ella se mordió el labio inferior y cerró los ojos. Jamás se había sentido tan insegura, pero Logan tenía derecho a saberlo. Ella se lo diría y vería la reacción de él ante una noticia que hacía que algunos hombres salieran corriendo para siempre.

–¿Cassie…?

Logan le tomó la mejilla con la mano y ella notó un cariño inmenso en la caricia.

Abrió los ojos. La preocupación de Logan parecía cada vez mayor.

–Te quiero con toda mi alma.

Él sonrió.

–Yo te quiero también.

Cuanto más lo pensaba ella, más sentido cobraba. Cassie y las gemelas entraban en el mismo trato y ella tenía que saber si él la quería lo suficiente como para aceptar esa responsabilidad.

–Logan, ¿te casarías conmigo?

–Puedes estar segura, cariño –ella habría jurado que el grito lo oyeron en Bear Creek. Lo abrazó entre risas–. Estaba intentando reunir fuerzas para preguntártelo.

La besó con tanta ternura, que ella pensó que iba a desmayarse. El amor y la pasión iban más allá de lo físico y, cuando ella se separó, notó la fuerza del deseo contra su vientre. Ella también quería demostrarle cuánto lo quería, pero antes tenían que aclarar otro asunto.

Cassie suspiró. Llegaba la parte más difícil, pero él habló antes de que ella tuviera la oportunidad de decidir cómo plantearlo.

–Cariño, ¿te importaría si adopto a Chelsea y Kelsie cuando nos hayamos casado?

A ella se le inundaron los ojos de lágrimas y se le hizo un nudo en la garganta.

–Logan… las niñas te adoran.

–Y yo a ellas –dijo él con una sonrisa radiante–. Ya las considero como si fueran mías.

Era como si se hubieran abierto unas compuertas y las lágrimas se derramaron por las mejillas de Cassie hasta llegar a la barbilla.

Cada vez que ella lloraba era como si alguien quisiera partirle el corazón en dos a Logan.

–No llores, cariño –volvió a abrazarla contra el pecho. Ella no había contestado si quería que él fuera el padre de las niñas–. ¿Lloras de felicidad?

Ella asintió con la cabeza.

–Entonces, ¿estás feliz de que quiera adoptar a tus hijas?

Ella volvió a asentir con la cabeza y lloró con más fuerza. Él se sintió mejor, pero iba a tener que acostumbrarse a esa situación mensual de las hormonas.

Cuando dejó de llorar, él sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón. Le limpió los ojos y sonrió.

–¿Debo entender que vas a permitirme ser el padre de las gemelas?

A ella le brillaron los ojos esmeraldas y le tomó la mano entre las suyas.

–Sí, quiero que las gemelas tengan el mismo apellido que este bebé –dijo ella mientras le apoyaba la mano en el vientre.

Logan soltó todo el aire en un bufido. Tuvo la sensación de que la tierra había dejado de girar.

–¿Bebé? –se le quebró la voz y tuvo que aclararse la garganta–. ¿Estás embarazada?

Ella asintió y se mordió el labio inferior.

–Voy a tener un hijo tuyo, Logan –dijo con cautela.

Logan notó que ella temía que él tuviera una reacción como la que había tenido su marido. No debía preocuparse. Cassie le había servido en bandeja de plata uno de sus sueños.

–Cariño, me has hecho el hombre más feliz del estado –dijo él tomándole el rostro entre las manos–. He pasado de no tener nada a tener todo lo que siempre había deseado.

Cassie le rodeó el cuello con los brazos y le dio un sonoro beso.

–Hay otra cosa –dijo ella con una sonrisa.

Él sonrió también.

–Me gusta la idea de darle a Hank una participación en Lazy Ace –añadió ella.

Logan se rio.

–No estaba seguro de que te acordaras.

Ella sonrió.

–Intentaba no vomitar, así que no pude contestar.

–¿Quieres ir a la ciudad para estar cerca del médico?

A él lo espantaría, pero quizá fuera lo mejor para ella, las gemelas y el bebé.

–¿Para qué vamos a ir a la ciudad si vivimos en el sitio más maravilloso del mundo? –preguntó ella con el ceño fruncido.

–Pensaba que…

–No –ella sonrió–. Ya te lo he dicho una vez, pero parece que tendré que repetírtelo. Lazy Ace es mi hogar. Es donde viviremos, donde se criarán nuestros hijos y se harán viejos.

Él bajó la cabeza para besarla. Cassie había irrumpido en su vida y le había dado todo lo que había deseado siempre, pero que nunca había esperado tener.

Epílogo

–¿Logan…?

Logan, somnoliento y con los ojos cerrados, se dio la vuelta en la cama y pasó el brazo por encima del vientre de Cassie.

–¿Qué, cariño?

–Es la hora –dijo ella con un tono de voz un poco tenso.

–¿Hora? ¿De qué?

–De irnos.

Logan saltó de la cama para mirar a su mujer.

–¿Quieres decir que ha llegado el momento?

Cassie se rio.

–Sí, querido, acabo de tener la primera contracción.

–Pero solo han pasado ocho meses, una semana y dos días –dijo él mientras sacaba unos vaqueros del armario.

¿Cómo podía estar ella tan tranquila? Desde que el ginecólogo de Laramie les dijo el día previsto, él había contado los días que faltaban, había pensado cuál era el mejor camino para ir y había calculado el tiempo que tardaría.

–Querido, el médico y yo te hemos dicho que los gemelos suelen llegar antes. Solo estaba de siete meses y tres semanas cuando nacieron las gemelas –Cassie sonrió y alargó la mano para que él la ayudara a sentarse en el borde de la cama–. No te preocupes demasiado, hay tiempo de sobra. Ha sido una contracción muy suave. Tú seguirías durmiendo si no te hubiera prometido que te avisaría.

–Por el amor de Dios, ¿cómo puedes estar tan tranquila? –preguntó Logan mientras se ponía una camisa–. Vas a tener gemelos y el hospital está a más de cien kilómetros.

–Te recuerdo que ya he tenido gemelos –dijo ella entre risas.

–Yo no –se puso los calcetines y las botas–. Prepárate mientras llamo a la cabaña para que vengan Hank y Ginny a ocuparse de Chelsea y Kelsie.

Tres días después, Logan estaba en el recién decorado cuarto de niños con las gemelas en brazos. Les estaba presentando a sus nuevos hermanos.

–Al que le están cambiando los pañales es Kevin y el que está en la cuna es Kyle.

–Logan, querido, has vuelto a confundirte –dijo Cassie entre risas–. Estoy cambiando a Kyle.

Él sonrió a su maravillosa mujer con orgullo y rebosante de felicidad. Era la mujer más extraordinaria que había conocido. Lo había aguantado ocho meses revoloteando alrededor de ella sin dejarla en paz, había soportado un viaje digno de récord hasta el hospital de Laramie y no solo había dado a luz dos gemelos sanos e idénticos, sino que además los distinguía.

–Mejoraré, ¿verdad?

Cassie sonrió.

–Aprendiste a distinguir a Chelsea y Kelsie, ¿no?

Logan besó a sus hijas y las dejó en el suelo para que jugaran. Fue a la cuna, tomó a Kevin y se lo llevó a Cassie para que le cambiara los pañales. Ella le dio a Kyle y él lo acunó en sus brazos.

–He tenido que vigilar un poco a tus hermanas, pero ya estoy aquí –dijo él mientras le daba un dedo a su hijo.

El niño, moreno como su padre, lo agarró con la manita. Él estaba tan orgulloso, que temió reventar los botones de la camisa. El niño era extraordinariamente fuerte para tener tres días.

Cassie terminó de poner el pañal a Kevin y todos salieron en silencio después de haber dejado a los niños en sus diminutas cunas.

Él rodeó los hombros de Cassie con el brazo mientras observaban cómo las gemelas caminaban torpemente hacia su habitación.

–¿Por qué no te tumbas un rato, cariño? Yo me encargaré de que las niñas echen la siesta.

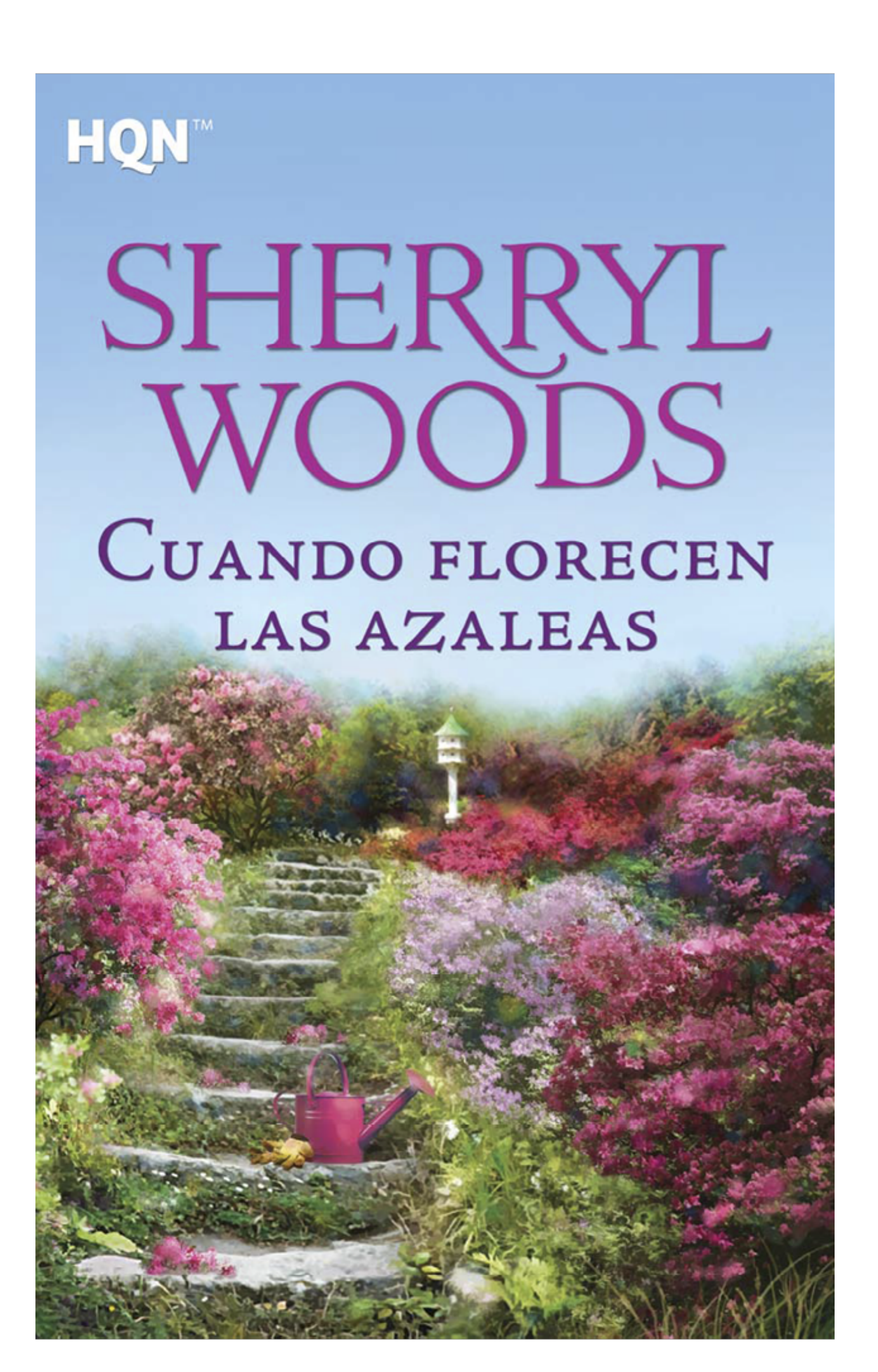
Cassie lo miró y bostezó.

–Gracias, estoy un poco cansada.

La acompañó hasta la habitación y deseó acompañarla en la cama, pero sabía que tendrían que pasar algunas semanas antes de que volvieran a hacer el amor. Iban a ser unas semanas de tortura en las que no podría demostrar a su mujer cuánto la quería.

Al llegar a la puerta ella se volvió.
–¿Has sabido algo de Hank?
Logan asintió con la cabeza.
–Llamó hace una hora para decir que Ginny está en la segunda fase del parto. Afortunadamente, van a tener el niño que querían.
–¿Por qué afortunadamente?
Él se rio.
–Puede que sea el único bebé que tengan. Ginny ha amenazado a Hank con castrarlo si vuelve a quedarse embarazada.
Cassie se rio.
–Lo superará. ¿Qué tal está él?
–No muy bien. Se reía de mí por haberte llevado tan rápidamente al hospital, pero él ha batido mi récord en diez minutos –Logan sonrió–. Y ya han tenido que darle dos veces las sales.
Logan notó dos pares de manos alrededor de las rodillas. Miró hacia abajo y Chelsea y Kelsie le sonrieron. Las tomó en brazos.
–Dadle un beso a mamá y vamos a dejarla que descanse un rato antes de que se despierten vuestros hermanos –las niñas dieron unos pegajosos besos a su madre y Logan las dejó en el suelo–. Meteos en la cama y papá irá dentro de un minuto a arroparos.
Dio un beso a Cassie y fue hacia la habitación de las niñas después de echar una ojeada a sus hijos. Sentía más amor y emoción del que jamás había soñado poder sentir.
Por fin, su vida era perfecta y plena. Estaba casado con la mujer más maravillosa del mundo y tenía dos hijas preciosas y dos hijos recién nacidos y sanos. Además, cuando Cassie y él le dieron a Hank la tercera parte del rancho, Logan pudo llevar a cabo el plan de entrar en negocios con su mejor amigo.
Se volvió para mirar a Cassie desde la puerta de la habitación de las niñas. Ella había invadido su casa, su corazón y toda su vida.
Ella sacó a relucir sus arrebatadores hoyuelos.
–Te quiero, Logan.
–Yo te quiero también, cariño.
Se sentía el hombre más afortunado del mundo.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.


HQN™
SHERRYL WOODS
Cuando florecen las azaleas